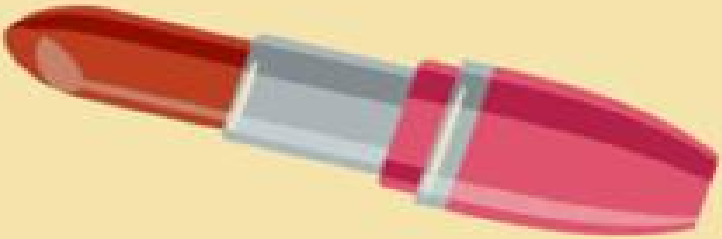


CONTRA TODA REGLA



HEATHER DEL REY

CONTRA TODA REGLA

ÍNDICE

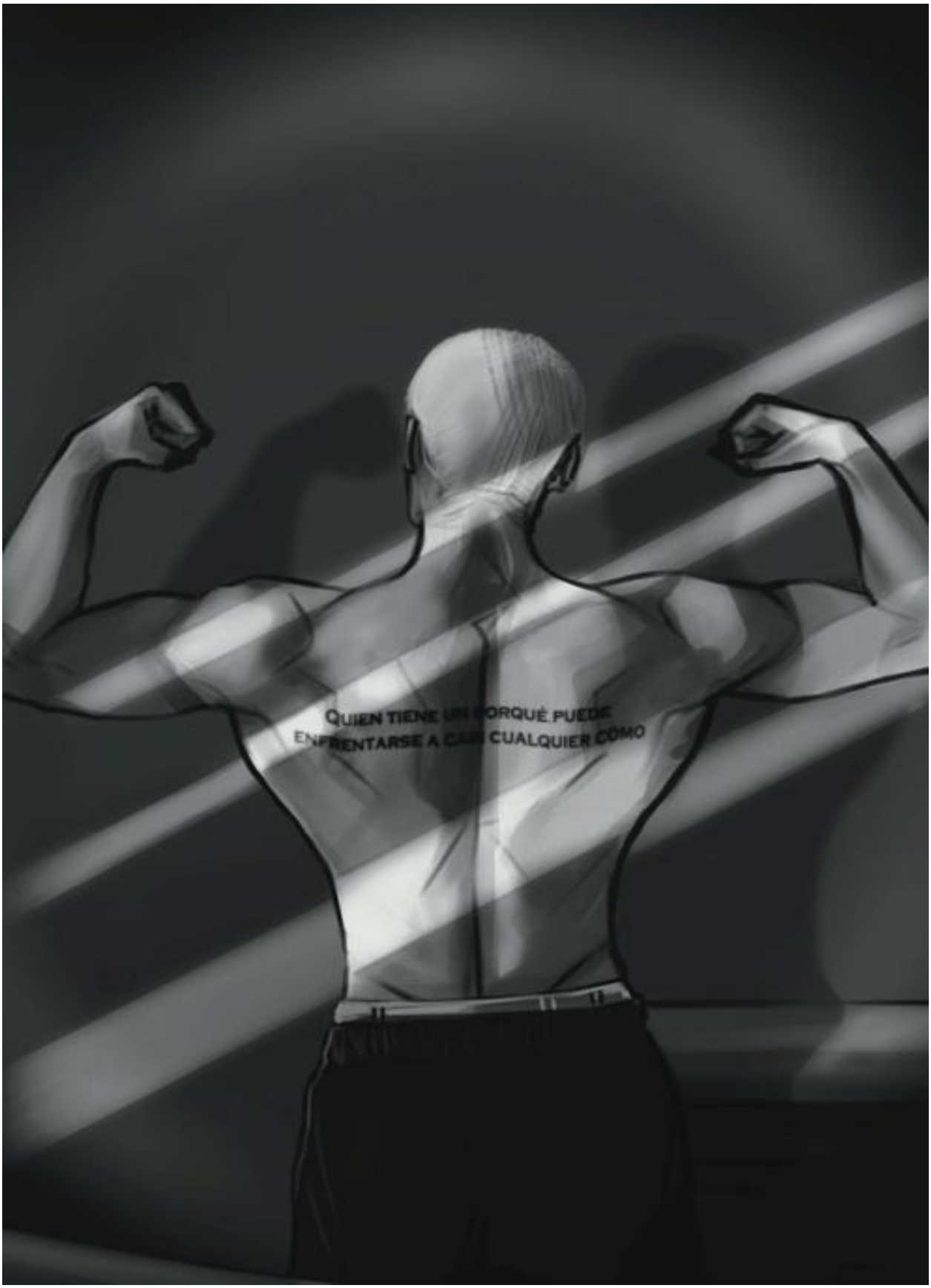
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30

EXTRA: CASI
EXTRA: PESCAR
Acerca del Autor

Los grandes espíritus siempre han encontrado una violenta oposición por parte de las mediocridades. Estos últimos no pueden comprender que un hombre no se someta irreflexivamente a prejuicios hereditarios, sino que utilice honesta y valientemente su inteligencia.

—Albert Einstein

A quienes nunca se rinden.
Persigue tu sueño, y cuando caigas en el trayecto, levántate otra vez.


QUIEN TIENE UN PORQUÉ PUEDE
ENFRENTARSE A CASI CUALQUIER CÓMO

CAPÍTULO 1

“Quien tiene un porqué, puede enfrentarse a casi cualquier cómo**”**
—Friedrich Nietzsche

—Lo siento mucho, Gali. Es el final —sentencia mi, al parecer, ahora exnovio—. Es lo mejor para ambos, la noticia va a crecer y nos va a perjudicar.

—Me va a perjudicar más a mí que a ti, y no estoy intentando terminar contigo.

—No estoy intentando, Galilea, terminamos. Mientras hablamos, hay grupos de personas organizándose para protestar y que te quiten el premio.

—¡¿Y esta es tu solución?! No quiero terminar contigo, Santi.

Se me revuelve el estómago. Hace dos minutos estábamos besándonos, él aún tiene ambas manos rodeando mi cintura, y yo me quedo paralizada al verlo, esperando que sea una cámara oculta.

—Si nos ven juntos a partir de hoy, nos van a despellejar —advierte. Se me forma un nudo en la garganta al ver lo poco que le afecta “terminar” nuestro noviazgo—. Esto es malo para el programa, para mí, para tu reputación y para mi papá. ¿Qué crees que piensan tus compañeras cuando se enteran de que te acostaste con el hijo del productor?

—No me acosté, somos pareja.

—Ya no —repite—. Tienes que entenderme, quiero protegerte.

—¿De quién? Me da igual lo que digan. Si debes verte con otra gente para que se pase el escándalo, lo podemos hacer —propongo. Mientras más hablo, más se me quiebra la voz—. Podemos darnos un tiempo, tener una relación abierta o firmar…

—Gali, Gali, escúchame. —Toma mi rostro entre sus manos—. Te amo, eres la mujer más increíble que he conocido y no voy a dejar que esto arruine tu carrera. Lo nuestro termina ahora, si eres inteligente, sabrás que lo mejor será negarlo.

—¡¿Me amas?! Ya basta, ¿qué demonios pasa contigo? Ni siquiera te has parado un segundo a pensar en una solución —le reclamo en un grito. Eso lo toma por sorpresa; Santiago palidece —. ¿Qué es lo puto peor que puede pasarte a ti? ¿Que tu papi te regañe? ¿Te estás riendo en mi cara?

—¡Contrólate! —vocifera y toma con fuerza mi muñeca cuando intento abrir la puerta—. Nos van a oír, por Dios, ten un poco de clase.

—Vete al diablo. —Me suelto de su agarre con brusquedad—. Si eso es lo que quieres, bien, terminamos. No tienes que preocuparte por mí, no voy a humillarme en el programa diciendo

que estuve con un idiota.

—Espera, estás malinterpretando la situación. —Sujeta mi hombro—. Podemos terminar por unos meses, estar con otras personas y regresar cuando ya no les importemos. O puedes dejar de participar en el programa, entonces…

—Lo único que voy a dejar hoy es a ti. —Quito el seguro de la puerta—. Sigo sin creerme que tantos meses hayan importado tan poco para ti.

—Son solo un año y unos cuantos…

—¡¿Solo?!

—Me refiero a que tenemos el resto de nuestras vidas. Esto que dije es lo que ya propusiste, y mis decisiones son por tu bien. ¿Cómo no lo ves? Ponte a pensar, Galilea, analízalo y me escribes. Lo entenderás.

—No quiero tener miles de secretos solo por tenerte.

—Entonces vete.

Estoy confundida, y Santiago está al borde de convencerme de hacer todo lo que él diga con sus frases persuasivas y sus ojos claros. Le aparto la mirada, cruzo el umbral de la puerta solo con mi teléfono en la mano.

Mi ropa, mi bolso, mis documentos y maquillaje están en nuestro departamento. No me queda otra opción que regresar por ellos cuando me mude, pero no tengo tiempo de montar la escena donde tiro todas sus cosas fuera de nuestra propiedad.

Le escribo a mis “amistades”, pero ninguna responde. No me queda mucha batería, así que dejo de insistir. Mis padres tampoco pueden acogerme; deben seguir en sus vacaciones en Punta Cana y están confiados en que yo me quedaría en mi departamento con mi pareja por el tiempo que tienen libre. El enojo que aún siento se disipa rápido y se convierte en tristeza.

Está lloviendo fuera. Me cuestiono si usar mi último tres por ciento en pedir un Uber, pero no tengo a dónde ir de todos modos. Lo guardo para pagar por código QR en el hotel más cercano que encuentre caminando. El set de grabación está en la zona central de la capital; hay edificios donde quedarse cada tres cuadras.

Tomo una larga respiración antes de dar un paso afuera. Mi cabello se esponja en automático.

La lluvia se apodera de mí tanto como la rabia. Ni siquiera puedo escuchar música para romantizarlo. Camino lento, intentando usar cada pequeño techo de los negocios locales para cubrirme hasta llegar a algún hotel, pero cuando siento las miradas de las personas encima de mí, juzgándome, ese plan queda descartado.

Corro las cuadras que restan. El viento hace que mi cabello húmedo me caiga en la cara; pronto soy un desastre esponjoso y empapado. Mi ropa no me abriga del frío. Por los espejos retrovisores de los autos, puedo ver que el maquillaje que promociono no era tan “a prueba de balas” como me dijeron, porque mi máscara está corrida sin que haya derramado una sola lágrima.

Maldigo internamente a la marca, maldigo a quien sea que filtró la noticia de mi noviazgo y a Santiago por no tener ni un poco de valor para hacerse cargo de lo sucedido.

El teléfono se enciende solo con la notificación de mi mejor amiga:

> Santi te ha eliminado de todas sus redes.

Respiro hondo, apago el teléfono y regreso a mi plan. Corro hasta lo que recuerdo es el hotel Relov.

Jamás entenderé a las personas a las que les gusta la lluvia, el agua o correr. A mí esas tres cosas combinadas se me dan fatal. Solo pueden terminar en un resultado: me tropecé.

Justo enfrente de un taxi amarillo, un muchacho alto, de pelo blanco y con una sombrilla en la mano se sobresalta al verme en el suelo. Extiende su sombrilla un poco más hacia mi dirección.

—Correr bajo la lluvia... —Su voz es grave y pronuncia las palabras con lentitud—. ¿Has reconsiderado tus decisiones? —Lo dice con más sarcasmo del que debería tener un desconocido.

—Como se puede ver, no —respondo desde el suelo—. ¿Me ayudas?

—Claro. Ese es mi trabajo.

Elevo la vista. No está mintiendo. Lleva uniforme.

Me da la mano y consigo ponerme de pie. Con rapidez, usa su sombrilla para cubrirme y me ayuda a meterme en el asiento trasero.

Desde dentro, al fin puedo respirar con normalidad. Tengo la ropa húmeda, pero eso no parece importarle. En medio del asiento, mirando hacia afuera con la puerta aún abierta, noto tres cosas:

Una, todavía no hay conductor.

Dos, este sujeto es increíblemente grande.

Tres, su uniforme no parece de conductor ni de policía. Es elegante.

—¿Recepcionista? —pregunto en voz baja.

—Botones. —Se agacha para verme a la cara, curioso.

—¿Qué hace un botones atendiendo un taxi?

—Mi jefe me dijo que ocultara a la señorita que viniera a la entrada y que solo la metiera aquí para esconderl… —Su rostro palidece—. Espera… tú no eres pelirroja.

—No. —Frunzo las cejas—. Te agradezco el refugio de la lluvia, pero en realidad estoy buscando algo más estable.

—Oh, ¿vienes a quedarte en el hotel?

—He tenido el peor día de mi vida. —Sonrío al ponerme de pie fuera del auto, tomo su sombrilla y lo guío hacia dentro antes de que nos multen por empapar el vehículo—. Básicamente, un idiota me echó de mi propio departamento. Necesito un sitio donde quedarme.

Abre los ojos con sorpresa, pero no comenta nada. El entrenamiento en atención al cliente de este lugar debe de ser bueno.

—Creo que queda una o dos habitaciones disponibles. Entra, adelante.

Al final, solo hay un cuarto libre. Es angosto y barato, en el segundo piso, pero me da igual. Mientras él explica, saco el teléfono y abro la aplicación del banco. Estoy escaneando el código de pago cuando la pantalla se apaga.

—Mierda —se me escapa un suspiro entrecortado. Todo sale mal y mi manejo de la frustración no es bueno—. ¿Tienen un cargador que puedan prestarme?

—No, lo siento. Déjame preguntarle al recepcionista.

Un castaño corre hacia nosotros y se detiene en seco al verme. Igual que su compañero, no dice nada. Me ofrece una de las toallas que tienen para empleados para que pueda secarme el cabello.

Tengo las manos mojadas. El botones, a quien puedo leer el nombre "*Denver*" en el identificador pegado a su pecho, me tiende la toalla. Le agradezco en un murmullo.

Debo verme patética. Tengo tanto frío que tiemblo.

—Estás horrible —resalta Denver.

—Lo sé. —Bajo la cabeza—. No estoy en mi mejor momento.

—No me refiero a eso. Te ves mal, como si fueras a enfermarte —alerta Denver—. Mira,

quizá me despiden por esto, pero te daré esta llave. La habitación está vacía. Es la más cara del hotel, así que no suele ocuparse. Ve, báñate y luego vemos dónde te acomodamos.

—¿Lo dices en serio?

—Obvio. Apúrate antes de que te vea mi jefa.

No espero que lo repita dos veces. Tomo la llave, mi teléfono, el cargador, la toalla y lo que queda de mi dignidad. Subo con rapidez en el ascensor.

La llave funciona. El sitio está intacto, o al menos eso parece a primera vista. Desde la sala voy hacia el baño para lavarme la cara.

Entonces, oigo ruidos extraños provenientes del cuarto. De puntillas, me acerco a espiar. Tal vez me equivoqué de habitación o ellos se equivocaron al asignármela. El sonido es bajo… Podría ser solo mi imaginación o la televisión encendida. Tomo aire y asomo la cabeza.

Veo a una pareja follando en la cama matrimonial.

Muerta de la pena, me alejo. Siento el calor subir por mis mejillas. Sujeto las llaves con fuerza.

Estoy por desaparecer antes de meterme en problemas cuando mi cerebro procesa lo que acabo de ver y siento que debo volver a asomarme. Es una necesidad.

Los gemidos de la chica son más altos.

El chico solo repite una palabra.

Esa voz…

La reconozco.

Miro con mis propios ojos.

El mundo se detiene.

Es mi novio.

CAPÍTULO 2

“No es lo que te ocurre, sino cómo reaccionas a lo que te importa”
—Epicteto

Mi corazón desaparece, dejando un hueco en mi pecho.

El eco baja por mi garganta como si fuera vidrio. No dejo de mirarlo, no dejo de escucharlo. Mi estómago se revuelve y una gran cantidad de ira se convierte en asco y dolor en cuestión de segundos. Aun así, no me muevo, no reacciono, no hago ruido.

El frío abandona mi cuerpo; siento como si estuviera en el infierno por un segundo. Me aprieta el pecho.

Boquiabierta, trato de formular una oración sin lograrlo. Solo puedo quedarme parada en una esquina mientras él entra y sale de ella. La cabecera de la cama choca con la pared, provocando un sonido que me hace querer asesinar a alguien.

—Sa… Santiago —musito en un tartamudeo.

Él está sonriendo. No puedo verla a ella porque la tiene pegada al colchón. Solo se gira cuando me escucha. Tres segundos tarda en generar consciencia, dejar de penetrarla y hacer como si hubiera visto a la muerte a los ojos.

La aparta sin importarle si le hace daño, y eso me enfada más.

«Dios, estoy saliendo con un imbécil al que no le importan las mujeres. O bueno… estaba».

—Gali —me llama, y yo retrocedo unos pasos. Desesperado, sube su ropa interior y busca su pantalón en la cama—. Espera, Galilea, no es lo que crees.

Trato de responder, pero solo siento unas ganas incontrolables de vomitar.

«Esto no puede ser real».

—Ayúdala a vestirse. —Junto toda mi fuerza para decir eso—. La quiero fuera de este cuarto en cinco minutos. Tú quédate.

Él tiene los ojos bien abiertos, presos del pánico. Tiembla mientras se mueve y ni siquiera se ha quitado el condón del susto. No sé quién es la chica que tiene en la cama, no me interesa, y por respeto doy media vuelta para no verla cuando se levante. Camino hacia el baño, fingiendo que no siento que el piso se rompe bajo mis pies.

Estoy mareada, muy mareada. No puedo borrarme la imagen de la cabeza. No puedo pensar. No puedo respirar.

Me sostengo con ambas manos del lavado. Tomo una larga bocanada de aire. Tengo ganas de llorar. Elevo la mirada al espejo y me asusta mi reflejo repleto de rabia.

Al salir, me encuentro con esa chica ya arreglada. Se ve aterrorizada y alza ambas manos al verme. Empieza a explicar, pero no la escucho. Hago una señal para que guarde silencio, le entrego las llaves y murmuro un «gracias» antes de señalar la puerta. Ella sale sin dudarlo.

—Gali, ¿podemos…? —Santiago aparece unos segundos después de oír que ella se fue, como un completo cobarde—. ¿Podemos hablar?

«La calma es una virtud».

—¡¿De qué demonios quieres hablar?! —Lo empujo—. ¿Era esta la puta razón por la que querías terminar tan rápido nuestra relación? ¡¿Qué carajos pasa contigo?!

«Una virtud que no tengo».

Santiago intenta hablar, pero mis gritos lo detienen. No tengo idea de qué estoy diciendo, una combinación de insultos, reclamos y maldiciones que terminan por hacerlo ver como un cachorro asustado, acorralado en la esquina del cuarto.

Cuando lo conocí, era el caballero perfecto. Nos vimos al inicio del programa y no habló con ninguna otra de las competidoras apenas pudo llegar a mí. Nuestra relación empezó rápido, lo cual tomé como una señal de que iba en serio y, joder, realmente lo parecía. Somos —o éramos — muy compatibles.

Ambos tenemos padres reconocidos en la industria del entretenimiento y el deporte. Ambos somos aficionados, con intereses similares en la vida. Tenemos casi la misma edad, fuimos a la misma universidad sin saberlo, pero yo la dejé cuando tuve que empezar a dedicarme a tiempo completo a mi carrera en redes sociales. Él era atento, detallista, romántico y dedicado. Siempre fue alguien de presumir y, en sus eventos privados, rodeado de sus amistades millonarias, yo era el premio principal.

Pero allí nunca estaba su padre. De hecho, nunca me presentó a su familia. Lo cual vi normal, pues su madre había fallecido hace poco y su padre era “el hombre de negocios más ocupado del mundo”, según sus propias palabras.

Sin embargo, al ver su reacción apenas salió el rumor y el pánico en sus ojos al pensar que el productor pudiera enterarse, entendí que realmente no pensaba presentarme nunca.

Vivimos juntos, estudiamos juntos, viajamos juntos. Aun así, nunca me subió a sus redes, y pensé que aquello era parte de nuestro acuerdo para evitar chismes de mal gusto sobre nuestro romance.

Pero el “chisme” solo me afecta a mí. Yo soy la que, según ellos, se acostó con la familia del productor para ganar.

Él no tiene nada que perder. Él es solo…

—Eres un cobarde de mierda —espeto, sintiendo la ira correr por mis venas, quemándome por dentro a cada segundo que lo tengo cerca—. ¿Desde hace cuánto estás engañándome?

—Gal, tranquilízate. —Posa su mano en mi brazo.

Me aparto de un manotazo, alterada. No quiero que me toque, no quiero que me mire, no quiero que exista en este preciso momento. No sé cómo reaccionar o cómo moverme. Tengo la terrible sensación de que nada de lo que haga podrá sacar el dolor de mi corazón.

—¿Desde cuándo te estás acostando con ella?

—Yo… Hoy. Ya lo sé, lo siento —se frota el rostro con ambas manos—. Estaba vulnerable porque terminamos y no supe qué hacer, pero nunca había estado con otra chica, te lo juro. Nosotros terminamos…

—Hace dos malditas horas. Te han bastado para olvidarte de que existo. Y fue mucho menos, porque tuviste que escribirle, ella tuvo que aparecer o la fuiste a buscar. Así hasta llegar a este hotel y el tiempo en el que estuvieras follándola. —Me río amargamente al decirlo—. Está claro

que no es alguien que hayas conocido recién. Ten un poco de respeto por mí.

—Déjame explicarme…

—¡¿Qué es lo que vas a explicar?! ¿Qué hablabas con ella mientras estabas conmigo? ¿Qué hablabas con muchas más personas? ¿Por qué demonios tenías un plan B tan rápido?

—No era un plan B, no es lo que crees.

—Yo debería haber sido tu plan A y tu único plan —vocifero tan alto que hace eco en la habitación—. Pero, viendo lo fácil que me soltaste cuando las cosas se pusieron feas, veo que ni siquiera era eso.

—Gali, no hagas esto público, por favor. Toda nuestra relación ha sido privada y creo que podemos arreglarlo. Pídeme una compensación, te la daré.

—¡¿Crees que lo que quiero es dinero?! —Si mi corazón aún estaba intacto, en ese momento se craqueló por completo. No en dos, en mil pedazos. De ese tipo de rotura que uno nunca puede recuperar—. Te odio.

—¡No dinero! O… vale, lo que sea que quieras. Pero, por favor, deja de gritar, vas a llamar la atención de los trabajadores.

Es irónico cómo alguien que "te quería" exactamente por llamar la atención de todos en cada habitación a la que entrabas, ahora se avergüenza de la cualidad tuya que más te representa. Es como si nunca le hubiera agradado desde un inicio.

—Solo te importa tu imagen.

—Me importas tú, nosotros.

—Si te importara yo, no te hubieras metido en la cama con otra a las… ¿qué? ¿Tres horas? ¿Dos? No tengo idea de cuándo empezó esto. —Niego con la cabeza—. Quizá no me engañaste mientras estábamos juntos, pero eso no te hace menos traidor,

—Mira, Galilea, me importa tu carrera y la mía, lo sabes. Así que te propongo esto: cálmate, dale un segundo de atención a tu lado racional, regresa aquí y hagamos un pacto para solucionar esto. Te estoy dando una buena oferta, puedo conseguirte lo que quieras: dinero, más fama, conexiones, trabajos, llegar a la final…

Si el piso bajo mis pies antes ya no existía y me había dejado en caída libre, ese fue justo el momento en el que por fin toqué suelo. Fue estrepitoso. Dolió en cada hueso de mi cuerpo.

—La final —repito, atónita.

—Siempre has sido una gran jugadora y la favorita del canal, no sería difícil asegurarte un sitio. Ese es tu sueño, es tu récord: tricampeona.

Me tiembla todo el cuerpo. Sé que sus palabras no son con esa intención, o eso espero, pero lo único que escuché fue: «la favorita del canal». Eso implica que pudo haber complicidad para que llegara a alguna de las anteriores finales. Lo que dice implica que no lo hice por mérito propio.

¿Me está desacreditando? ¿Cómo podría una competencia que se basa en la capacidad física estar arreglada?

—Voy a llamar a mi asistente para que veamos esto. —Santiago agarra su teléfono de la cama—. Todo estará bien, lo malo está en tu cabeza.

Le arrebato el teléfono. Él sonríe porque logró apagarlo antes de que pudiera desbloquearlo, pero yo simplemente lo arrojo contra la pared.

—No vas a comprar mi silencio, no vas a comprar mi dolor y mucho menos mi éxito, imbécil.

—Bájame ese tono y cámbiame esas palabras ahora mismo.

—No eres quién para decirme qué hacer.

—Alguien tiene que tomar el control y razonar, y no vas a ser tú, que estás hecha una bestia.

—¿Una bestia? —repito, ofendida.

—Sí, una bestia. Estás loca, Galilea. Ahora mismo eres la mujer más desesperante que he visto en mi vida y… —Su mirada se oscurece, las comisuras de sus labios se curvan hacia arriba —. Hasta estoy aliviado de haberme deshecho de ti lo antes posible.

—Vete al diablo.

Cierro la puerta del cuarto de un golpe, tan fuerte que las cosas sobre la mesa de luz tambalean y las botellas de champán caen al piso. Él me persigue a lo largo del departamento, ahora también gritando y reclamando cosas absurdas de nuestra relación. Quiero irme de aquí.

—¿Por qué crees que me he visto con esta chica? Necesito a alguien a mi lado que sea una verdadera mujer.

Es posible que me haya dolido eso. Es posible que aún esperara que no me hiciera más daño con sus palabras. Lo que terminó en la mañana y que, según yo, murió al verlo en la cama, dio su última estocada.

—Estuve con ella por meses antes de esta mañana —afirma Santiago, orgulloso y complacido de ver la confusión en mi expresión.

Me quedo callada.

La puerta se abre. Supongo que es la amante, pues fue a ella a quien le di las llaves y olvidé que ahora tiene el poder de dejarnos encerrados. Sin embargo, no es así.

Es el chico albino que me metió al hotel, el botones. Entra con timidez y abre los ojos de par en par al ver el desastre que hemos armado. El piso está lleno de alcohol, hay dispositivos y vidrios rotos por todos lados. Y hay una ridícula que está a nada de tirarse a llorar como un bebé por un hombre al que claramente nunca le he importado.

Santiago frunce el ceño al ver a Denver. Ambos lo miramos. El botones intercala su atención entre los dos y se detiene por más tiempo en mí.

Justo en ese momento me permito que mis ojos se cristalicen. Doy media vuelta, evitando que Santiago me vea, y finjo ir a buscar mi teléfono cuando ya lo tengo en el bolsillo de mi pantalón.

—¿Quién eres tú? Dije que quería el cuarto para todo el día. El muchacho moreno que me atendió lo cobró —reclama Santiago—. Fuera de aquí, no hay nada que ver.

—Perdón —musito al acercarme a Denver—. Es una basura de persona, no esperes ningún buen trato de su parte.

—¿Este quién es? —cuestiona Santiago.

Odio la forma en la que lo mira solo por su uniforme. Odio el aire de superioridad que inventa. Lo odio.

Odio a Santiago.

Odio lo maleducado que es.

Odio su falta de humildad.

Odio todo de él.

Y se me ocurre una idea para arrebatarle ese aire de grandeza al menos por un minuto.

Me giro hacia Denver. Él no comprende la situación, pero, como si leyera mi mente, me extiende la mano para que me aleje de Santiago. La sostengo con fuerza, respiro hondo y lo único que consigo decir es:

—¿Qué te puedo decir, Santiago? —Sujeto el agarre de Denver con ambas manos—. Parece que ambos teníamos secretos.

CAPÍTULO 3

“Todo lo que se hace por amor, se hace más allá del bien y el mal”
—Friedrich Nietzsche

Hui de la habitación sin decir nada más. No acepté seguir oyendo a Santiago y no miré atrás. Corrí hacia el taxi más cercano y le pedí que me llevara a un resort al otro lado de la ciudad, donde al menos pudiera dormir.

No lo hice. No recuerdo en qué momento amaneció. Me quedé mirando el techo todo ese tiempo, reflexionando.

Me sentí un poco mal por usar al pobre botones en mi ridículo intento de hacer enojar a mi ahora exnovio, pero me sentiría peor una vez tomara el teléfono.

Creí haber vivido una montaña rusa en las últimas cuarenta y ocho horas, pero nada se compara con lo que siento al ver la noticia en una página de cotilleo con más de medio millón de seguidores. Tiene más “me gusta” que personas en esta ciudad. En la imagen, en HD, aparecemos él y yo con el título:

“¿Nuevo romance para la bicampeona de Ukiyo?”

Es recién entonces cuando me entero de dos cosas:

Su nombre completo: Denver Monroe.

No es solo un botones.

Su verdadera profesión: es un reconocido atleta olímpico.

Y ahora, es una pobre víctima de mis problemas.

—Me cago en mis…

No termino de maldecir cuando recibo una llamada de mi representante. El teléfono se me resbala de las manos, pero lo atrapo a tiempo y contesto al instante. Estoy a punto de gritar de los nervios cuando ella se me adelanta:

—¿Qué has hecho, Galilea?

—¡Nada! ¡Nada, te lo juro! No tengo idea de quién es ese chico.

—Entonces, ¿quién ha soltado esa mentira?

—No lo sé. —Me froto el rostro, frustrada—. Supongo que el imbécil de Santiago. Terminamos hace… Terminamos cuando al canal le llegó la noticia de que estábamos juntos.

—¿Por qué Santiago se beneficiaría de esto? Entiendo que quiera alejar su imagen de ti, pero esto es excesivo.

—Para que no se ensucie si es que yo filtro lo suyo —refunfuño—. Me engañó… o no,

porque ya no éramos pareja. No lo sé. No creo que la chica con la que estaba follando haya aparecido de la nada. Lo siento, de verdad lo siento. Tengo tantas cosas en la cabeza. —Una lágrima rueda por mi mejilla; no estoy acostumbrada a lidiar con tantos problemas—. Lo arreglaré, hablaré con Denver para aclarar el tema.

—Oh, sabes su nombre.

—Su nombre está en todos lados. —Me lamento—. Qué vergüenza, en serio. Ese niño solo quería ayudarme.

—Ese "niño" es mayor que tú. —Se burla mi representante—. Vale, te creo que no sabes nada de él. Intenté buscar información. No tiene mánager al que pueda contactar. Solo se lo conoce en el mundo del deporte. Un tipo sin mucho público, un don nadie.

—Bien, control de daños pequeño.

—No exactamente, Gali. Ahora mismo tiene 300.000 nuevos seguidores. Y ha pasado solo una hora desde el anuncio.

«Mierda».

—Me voy a morir.

—No pasa nada, esto se soluciona rápido. Pero tiene que ser ya. Ve a buscarlo. ¿Tienes su número o algo?

—No.

—Ok, tienes tres horas para arreglar esto. Llámame. Estaré al pendiente.



Estoy encubierta: capucha negra, gafas de sol y la vergüenza bien escondida. Lista para disculparme con Denver y pedirle que, por favor, no me meta en un problema legal. Le prometeré que bajaré toda esta información lo antes posible.

—Hola. —Me acerco al mostrador—. ¿Denver?

El moreno de la última vez me regala una sonrisa de labios sellados.

—Denver no atiende a esta hora. Yo soy el recepcionista, Salvador.

—Oh, gracias. Perdona por molestarte, ¿tienes idea de dónde podría estar?

—En la tarde casi siempre está en el GYM Dos Peces, a cuatro cuadras de aquí. Subiendo por la calle Palmera.

—Muchas gracias.

—Por cierto, ¿tú eres…?

Sonrío al darme cuenta de que acaba de darle los datos de su amigo a una completa extraña.

—Soy una admiradora suya.

El gimnasio está en un rincón escondido entre grandes edificios de la ciudad. Me dejan entrar tras pagar cinco dólares por una hora y voy directo al sector donde hay un grupo de hombres reunidos. A esta hora no hay mucha concurrencia, todos están trabajando. No deben ser más de once personas en total, incluyéndome a mí.

Sin embargo, no hay señal de Denver.

Leo el cartel en la pared para asegurarme de que estoy en el sitio correcto.

En una esquina, alejado del resto, reconozco su corte de cabello de espaldas. Está haciendo elevaciones laterales con un par de pesas, tiene los audífonos puestos y mira a la pared.

Espero a que termine su serie porque no quiero molestarlo, lo que me lleva a quedarme diez minutos parada en silencio, observando cómo se ejercita.

No es la cantidad de peso que suelo ver que mis compañeros del programa intentan manejar, pero lo hace con gran habilidad y parece saber exactamente qué está entrenando.

Suelto un suspiro.

—Disculpa. —Con timidez, toco su hombro para intentar llamar su atención—. Ejem… Denver, perdona.

Él suelta las pesas sin apuro, se baja los audífonos y gira la cabeza. Se ve sorprendido de que sea yo quien lo interrumpe.

—Galilea, buen día. —Me sonríe.

Es la primera persona que me ha reconocido camuflada.

—Sí, eso, buenas. —Bajo la cabeza—. Perdona que te haya seguido hasta aquí y perdona si viste las noticias. Quisiera hablar contigo en privado, por favor.

—Sin problema.

—Te juro que me muero de pena, la ansiedad me carcome y…

—Espera, ven, no podemos fiarnos de esta gente. —Denver toma mi mano y me paralizo. Con suavidad, guía mis pasos lejos de la zona de máquinas—. Son adictos a su teléfono; si nos descuidamos, alguno ya ha empezado un live donde se nos vea.

—Perdona las molestias.

—No eres una molestia.

—Sé que debes tener una impresión detestable de mí. No me odies por el rumor. Te juro que no tengo idea de cómo surgió, pero lo arreglaré.

—No te preocupes.

—Tengo la teoría de que fue Santiago. No fue mi responsabilidad, lo puedo denunciar por…

—Relájate, no pasa nada.

—¿En serio?

—No estoy enojado, Galilea. Estoy halagado.

Boquiabierta, ni siquiera noto cuando nos alejamos del resto de las personas entrenando. El sonido y los quejidos desaparecen. Cruzamos un angosto pasillo en el que apenas entra hasta el baño de hombres.

—¿Lo estás?

—No tengo problema con ello, de hecho, no tengo problema con nada.

—Vale, entiendo. Muchas, muchas gracias. ¿No crees que el baño es un sitio muy público como para tener esta conversación?

Él toma las llaves colgadas en la pared y cierra con seguro la puerta.

—Solo somos tú y yo, sin presiones.

CAPÍTULO 4

“No puedo enseñar nada a nadie, solo puedo hacerles pensar”
—Sócrates

Denver es grande, fuerte e intimidante.

Es nadador olímpico; ha representado a su país dos veces en estos juegos, su especialidad es el nado mariposa. Su cuerpo está tonificado, musculado; es alto e imponente. Nunca había visto a alguien como él en persona, y, en definitiva, me estoy distrayendo con detalles para ignorar que quiero hundir la cabeza en la tierra como un avestruz.

Me deja sin aliento tenerlo tan cerca, sin camiseta porque está llena de sudor, con gotas cayendo de su cabello. Ambos encerrados en este sucio baño que parece abandonado.

—Sé que esto es aterrador y que has pasado unos últimos días horribles. —Posa su mano en mi hombro—. Tranquila, buscaremos la solución, confía en mí.

Hay algo en su forma de hablar que me resulta interesante. Es como si siempre estuviera dando un discurso. Da lecciones de vida cada vez que abre la boca.

—Está bien. —Vuelvo a respirar—. Lo haré.

Me sonríe y da media vuelta para buscar su camiseta. Al darle la espalda, puedo notar que tiene un gran tatuaje allí: una frase de Friedrich Nietzsche. Eso me hace reír; es bastante pretencioso.

Pero la sonrisa se me borra al leerlo:

“Quien tiene un porqué, puede enfrentarse a casi cualquier cómo”.

—¿Filosofía? —indago.

—Estudio filosofía hace tres años —admite—. ¿Has oído sobre ello?

—Mis padres son muy fans; tienen la biblioteca llena de libros de estos antiguos hombres predicadores. —Se me escapa un ligero «pff»—. El único que alguna vez me cayó bien es el que tienes tatuado, y es porque no sé nada de su vida. Una vez que los investigas, siempre suelen ser personas llenas de oscuridad.

—Creo que de las personas más oscuras surgen las ideas más brillantes. —Se encoge de hombros—. No tengo uno favorito, no son una *boyband*, pero esa frase en especial es una de las que más me gusta. Me ha acompañado a lo largo de mi vida.

—Es interesante.

—Es poderosa —corrige.

—Todo es poderoso si le das la intención necesaria.

—No. Hay cosas que tienen poder por sí solas, aunque nadie las lea, aunque nadie las entienda —balbucea al terminar de cambiarse—. Esta es una de ellas. No hay que ser un genio para seguir intentando. Solo hay que seguir si tienes una meta a donde ir.

—¿Cuál es tu meta?

Sonríe en grande.

—¿No crees que es muy pronto para preguntas existenciales?

—Ya, no quería que sonara así. —Sonrío—. Disculpa.

—Te has disculpado demasiado por hoy, déjalo. Aún tenemos que hablar de la noticia. —Respira hondo—. ¿Quieres ir a algún restaurante exclusivo o un sitio privado? Aquí no tenemos privacidad, eso es lo único seguro.

—Está bien.

Saca su teléfono, que tiene la pantalla rota, y busca en la aplicación de mapas restaurantes cercanos. El sol está cayendo; pronto no habrá una sola cafetería abierta donde refugiarnos. Sin embargo, las opciones que veo son demasiado costosas. Este barrio está lleno de sitios elite bastante cercanos.

Denver toma su chaqueta de mezclilla y abre la puerta del baño otra vez. Lo sigo en silencio, pensando que quizá debimos pedir un taxi para que nadie nos reconociera o tomara fotos. Pero, considerando que es la misma persona que conocí caminando bajo la lluvia, no creo que le guste la idea.

Cuando llegamos, hay una larga fila en la entrada en la cual me siento incómoda al instante. Me escondo detrás de él, lo cual parece no ser muy buena idea. Todos notan al chico gigante que ocupa casi todo el espacio. Todas las miradas están sobre él y, ahora, por mi gran culpa, lo reconocen.

Oigo que reprime un gruñido cuando a una de las muchas personas curiosas se le olvida quitar el flash.

—Mierda —murmuro. No puedo verlos; estoy usándolo de escudo, pero sé que están allí.

—Emm... Galilea.

—Dime.

—Cada vez hay más… cámaras.

—¿Te están grabando ahora?

—Ajá. ¿Es malo?

—¿Falta mucho para que se acabe la fila?

—El local está lleno.

—Vale, esto fue una pésima idea. —Suspiro—. Vámonos.

Lo tomo de la tela del brazo para estirarlo fuera. No dimensiono lo “interesante” que está la situación a nuestro lado hasta que, al retirarme de su protección, los flashes me ciegan por un segundo.

Trago grueso, intento no poner mala cara, pero tampoco me sale forzar una sonrisa. Solo camino rápido, muy rápido.

Cuando Denver nota que quiero huir de allí, apresura el paso tanto que me cuesta seguirlo en mis tacones.

El pánico empieza a subir por mi cuerpo cuando me percato de que hay personas, en especial adolescentes jóvenes, que aún nos siguen. Uno de ellos grita mi nombre esperando que me detenga, mientras que otro trota a metros de nosotros.

—¿Qué te pasa? —susurra Denver cuando gira el cuello para verme y nota mi rostro rojo.

—Tengo miedo —respondo en voz baja.

El viento hace volar mi cabello. La noche se torna fría y la luz de los teléfonos es más fuerte que la luna.

—¿De qué? ¿De ellos? —Ladea la cabeza—. Les gritamos que se vayan.

—¡No! —Dejo de correr por un segundo, lo que provoca que un teléfono me dé en la cara. Continúo corriendo con más energía. Denver toma mi muñeca y, por poco, me arrastra a su ritmo —. Ejem...

—¿Qué hacemos?

—¡No sé! —No mido qué tan alto lo digo, y mi corazón late desesperado en mi pecho. Esta situación me da ansiedad. Esto es todo lo que no quiero.

Quiero llorar por muchas razones, pero quiero culpar a esto para no sentirme tan patética.

—¿A dónde vamos? —insiste Denver.

—A donde sea.

Sin mirar qué edificio tenemos a la izquierda, entro allí junto a él y le pido en un farfullo al guardia que no deje entrar a los demás.

Denver me empuja por no medir el freno. No tiene tiempo de disculparse; está atento a si los niños que nos siguieron aún están tras nosotros.

El guardia cierra las puertas polarizadas de un solo movimiento brusco, dejándolos sin posibilidad de seguir grabando. Vuelvo a respirar, me doy cuenta de que esta escapada me ha robado todo el aliento.

Antes de que pueda formular una palabra, él se acerca a la recepcionista y pide una habitación. Esto parece ser un hotel para turistas, pues cuesta doscientos cincuenta dólares la noche.

La cifra sorprende a Denver, mas no dice nada; solo saca su billetera del pantalón y desliza cinco billetes de cincuenta sobre la mesa.

Eso es, sin duda, mayor a su presupuesto normal. Los salarios en esta zona no son tan buenos. De hecho, para un botones es muchísimo dinero. Me apena, pero él no se queja de pagarlo por ambos. Solo lo hace y toma las llaves.

Escucho un tintineo; un llavero de cristales cuelga de su mano.

Cruzamos un largo pasillo con paredes pintadas en granate. Las luces son opacas y el sitio huele excelente. No hay nadie alrededor ni se oye nada más que nuestros pasos. Puedo sentir un poco de paz.

Es extraño para mí que alguien resuelva los problemas, tome la rienda o accione primero. Ese es mi papel, siempre. Sin embargo, él lo hace como si fuera natural. Quiero disculparme tanto, de tantas maneras, que mi cerebro entra en cortocircuito.

—Denver, yo...

—Espera a que estemos en un sitio donde estemos seguros de estar solos los dos.

—Lo sé, lo sé. Gracias. —Remojo mis labios—. Es aquí, escaleras arriba.

No es del todo incómodo el silencio entre nosotros, pero quiero que se termine. Diría que su voz ayuda mucho a calmarme. Es tranquila, suave, y parece escoger con cuidado lo que dice.

—Dame las llaves —pido, un poco nerviosa.

—Todas tuyas.

Me las entrega. Llegamos pronto a la puerta con el número indicado. Le sonrío y abro en grande, extendiendo el brazo en señal de que pase.

—Los caballeros primero.

CAPÍTULO 5

“El camino al infierno es asfaltado con buenas intenciones”
—Friedrich Nietzsche

Diría que cuarenta y ocho horas es lo más que he tardado en meter a un hombre a un motel conmigo. Pero mentiría.

Conocí a Santiago de una forma terrible y lo nuestro terminó igual. Supongo que lo que mal empieza mal acaba, bla, bla, bla. Ya sé que tomo malas decisiones, no hace falta que les agregue refranes.

—Joder —dice al ver el interior del cuarto.

El sitio es rojo. Paredes, sábanas, juegos. Hay un estante lleno de consoladores de diferentes tamaños y formas. En la esquina hay un arnés. Arriba de la cama, dos argollas con cadenas conectadas a las esquinas.

En el clóset no hay ropa, solo disfraces de *roleplay*, junto con un montón de artilugios obscenos. Este sitio está por completo limpio; lo único que se huele es el incienso.

No hacía falta comprar comida, pues hay una bandeja de plata en la mesa de vidrio. Puedo reconocer que la mayoría de los comestibles son afrodisíacos. También hay pastillas por su clasificación: Viagra, analgésicos y del día después.

Cada pequeño objeto es, de alguna forma, un objeto sexual. La forma de las sillas, la inclinación de las mesas, el taburete en el que alguien puede imitar la posición de estar sobre las rodillas de otra persona. Apenas entro, lo primero con lo que choco son los collares colgados del techo.

Denver se tropieza con una caja en el piso. Mientras más observa, más se sonroja. Más de lo humanamente posible. El color rojo se proyecta en su piel, se ve peor que un tomate en su estación más brillante.

«Dios».

—¿Co... conocías este sitio, Galilea? —pregunta, incómodo.

—¡No! —Salto por completo, apenada—. No, no, es que lo confundí con otro sitio. Ejem... es decir, sí he estado en moteles antes, pero... pero yo no... —Solo puedo pensar en que ahora tiene sentido el precio tan alto del cuarto.

—¿Doscientos cincuenta dólares es un precio alto?

—¿Para una noche? Sí, un poco. ¿No lo sabías? —Frunzo las cejas—. ¿Nunca has estado en un motel?

—Nunca —responde sin tapujos—. Esto es, sin duda, diferente a lo que esperaba. Creí que eran cuatro paredes y una cama.

—¿Nunca? —indago otra vez, incrédula.

—Jamás.

—¿Ni con alguna de tus novias? —Intento desviar la atención del hecho de que lo traje a este sitio preocupante.

—Mi novia es el deporte.

Estallo en una sonora carcajada.

—Lo digo en serio —aclara—. Nunca he tenido pareja y no me interesa empezar ahora. Este año son los Juegos Olímpicos, no tengo tiempo para distracciones.

—Creer que el amor es una distracción es exactamente lo que me esperaba de un estudiante de filosofía.

—Lo es.

—Creo que depende del contexto.

—Siempre lo es. Es una responsabilidad, y cuando tienes muchas cosas en mente, debes saber escoger tus responsabilidades.

—¿Eso crees?

—¿No crees que tu lío con Santiago te ha distraído? Podrías estar entrenando para el programa ahora mismo.

—Sabes del programa.

—También vi las noticias, busqué tu nombre y me apareció todo lo que tenía que saber. —Me ofrece estrechar la mano—. En hora buena, bicampeona.

—Gracias… ¿Cómo se les dice a las personas que compiten en tu disciplina?

—Depende de cómo les haya ido. Si ganas la medalla de oro, entonces también te puedes llamar campeón. No lo he hecho aún. Mi debut fue hace unos ocho años; era un adolescente y fui una revelación, según ellos. Luego me volví a presentar y superé mi propia marca. Plata.

—Oh, entonces no has ganado.

—No. He ganado dos veces, simplemente no he llegado a mi meta principal. Espero que este año pueda darse. No sé cuánto más me permitan seguir intentándolo, pero lo haré hasta que me echen o el cuerpo no me dé.

—Si ganas este año, ¿te volverás a presentar?

—Por supuesto. Se trata de amar la competición, no de amar ser un ganador. Aunque mentiría si dijera que no sueño todos los días con… —toma asiento en la cama matrimonial— ese dorado.

—¿Tú no deberías estar entrenando? —repito sus palabras—. ¿Qué te distrae a ti?

—Estoy haciendo negocios. ¿Crees que no me importa haber crecido medio millón de seguidores en dos días? Pues no, la verdad es que no. Pero a las marcas, patrocinadores e inversores sí. Realmente hay muchos gastos que son cubiertos, pero no todos. La natación no es tan popular como otras disciplinas y no tiene tantas empresas interesadas en apoyarte…, o eso creo hasta ahora.

—Vale, veo a dónde va esto. —Me siento a su lado en la cama. Lo único que nos separa es un juguete de plástico de veinte centímetros—. Tú quieres algo de mí y yo…

—Y tú necesitas cubrir el escándalo de Santiago. Nada limpiaría más tu imagen que decir que nunca te liaste con el hijo del productor y que, en realidad, te va tan bien porque has estado entrenando con un deportista profesional.

—¿Qué tan profesional?

—Tengo experiencia en *coaching*, he trabajado en gimnasios toda mi vida y ayudo a mis amigos que practican deportes extremos en el cuidado de su salud. Antes de estudiar filosofía, estudié para ser fisioterapeuta.

—¿Qué te detuvo?

—Demasiada presión, incluso para alguien que vive bajo el agua. Si estoy hundido, que sea solo en pensamientos vacíos y preguntas retóricas.

Eso me hace reír otra vez.

—Noto que eres diez veces más inteligente de lo que creía, Denver.

—Soy una caja de sorpresas.

—Sí, la caja de Pandora —carraspeo—. Me gusta tu narrativa, así que déjame entender… Llevamos saliendo ¿dos años? Si empezamos cuando ingresé al programa para que pudieras entrenar conmigo.

—No tengo problema con eso, tampoco hay nadie en mi vida personal que pueda contradecirlo —explica con calma.

—En la mía sí.

—Lo negaré. Siempre estuviste conmigo —concluye.

—Dirán que quizá te puse los cuernos.

—Te perdoné. —Se encoge de hombros.

—Estuve con otro —reitero.

—Algo mal debí hacer. Ahora estoy trabajando en ser mejor novio.

—Eso hará que me odien.

—Sí, pero también te tendrán envidia. Tú serás la reina, Galilea.

—Dirán que solo estoy contigo por tu…

—Me da igual. —Bosteza—. En fin, llevamos dos años saliendo. ¿Algo que deba saber sobre nuestro increíble noviazgo?

—Uff. Muchas cosas.

Pongo mi teléfono en modo avión. No quiero leer nada sobre los videos que nos tomaron, sobre lo que sea que estén diciendo en redes sobre nosotros. Me acomodo en el colchón; tengo la garganta seca y, realmente, empiezan a parecerme apetitosas las bebidas que hay aquí dentro. Pero me da miedo tomar una y que se pare mi pene inexistente.

Quedamos en hacer un pequeño resumen del otro para presentarnos, como aquellos que se hacen en los primeros días de clase.

—Pon datos personales, aspiraciones, planes de vida —pide Denver—. Las cosas tontas que uno le dice a su pareja: sitio preferido de vacaciones, sabor de helado, número de hámsters.

—¿Tontas? —Arqueo una ceja.

—¡Lo siento! Normales, perdón.

—No quiero hámsters. —Río—. Quiero peces.

—¿Peces?

—Me gustan los acuarios.

—Pues lo siento. Yo nací en enero.

Eso me hace soltar otra carcajada, sobre todo porque es muy extraño que algo así salga de alguien “como él” —según mis prejuicios—. Me concentro en hacer mi extensa lista en la app de notas mientras él hace lo mismo. No tengo esta sensación de complicidad con alguien desde que me organizaba con mis amigas para responder a los textos de sus exes en secundaria.

Estoy nerviosa.

Esto es extraño.

Debería haber pensado mejor mis decisiones.

Mis decisiones de vida, por ejemplo. Si hubiera elegido el camino de la veterinaria, ahora mismo tendría la mano dentro de un elefante. Quizás eso habría sido mejor.

Después de unos minutos, cada uno le da el teléfono al otro.

Lo que él me entrega es ordenado, con tablas, estadísticas y numeración. Está separado hasta por color.

Denver Monroe, 19 de enero.
El típico nerd aburrido con el que realmente no quieres tener una relación.
Me gusta el deporte, en todas sus formas, en especial sus reglas. Me interesa el factor psicológico detrás de él, el factor físico. Me gusta el color amarillo. Mis planes de vida son continuar con una rutina promedio (o la que sea) mientras pueda incluir mis pasiones en ella: nadar los fines de semana y correr por las mañanas.
Me gusta leer, escuchar pódcast, pero no de personas hablando, sino de historias. Como audiolibros… Sí, vale, son audiolibros. También me gusta ver largos videos de gente hablando sobre el mismo tema una y otra vez, en especial si es de psicología.
Quiero una familia grande, tres hijos, muchos animales, dos patos, un pollito. Vivir lo suficiente para ver el cambio de pensamiento generacional y decir: "jóvenes eran los de antes". Me gustan las citas al aire libre, las siestas de media tarde (aunque nunca tomo ninguna) y el agua.
Aspiro a disfrutar de las pequeñas cosas y vivir lo suficientemente despierto como para entender cuáles son. Ser "feliz", entre muchas comillas, y ganar suficientes competencias de natación antes de que mi cuerpo deje de responder.
Mi superhéroe favorito es el que interpreta Ron Kennedy: el Soldado de Cristal.

—Buena elección en lo último.

—Gracias.

Cuando toca mi turno, lo que él recibe es lamentable:

Gali. Gal a veces, Lea en raras ocasiones. Galilea a tiempo completo.
Creí que quería casarme joven, formar una familia pequeña antes de los treinta, vivir en la gran ciudad en un departamento y dedicarme a las redes hasta juntar suficiente dinero. Ahora… ahora no entiendo mucho nada.
Me gustan las flores, las citas privadas, las tonterías antiguas del amor, como las cartas y los dibujos. No hago mucho más que lo que muestro públicamente. Pienso demasiado. Me gustaría, si todo se va al diablo, cuidar animales o enseñar a niños. Soy una persona de mente abierta.
Puedo tolerar todo si es por amor o por pasión. O eso creo. Mis padres son personas del medio. Me gusta viajar, me gusta el sol y no me gusta la lluvia. Me gusta la honestidad, la comprensión y todas las cosas básicas que debería recibir un ser humano.
Si me casara, aún lo haría joven. Aún me gustan las tonterías del amor. Aún me gusta el deporte en su perspectiva mediática. Y aún soy la mitad de las cosas que puedes ver de mí en internet. Me mantengo exactamente como soy.
Excepto si ves que me gustaba la menta granizada. En ese caso, he cambiado.

—Conmovedor —musita Denver.

—Gracias, soy una gran escritora.

—Debemos anotar esto en papel, unir cabos para pautar la relación falsa, ¿no crees?

—Déjame buscar. —Me levanto.

—Por cierto, no pusiste la cantidad de niños que querías —dice a modo de chiste.

—Una niña —respondo sin pensar.

—Tres.

—Una niña y un niño.

—Una niña, un niño y lo que Dios quiera.

—¿Para qué quieres tres? —cuestiono, confundida—. Con dos es suficiente.

—Ya, pero no puedes escoger el género.

—Ajá, por eso, podrías tener tres niñas.

—De hecho, creo que ahora quiero tres niñas.

—Ay, no. Ahora quieres cuatro. ¿Por qué te gustan las familias grandes?

—Soy hijo único y siempre quise hermanos. Mi padre decía que era mi destino "seguir su linaje". —Ríe—. Era un hombre energético y dramático. A él le hubiera divertido este show. Probablemente nos querría obligar a casarnos.

—¿Crees que yo le hubiera caído bien?

—Así es.

—Yo también soy hija única —comento—. Nunca quise hermanos. ¿No has visto las películas? Dan miedo. Pelean contigo, te quitan la mitad de la herencia y luego se roban a tu esposa.

—Pues ese será un drama que veré siendo abuelo. Estoy listo —bromea.

—Ya, pero yo no pienso parir cuatro criaturas.

Denver frunce el ceño y se distancia unos instantes.

—¿Qué? ¿Se supone que estamos hablando de nosotros? —Entrecierra los ojos—. Obviamente, no van a ser contigo.

«Ay. Trágame, tierra».

Doy media vuelta y sigo en mi búsqueda hasta que encuentro una revista con posiciones dibujadas. Tiene una hoja en blanco. Eso será suficiente. Saco mi lápiz negro afilado de mi cartera. Siento los ojos de Denver en mi espalda.

Necesito cambiar el tema de conversación.

—Ahora que lo pienso, este sitio ofrece de todo menos condones —comento al aire.

—No lo había pensado.

—¿No?

—No realmente, nunca… —Detiene sus palabras—. Simplemente no pienso en nada que tenga que ver con ello. Me da igual dónde estemos, lo que más me importa es el plan.

—Claro, claro. —Asiento—. Déjame llamar a mi representante. Ella tiene que saber esto.

Denver observa a los lados, apenado. Eso me recuerda el primer incidente que tuvimos.

—Disculpa por cómo te trató mi ex en el hotel, por cierto.

—Descuida. Si yo estuviera en su lugar, también estaría enojado.

—¿En serio?

—Sí. Debe ser duro perder a una mujer tan increíble como tú. Él sabe que no encontrará nada mejor.

CAPÍTULO 6

“Todo el mundo ve lo que aparentas ser, pocos experimentan lo que realmente eres”
—Maquiavelo

En esta industria, puedes ser la presa de ellos o puedes hacerlos tus perras.

La prensa está a nuestros pies cinco minutos después de llamarla. Denver está vestido de forma elegante, nada de las sudaderas viejas y la ropa holgada que suele usar. Con una camiseta de compresión, debo admitir que deja en ridículo a la foto de Santiago que ponen a su lado para compararlos en los programas de cotilleo.

—Gracias por venir —habla Denver al micrófono, y arqueo una ceja, impresionada de que no tenga pánico escénico—. Por favor, no aturdan con preguntas a mi novia. Ella debe salir de aquí en una hora para llegar al programa. Yo me quedaré por tres. Tenemos tiempo.

Los periodistas están encantados con él. Lo atosigan con preguntas como: “¿Dónde se conocieron?”, “¿Por qué mantuvieron su relación en secreto?” y “¿Cómo es salir con una influencer tan mediática como Galilea?”.

A mí me hacen preguntas técnicas, de las que él me salva. Contestamos todo lo que podemos, incluso aquellas que se pasan de la raya, para que se vea más creíble. Él es un increíble actor; se ha memorizado todas las respuestas que le anoté. Esto sale bien, demasiado bien para ser real. Anonadada, me giro a ver cómo tiene los micrófonos encima, las cámaras apuntándole y a las personas en la palma de su mano.

Es impresionante.

Sé que me toman fotos cada vez que me quedo paralizada mirándolo. Estoy acostumbrada a llevar el mando; esto es nuevo para mí, es refrescante.

—Señorita, ¿podría confirmarnos que antes de su relación con Denver Monroe sí tuvo un vínculo afectivo con Santiago Cammeron?

—No tengo vínculo con Santiago, nunca lo he tenido. —Niego con la cabeza—. Sé que ha estado en el estudio, poco más. Esta semana fue la primera vez que escuché su nombre. No sé de dónde salieron los rumores, pero estoy segura de que fue un malentendido.

—¿Confirma que nunca estuvo involucrada con el hijo del productor del show?

—El único hombre con el que estoy desde hace dos años es Denver. Cualquier otra información es solo un intento de separarnos, lo cual no van a lograr. El hombre de mi vida y yo estamos muy felices juntos y planeamos seguir así por el resto de nuestras vidas.

—¿Van a casarse? —pregunta una señora, dirigiéndose a él.

—¿Quién le dice que no lo hemos hecho ya? —contesta Denver.

—¿Planean tener hijos? —insiste ella, insoportablemente.

—Sí, uno, dos, tres… Los que ella quiera —responde con simpleza. Incluso yo me lo creería —. Cuatro, cinco, veintitrés.

—La pequeña se llamará Jamaica. —Le sigo el juego. Es un chiste, es claramente un chiste, pero nadie se ríe. Todos se emocionan.

Somos pan caliente para los hambrientos periodistas. La sensación. Nos aman, se les ve en la mirada. La noticia es una bomba: uno de los mejores deportistas del mundo con la campeona del reality más visto de país, una influencer y por supuesto, la hija de mis padres, quienes han dedicado su vida al deporte y son reconocidos internacionalmente por ello. Es, cuanto menos, jugoso. Y somos conscientes de ello, por eso estaba por vomitar de los nervios antes de que él tomara por completo el control.

Sé que esto es ridículo para Denver, un circo. Comparado con sus entrevistas deportivas reales, debe estar pasando vergüenza y ahogándose en el asco con todas estas preguntas. Pero lo oculta como si acabara de ganar un Oscar. Me hace sentir segura.

—Lo escucharon en exclusiva desde el chismógrafo del reality —informa una mujer a la cámara—. ¿Se podría decir que este dúo deportivo está enamorado?

—Profundamente enamorados —responde Denver.

—¿Y el beso? —bromea uno de los encargados de esta reunión publicitaria. Lo hace con tono acusador y con la mirada fija en mí, me hace sentir obligada.

Tengo el impulso de hacer algo muy, muy idiota, y mi mano en su mejilla piensa antes que mi cerebro. No controlo mis propios movimientos. Me doy cuenta, ya a centímetros de dárselo, de que él ni siquiera se inmutó ante ese comentario.

La vergüenza me invade, aunque lo disimulo como si solo hubiera sido un juego entre nosotros.

Dejo de ver por un segundo cuando las luces de las grabadoras se alzan y los flashes se vuelven flechas disparadas hacia nosotros. Siento la piel de Denver calentarse bajo la yema de mis dedos, de blanco a rosa.

Él toma el micrófono.

—Nuestra relación es por y para nosotros, no para las cámaras. Cuando queramos darnos un beso de verdad, lo haremos. Como lo hemos hecho miles de veces en estos dos años. Pero solo si mi novia se siente cómoda. Por favor, respeten.



Nuestros días transcurren mayoritariamente lejos el uno del otro. Él está ocupado con lo que sea que hace para mantenerse en forma para sus competiciones. Sé que tiene contacto con miembros del comité deportivo del país y con personas muy importantes en el mundo de la natación. He leído un par de artículos de *Astrosports*, pero olvido los nombres y las pautas cada vez.

Además, no tengo cabeza para aprender su mundo cuando el mío está en la cuerda floja cuatro a cinco veces por semana. El equipo contrario es cada vez más fuerte y tengo que esforzarme el doble. Porque aunque perdamos, si eres lo suficientemente fuerte, no te escogen para estar en la banca, lo cual es básicamente perder tres duelos y ser eliminado para siempre.

Me conozco cada uno de los circuitos de las temporadas anteriores. Cada vez que sale uno nuevo, busco una forma de entrenarlo en el gimnasio al que voy. Estoy obsesionada, no es secreto.

Dedico el mismo tiempo que un trabajo al programa, porque lo es, incluso más. Tengo un sueldo mensual por la participación, además del premio monetario. El resto de mi tiempo lo repartía entre ir al gimnasio a practicar, hacer contenido y ser el perro faldero de Santiago.

Ahora que eso se acabó, invierto aún más tiempo en controlar mi alimentación y entrenar el triple. Intento manejarlo de una forma sana, haciendo que las actividades sean medianamente "divertidas" con música y un par de compañeras de gym, a las que tengo que llamar amigas porque descubrí que ninguna de las chicas del programa lo era. Pero a veces ese plan, todo el plan, no va de la mejor forma.

He estado del lado de las personas bajo una cámara y un reflector. Del lado de las personas con dietas estrictas y rutinas insoportables por unos puntos más en imagen física. Del lado de las cremas, el maquillaje e incluso las cirugías. Aun así, en el deporte profesional es donde he visto las peores rutinas, la peor alimentación y el peor trato de uno mismo a su cuerpo. He visto gente matarse entre ellos y a sí mismos por un pedazo de metal bañado en dorado y unas cuantas palabras ególatras vacías. Mi familia tiene un gran pasado rodeado de premios.

Me pregunto si Denver sabe eso, si puede notar que veo cierta historia a través de sus ojos y decido ignorarlo.

Veo un patrón tóxico borrado cuando lo observo actuar.

Y veo ese mismo patrón tóxico cuando…

Cuando…

—Felicidades, Gali, la gladiadora de hierro —me felicita el conductor al finalizar el programa de ese día. Si mis cálculos no fallan, faltan quince minutos de transmisión y deben rellenar ese tiempo con algo más que sus patrocinadores—. Estamos a semanas de separar la competencia de equipos a individual. ¿Cómo te sientes sabiendo que eres una de las candidatas con mayor potencial de llegar a las últimas instancias?

—Gracias, Lima, un amor tú como siempre. —Fuerzo una risita—. Todas las compañeras son increíbles, he compartido un montón con ellas. En especial en mi equipo, creo que todas estamos a un mismo nivel.

—Aquí, tras bambalinas, hemos oído hablar mucho de tu entrenamiento incansable para la competencia. ¿Qué consejo le darías a la próxima generación de gladiadoras que nos ven desde casa para conseguir un buen resultado?

—Ah…

«Estudiar los nuevos retos hasta dominarlos».

«Hacer que la estabilidad de tu vida dependa de esto, entonces no tendrás otra opción».

«Entrenar los circuitos hasta que sean pan comido».

«Medir tus límites primero, ir siempre a por ellos después. El ciento uno por ciento».

«Enamorarte de un idiota y pretender en televisión nacional que no te duele haberlo visto follarse a otra una semana después de hablar de anillos, de mudarse juntos y de tus sueños tontos de ganar este programa».

«Hacer un montón de cosas poco saludables con una sonrisa brillante y un cuerpo atlético, porque la mala salud emocional no se nota por fuera».

El camarógrafo se acerca a nosotras, menos de medio metro. Una cámara gigante. Trato de borrar a Santiago de mi cabeza. No me había dado cuenta de que no me senté a procesarlo, y este, en definitiva, no es el maldito momento.

—Intentarlo —musito y tomo una larga respiración con el micrófono a centímetros de la boca—. Intentarlo una y otra vez, fuera y frente a las cámaras. Creo que esa es la clave para que te vaya bien en cualquier deporte, el esfuerzo.

Lima, la conductora que no me cae mal pero cuya habilidad para crear "salseo" de la nada me asusta, me arroja una mirada que me hiela. Justo antes de torcer mis palabras en mi contra.

—¿Estás diciendo que tus compañeras deberían esforzarse más? Claro, ganar esta competencia no es fácil, mucho menos dos veces. —Hace el signo de paz, los dos dedos levantados que yo suelo usar para celebrar cuando al equipo le va bien.

—No, eso no fue lo que dije.

Ella se carcajea. Siento las miradas asesinas de mis compañeras y la tribuna queda en completo silencio. Siento el estómago revolverse. Ya había sido suficiente mal que pareciera que compré ambos trofeos con mi coño al hijo del productor, ahora es momento de volverme la villana insensible y nada empática. Perfecto.

—Estás malinterpretándolo —insisto, pero la presentadora no para de reír.

—Ay, Galilea, todos aquí amamos tu humildad, pero estás a pocos programas de estar en línea para romper el récord de campeonatos por una misma persona en la historia de este programa. ¡De seguido!

—Yo de verdad no quiero que tengan esa idea. Cualquiera puede ser ganador, solo…

—¿Cualquiera? ¿Así de fácil?

—¿Puedes dejar de actuar como una tonta que no entiende lo que digo? Estás intentando hacerme quedar mal a propósito —la acuso, y lo próximo que oigo es el efecto del micrófono cayendo.

«Ay, no».



Una piscina extremadamente larga bajo un tinglado es el sitio en el que más he visto a Denver pasar sus "ratos libres". Hay separaciones en el agua hechas con cuerdas.

El agua es cristalina y, por lo que mis piernas metidas hasta la pantorrilla pueden sentir, helada.

Me senté unos minutos en el borde para grabar una historia casual. Mentiría si dijera que esto no me divierte un poco. Acomodo mi vestido para que el tajo no se moje en las esquinas.

—¿No te congelas? —pregunto.

—Solo parece fría porque estás fuera y hay viento. Se vuelve templada una vez dentro. De hecho, ya no quieres salir.

—No te creo.

Él se carcajea, encoge de hombros y vuelve a colocarse sus lentes.

El agua salpica de manera estrepitosa todo lo que está cerca. Él lo ha tenido en cuenta, pues está justo en el otro extremo, dando vueltas en círculos. O eso parece. No me aburre verlo. Encuentro algo nuevo en cada una de sus pasadas. Me pregunto en qué piensa cuando está conteniendo la respiración bajo el agua, si es que piensa en algo.

Debería haber aprendido a nadar antes.

Me mojé el vestido primaveral y el cabello en la regadera cuando él salió para que

hiciéramos el sponsor de gafas que tenemos con la misma marca que provee a los nadadores más importantes de este año. Debe ser obvio que no sé lo que estoy haciendo, pero luzco genial en el intento y, hasta ahora, nadie me ha criticado.

Le doy un último vistazo a la foto. No me importa cuántos hilos rojos en común puedan encontrarse entre nosotros. No logro convencerme de que nos vemos bien juntos, pero mi opinión no cuenta estos días. Mi cabeza es un desastre cada vez que la dejo hablar.

—¿Quieres tomar otra? —indaga Denver.

—No, no… La estuve viendo por un largo rato porque… Yo…

—No tienes que explicarme las cosas que, en esencia, no quieres explicar —contesta con naturalidad. Su comentario suena tan obvio y simple que se siente como una suave brisa.

—Gracias.

—¿Hay algo malo con "nosotros"? Desde la entrevista estás extraña.

—Nos conocemos hace menos de un mes. No podrías saber qué es extraño o no en mí.

Él asiente.

—Tiene sentido.

—Si quieres, puedo irme ya. O podemos cambiarnos y tomar otra foto para subir otro día, así tienes más tiempo libre.

—No me molesta tu compañía.

—Vale.

El traje de baño se pega a su cuerpo como una segunda piel. Es ligero y fino. El azul marino hace que se vea brillante. El agua le da resplandor; los músculos de sus brazos y su espalda se marcan con cada movimiento.

No hay música. Es de las pocas personas que he visto pasar tanto tiempo sin ella. Lo cual es lógico: no se va a meter con audífonos inalámbricos y no parece interesado en poner una bocina justo al lado del piso empapado.

En el borde derecho de la piscina, sigo jugando con mis pies bajo el agua. Me pregunto cómo puede disfrutar de esto. De luces, gritos, cámaras y fanáticos a un sitio desolado sin un solo sonido, hay una amplia diferencia.

Lo aprecio, es pacífico. Pero me pregunto si, al ser una rutina tan repetitiva y calmada, no se aburre a veces.

«Quizá debería irme».

«Quizá debería mirar el teléfono para fingir estar ocupada».

«No quiero verme irrespetuosa si me habla y estoy con el teléfono. Además, no quiero ver redes ni hablar con nadie».

Ese pensamiento da vueltas en mi cabeza apenas me topo con él: no quiero hablar con nadie.

«Sí, este es exactamente el sitio donde debería estar. Esto es exactamente lo que debería hacer».

Tomo una larga respiración y cierro los ojos. Sacudo la cabeza y trato de absorber lo que sea que tiene Denver alrededor que le permite disfrutar del silencio. Mi mente es puro barullo, y la ansiedad se siente como un ataque constante de un torbellino de pensamientos inservibles. Los dejo pasar, los observo y los dejo pasar.

Han sido unos días terribles. Realmente solo quiero terminar el programa. Tengo un pensamiento que me tortura, uno que está en la punta de la lengua: este "ya no me importa ganar" que es, en realidad, un "quiero dejar de hacer esto" camuflado con palabras más acertadas.

Doy un respingo cuando, con los ojos cerrados, siento una pequeña cantidad de agua golpear

mi cara. Un jadeo me sacude, alejándome del borde como un cachorro asustado. Cuando levanto la vista, veo a Denver acercarse con cautela tras notar que me ha asustado.

—Lo siento —murmura.

—No, no pasa nada. —Suelto una risa nerviosa. Estoy recuperando el aliento y no lo oculto —. Me concentré demasiado y me desconecté. Lo siento.

—Lo entiendo, me pasa igual. —Sonríe, y mi malestar desaparece.

Creo que es la primera vez que lo veo sonreír así: de lado a lado, con los dientes al descubierto y la piel arrugándose. Le correspondo el gesto cuando finalmente sale de la piscina.

—Eres muy bueno —digo, intentando hacerle un cumplido. Asumo que lo es, se nota, pero en realidad no sé nada de natación y mucho menos del nivel profesional.

—Lo disfruto —responde con tranquilidad.

—¿Ser bueno?

Se le escapa una risita divertida, como si de verdad pensara que mi pregunta es un chiste. —Nadar, Galilea —aclara—. Disfruto mucho esta rutina, donde la constancia y la pasión hacen su trabajo.

—Constancia y pasión —repito, intrigada.

—Hay muchas fórmulas y combinaciones para lograr tus objetivos —explica mientras toma una toalla y se seca el rostro—. La visión y la ambición también son factores clave.

Desde esta perspectiva, es más grande de lo que recordaba. Es alto, tiene la espalda ancha y complexión fuerte. La ropa casual lo camufla, pero al verlo así, desde el suelo, se siente imponente.

«Estoy haciendo todo lo posible por no pensar en que, en efecto, lleva una malla que parece una segunda piel».

Bajo la mirada directo al suelo. Tengo miedo de levantarme; el piso está húmedo. Me sostengo del caño de la ducha para mantener el equilibrio cuando siento su mano en mi hombro.

—Está bien, te tengo —afirma.

—Gracias. —Me aferro a su brazo—. Esto del equilibrio se me da fatal.

—¿El equilibrio o el agua? Porque he visto tus pasadas en las competencias. Pareces saber bastante sobre equilibrio entre cuerdas y caños del circuito.

—¿Has visto mis videos? —Arqueo una ceja. Mi tono jocoso revela que quiero molestarlo y aprovechar las pocas, poquísimas palabras que comparte con cualquiera.

—Claro, ¿cómo no voy a saber en qué trabaja mi novia? —responde burlón.

Solo hacen falta dos palabras para pillarme desprevenida. Perfecto. Soy una actriz lamentable.

—Tu novia.

—Se supone que somos novios, ¿no? ¿Leí mal lo que firmé?

—Lo hiciste bien. —Abro los ojos en grande—. Simplemente… no sé, no te había visto actuar así en privado.

—Nos conocemos hace menos de un mes. No podrías saber qué es propio o impropio de mí. —Usa mis propias palabras en mi contra, y me muerdo la lengua. Me la ha jugado muy bien.

—Inteligente. —Chasqueo la lengua.

—Eso dicen —balbucea y da media vuelta—. Por situaciones como esta, deberías marcar tus reglas. Lo sabes, ¿verdad?

—¿Reglas? Ya están en el contrato.

—No esas reglas. Esas solo cubren el bien de tu imagen y nuestra marca. —Se aclara la garganta—. Me refiero a tus reglas. Lo que está bien para ti, para Galilea, una vez los teléfonos

se apagan.

—Estoy bien con todo.

—¿Segura? Porque hace un segundo parecías a punto de saltar al vacío cuando te llamé mi novia. Cosa que, de hecho, legalmente eres.

—Fue la sorpresa, lo siento.

—No tienes por qué aguantar sorpresas si no quieres. De hecho, no tienes por qué aguantar nada si no quieres.

—No lo hago.

—Entonces, por ejemplo, si ahora quiero ver qué tan realistas nos veríamos como pareja, ¿no te importaría?

No respondo. Trato de averiguar qué hay más allá mientras él tuerce su sonrisa. Avanza a pasos largos hacia mí, y de pronto mi corazón ha olvidado lo "aburrido" de la situación. Retrocedo hasta chocar con la pared más cercana, creyendo que solo quiere pasar al otro lado.

Él se humedece el labio inferior con la lengua, sigiloso pero sin intención de ocultarlo. Me quedo pegada contra la superficie lisa de las baldosas de la ducha. Su cuerpo hace sombra; la claridad que entraba por los lados se reduce a este frío escondite.

De pronto, me siento muy pequeña.

Muy susceptible.

Y muy, muy nerviosa.

Inclina su torso hacia mí en el mismo instante en que su mano se posa sobre mi cintura. Dejo de respirar. Todo lo que puedo sentir son las yemas de sus dedos pegándose con delicadeza sobre la tela empapada de mi vestido.

Tomo una bocanada de aire para contener mi compostura cuando baja un poco. Sus ojos celestes se clavan en mi memoria en un solo milisegundo.

—Denver, yo…

—Estás terriblemente incómoda —resalta—. Y lo estabas desde el primer instante, pero esperaste hasta estar al límite para quejarte.

—Eso suena a un regaño.

—Lo es, Galilea. No puedes esperar a que algo te sobrepase para tomar acción. La única razón por la que hice esto fue porque sé que, en algún momento, algo va a incomodarte, y tenía el presentimiento de que esto pasaría.

—No tienes por qué preocuparte. Tomo mis propias decisiones, establezco mis propios límites y me defiendo sola en este mundillo.

—Eres mi compañera de equipo ahora, Gal. Somos un equipo desde que firmamos, y no voy a dejar que alguien esté conmigo y la pase mal.

—Lo tendré en cuenta.

—Hablo en serio. Quiero una lista.

—¿De qué?

—De reglas. Pon tus reglas, a esto, a lo que ocurre fuera del show. Estaré más que complacido de cumplirlas todas.

Trago grueso.

—Esperaré hasta mañana a las nueve —informa—. Tienes mi correo y mi número. Si quieres, también podemos juntarnos a discutirlo.

—¿Es por eso que me dejaste quedarme aquí hoy? ¿Querías probar mi límite de lidiar con el aburrimiento?

—¿Te he aburrido?

—No. La verdad es que no.

—Pues qué bien, porque ese no era el caso. Esta tarde, siendo sincero, solo quería pasar un rato contigo y conocer a quien estará a mi lado al menos hasta que acaben los juegos. —¿Y cuál es tu opinión?

—Manejo una regla y es que no me gusta dar mi opinión sobre la gente —bromea—. Al menos no en su cara.

Se aparta como si nada hubiera pasado; puedo notar que se relaja. Tampoco fue el sueño de su vida hacer esta escenita. Toma la toalla otra vez antes de buscar entre su bolso.

—Gracias de vuelta —susurra al ver mi historia en su teléfono—, sea la situación que sea que llevara a esto. Me es bastante beneficioso, la verdad.

—En algún punto te traerá más problemas que beneficios, así que aprovéchalo ahora.

—Lo hago.

—¿No te asusta?

—Soy bueno trabajando bajo presión. Lo hago todos los días. —Me guiña, y tardo más de lo que me gustaría admitir en entender que es un chiste sobre la presión del agua.

—Eso seguro. —Desvío la mirada—. Ejem… Tengo que irme.

—Yo igual. Tomaré un bus al hotel. Prometí a mi mejor amigo que lo cubriría, tiene una cita.

—Wow, el romance no ha muerto.

—Oh, no. Es una cita con el dentista.

«Claro».

Niego con la cabeza. Entro al baño a cambiarme de ropa y, cuando salgo, él ya está a mitad de camino con la puerta abierta.

Dejo la puerta cerrada; está en el sendero de afuera, en la parada frente al establecimiento. El sol parece estar en su punto máximo por hoy, y no he visto que se haya puesto bloqueador.

—¡Oye! ¿Va contra tus reglas recibir un favor?

—¿Qué ofreces?

—Un chófer o bloqueador solar. Lo primero que aceptes.



Se pone el cinturón de seguridad apenas ingresa. Este automóvil le queda chico; estuvo a punto de golpearse la cabeza contra el techo cuando entró.

Nuestras miradas se cruzan otra vez en el espejo retrovisor. Se nota que ha salido de “personaje”, pues ya no se ve atemorizante. Es pacífico. Siempre lo es.

—¿Trabajas mucho?

—Hacemos turnos rotativos. A ver, diría que no trabajamos tanto. En comparación con la limpiadora o el hombre de las llaves, nosotros estamos en el vestíbulo y ya.

—¿Se hicieron amigos en el trabajo?

—De hecho, éramos compañeros de instituto. Hace no tanto tiempo entramos a trabajar en el mismo sitio para poder pasar al menos un poco de tiempo juntos. Ha sido una buena idea.

—¿Y el deporte? ¿Empezaste hace poco?

—De toda la vida. Creo que ya te lo he contado.

—¿Cómo pasas de que sea una afición a hacerlo de manera profesional representando a tu

país?

—Mmm, ¿esto es una entrevista o un interrogatorio? ¿Necesitaré un abogado?

—Perdona —farfullo al encender el motor—. Creo que por alguna razón entendí que había más confianza.

—No necesitas mucha confianza para saber lo que quieras de mí, te lo aseguro.

—¿Entonces?

—Nada, solo me hace gracia. Puedes continuar, en lo que dure el camino de… espera, ¿tú a dónde vas?

—Mi hotel queda de camino al tuyo, no te preocupes.

—Vale, entonces, en definitiva, tienes todo el derecho.

—¿Derecho a qué?

—A romper mi privacidad. Adelante, realmente me da bastante igual.

Asiento. Pienso bien con qué romper el hielo.

—¿Cómo empiezas?

—Necesitas constancia —repite, riendo, porque creo que ya sospecha que no me gusta mucho su lenguaje, pese a que sea exactamente igual al mío; simplemente, él lo dice de verdad —. Es decir, necesitas empezar en una escuela de natación donde, casualmente, el profesor ha participado en juegos de la ciudad y del país. Nada grande. Cuando tienes como ocho años, no está claro.

—Wow, qué joven.

—El profesor espera un par de años y les dice a tus padres que tienes destreza y que, además, se nota que te encanta. Allí está la pasión.

Contengo una risa y ruedo los ojos. El semáforo se queda en rojo.

—Entonces, a los doce y catorce, el profesor te lleva a competencias. Representas o patrocinas su escuela, claro, él tiene que sacar provecho de ello. Pero da igual, ¿sabes? Porque estás yendo a sitios increíbles, conociendo personas con mucho talento y aprendiendo.

—Sigo sin ver el gran paso.

—Intentarlo es el gran paso, pero vale, no iremos por allí que me pongo a filosofar —responde con naturalidad, y se me escapa una risa.

—Pff, estudiantes de filosofía.

—Deberías echarme de este auto antes de que empiece a comparar el agua con la vida.

—Ay, no. —Elevo la mirada—. Mierda, ya está en verde. Te has salvado.

—Perfecto, continúo —responde divertido—. Mientras más vas, más personas correctas te ven y, si eres lo suficientemente bueno, si te propones hacer todo lo necesario para que te tomen en cuenta y no paras ni un solo segundo ni regalas algún otro, las medallas y los trofeos lo compensarán. Diría que por allí vive la ambición, pero en realidad no soy una persona muy ambiciosa, la verdad.

—Por supuesto que no lo eres.

—Al menos no en ese sentido. En otras áreas, soy lo peor. Me consume por completo.

—Entiendo.

—Y cuando quedas tercero en la competencia más importante del país, te das cuenta de que hay otras que puedes conseguir. La visión la tuve como a los doce o los trece, unas semanas antes de cumplirlos. Competir en los juegos era mi sueño. Lo sigue siendo, de hecho.

—¿No es tu sueño ganar?

—Los sueños se construyen nube a nube, Galilea.

—Ay, por amor a los dioses olímpicos…

Él estalla en una carcajada ante mi expresión. Sin embargo, poco después, empieza a contarme cómo hizo para quedar en los juegos representando a su país y las diferencias y dificultades que ello tiene comparado con el equipo de Estados Unidos. El tema va rápido a cuando fue escogido para representarlos, a una lista larga y detallada de cada pequeño aspecto que recuerda del evento, sitio, organización y su competencia.

Se oye tan emocionado que no tengo corazón para detenerlo.

—Cuando logré llegar, fue increíble. La mejor experiencia de mi vida, siendo sincero.

—Pero te fue mejor la segunda vez.

—Pero nada se compara con ver tus aspiraciones materializarse por primera vez. En fin, he competido dos veces, ya lo sabes. Aparte de eso y mis estudios, la verdad es que no hay mucho que sea interesante sobre mí.

—Lo dices como si el resto no fuera suficiente.

—¿Lo es?

—Para mí, sí.

—¿Y tú, Galilea? Creo que no me has contado cómo acabaste participando en ese reality.

—Ups, qué lástima. Acabamos de llegar. —Finjo lamentarme al estacionar.

Él abre la puerta, sonriente.

—No ha terminado esta conversación. Esto es mutuo. No te librarás de mi interrogatorio.

—Buena suerte.

—La tendré.

CAPÍTULO 7

“El deseo es la verdadera esencia del hombre”
—Spinoza

Me hace feliz ayudar a Denver. Me hace feliz promover el deporte y que pueda tener mejores experiencias laborales. Pero ¿debo estar desnuda para eso?

Es un comercial para una marca de mallas de piscina, la empresa que provee los elementos para los juegos de este año. Es la más grande en el área de natación.

Tenemos un solo cuarto para cambiarnos. En total, son tres cambios: una malla, un conjunto de ropa elegante y otro… otro con pintura. Solo una fina tela de seda separa su cambiador del mío. Los profesionales revisaron todo minutos antes de ponerme la primera malla. Es cuanto menos incómodo estar en paños menores frente a tantas personas nuevas.

«Respira, has hecho esto antes. Nadie se muere».

Denver abre la cortina.

«Vale, quizá yo sí me muero».

Su traje de baño es idéntico al que usa para nadar, o eso creo, porque es lo primero que me viene a la mente. Es como si no llevara nada encima. La tela se pega a su piel y, aunque no me he mirado al espejo, sé que mi caso es igual.

Trago grueso. Sin mis tacones me veo pequeña a su lado. Recoge sus gafas de natación del perchero y se sorprende al ver que no hay unas para mí, pero no dice nada.

Nos colocamos abrigos porque hace frío adentro. Al menos veinte personas van y vienen con utilería y artefactos que ni siquiera sabía que existían.

Nos presentamos ante el camarógrafo. La situación es incómoda, tensa. Apenas nos miramos a la cara y, si alguien pudiera leer nuestro lenguaje corporal, sabría que en realidad no tenemos ni un poco de química.

—Excelente, es un placer conocer a la pareja del momento —el fotógrafo apaga sus luces un segundo—. Soy Berlín, fotógrafo profesional de parejas, lo estudié en Madrid. Me han hablado mucho de ustedes y quiero que me digan todas las maneras en las que podríamos hacer esta sesión más divertida y segura para ustedes.

—Muchas gracias, Berlín. Ya he hecho sesiones de fotos antes. Creo que estoy bien con todo.

—Igualmente —responde Denver sin vacilar. Es probable que no entienda los extremos a los que esta gente puede llegar.

—¿Seguros?

—Sí, soy un experto —bromea Denver.

—Perfecto. Quítense la ropa y enróllense.

Lo que el fotógrafo quiso decir fue: retiren sus abrigos y métanse, con este frío, a la pecera gigante que hemos conseguido.

Es una piscina de vidrio alta donde se puede ver todo. Tiene luces dentro. Mi corazón se detiene cuando acercan la escalera para subir.

—No sé cómo estar bajo el agua tanto tiempo —susurro.

—Nuestro equipo tiene oxígeno y te lo ofrecerá si lo necesitas. De igual forma, puedes solo subir y tomar aire. No es necesario que lleguen al fondo de la pecera.

—No tengo gafas.

—El *shoot* está planeado con los ojos cerrados. No te preocupes por nada, estoy seguro de que Denver sabrá guiarte bajo el agua. Confía en tu novio.

—Ya, claro.

—Estarás bien —asegura Denver con amabilidad al subir antes que yo, aunque se detiene en seco—. Si tienes miedo, no acepto.

—No, no, es solo mi ansiedad —me excuso—. Adelante.

Tengo miedo. Tengo tanto miedo que me haré pis en la pecera.

Llego a la punta que separa la piscina de la escalera. El aire es fresco y mi corazón amenaza con salirse del pecho. Estoy tiesa del miedo. Denver, que ya se había tirado dentro, lo nota y regresa a la superficie, salpicándome en el proceso. El agua también está helada.

Sus intenciones son buenas, sus manos rodeando mi cintura para ayudarme a ingresar y el cuidado con el que me sumerge en el agua hasta el torso lo es. Un montón de sensaciones me inundan y dejo de respirar en el peor momento posible para hacerlo.

Me sujeta con fuerza, quitándome el poco aire que tengo. Aún estoy en la superficie, aún está todo bien mientras mi cabeza no se sumerja. Tenemos al menos cuatro fotógrafos a metros de nosotros configurando diferentes ángulos, además de una cámara que nos graba todo el tiempo.

Sin contar a los supervisores y paramédicos que nos cuidan.

Denver usa su agarre para acercarme más a él y apoya la cabeza en el hueco de mi cuello. Me susurra:

—¿Estás preparada? Podemos cortar esto ahora mismo si te da miedo.

—Estoy bien.

—No me mientas.

—No tengo miedo.

—No me gustan las mentiras, Galilea.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Tu rostro te delata y... —Su palma se posa con suavidad sobre mi pecho, provocándome un escalofrío—. Tu corazón va al máximo. Es peligroso. Te puede dar pánico bajo el agua y corres el riesgo de ahogarte.

—Eres un experto en esto, ¿no? Creo que puedo confiar en ti.

—Puedes confiar en mí —asiente—. Vale, empezamos.

Siento el peso del agua cuando por fin entramos. Es fría, pero pronto pasa a ser templada y agradable. Cierro los ojos. No escucho nada, no percibo nada más que su agarre sobre mi cuerpo. Sé que tiene un brazo alrededor mío, así que me relajo y dejo que me lleve.

Lo único que percibo a ratos es la luz del flash y de los reflectores encima. Se ven como manchas rojas en la oscuridad. No sé cuánto me dura el aire ni puedo medir el tiempo. Tengo el

corazón a mil. Creo que oigo vagamente gritos desde el exterior, parecen órdenes, porque Denver me cambia de posición cada vez que sucede. Me concentro en mí, en no ahogarme y en mantener una expresión serena que sirva para el *photoshoot*.

Rasguño su brazo cuando siento que me queda poco aire, pero no puedo pedir que me suelte en voz alta. Siento un pequeño movimiento y, de pronto, estoy fuera del agua.

—¿Todo en orden?

—Sí. —Respiro hondo—. Estoy perfecta, simplemente necesito uno que otro descanso. Esto me basta.

—¿Quieres que lo intentemos otra vez?

—Confío en ti. Podemos ir más profundo.

—No quiero que te hagas daño, Gal. No sé si estés preparada aún.

—Te rasguñaré si siento que me muero.

Él estalla en una carcajada que deja a todos los presentes anonadados y encantados a la vez.

—Está bien. Toma aire y vamos a por ello.

Ingresamos de nuevo al agua. Siento que mis pies tocan el suelo de vidrio de la pecera. Hay un montón de luces ahora. Ha cambiado la posición de sus manos a mi cadera y, a juzgar por la poca seguridad con la que me sostiene, está más nervioso que antes. Se mueve constantemente, listo para ayudarme a salir en cualquier momento.

Me confío y me muevo por mi cuenta por primera vez. Voy hacia el frente sin saber contra qué voy a encontrarme y choco con una superficie suave. Su pecho.

Elevo la cabeza. Tengo los ojos cerrados con fuerza. Me suelta el brazo y siento su mano subir por mi piel hasta llegar a mi cuello. Eleva mi mentón y mi nariz se posa sobre una superficie pequeña. Aguanto todo lo que puedo de esa forma hasta que, inevitablemente, estoy al borde de tragar agua. Olvidé dónde tenía las manos, así que esta vez rasguño con desesperación lo que parece ser su torso.

Otra vez, sin problemas, estamos fuera en cuestión de segundos. Tomo una larga bocanada de aire. Me cuesta abrir los ojos.

—¡La tenemos! —anuncia el fotógrafo—. Tenemos la foto de portada, chicos. Pueden ingresar una vez más si gustan, mas ya cubrimos la primera página.

—¿Qué quieres hacer? —susurra Denver.

—Quiero salir —pido, haciendo un puchero—. Prefiero pasar a la siguiente etapa.

—Como desees, Gal.

Ni siquiera entiendo cómo es que Denver se maneja, pero puede moverse en esta piscina girando como si fuera un pez y arrastrarme con él en el camino. Estamos empapados, así que usar la escalera es mucho más peligroso. Nos colocan un arnés y unos zapatos especiales para pisar en seco.

El equipo nos ayuda a bajar hasta el camerino otra vez. El siguiente traje es más cerrado, y lo agradezco. Es un vestido de tela ligera con varias capas que imita la aleta de un pez. Él tiene un traje de baño de cuerpo completo.

Tengo el pelo húmedo, lo que lo convierte en un desastre difícil de tratar. Las chicas de vestuario hacen lo posible para que no moje el vestido desde ya. Se valen de cuatro toallas para arreglarlo como pueden mientras me colocan brillo labial.

—¿Necesita ayuda, joven Monroe? —pregunta una de ellas.

—Estoy bien, ¿ustedes necesitan ayuda con Galilea?

—Estoy a tope —me burlo sin casi mover la boca.

—¿De qué va la siguiente? —pregunta Denver—. Porque ya les digo que ella no puede nadar

con ese tipo de prendas. Es increíblemente difícil.

—Es en una plataforma, no se preocupe.

«Plataforma. ¿Qué demonios es una plataforma?»

La "plataforma" es un escenario alto al aire libre. Quieren aprovechar el viento del día para simular el movimiento de las aletas con las alas de mi vestido. Él tiene ahora una sección solo con el nuevo traje que diseñaron para la competencia. Una vez termina, le colocan lo que parece ser un traje elegante en color negro.

La tarde pasa rápido. Tardamos mucho en conseguir una buena toma, pero es sencillo porque puedo respirar y lo máximo que tenemos que hacer es recostarnos el uno sobre el otro, como en las poses editoriales comunes que crean ángulos interesantes. Manejo esta sección como anillo al dedo y guío a Denver todo lo que puedo. Es mi turno de tomar el timón.

Terminamos cuando piden que me alce en brazos y, con la ayuda del equipo, extienden por completo la larga cola del vestido. Estoy sonriendo y él también. Nos estamos divirtiendo. Por fin. Estamos trabajando juntos sin que lo poco que nos conocemos sea un problema.

Y casi canto victoria hasta que…

—¡Has hecho un trabajo espectacular, Galilea! ¡Van a flipar cuando vean el resultado final de las fotos!

—Muchas gracias, Berlín.

—Los artistas corporales ya están instalados en los camerinos. Regresen al set cuando estén listos.

—¿Los qué? —indaga Denver.

—Artistas corporales. Queremos hacer algo artístico como última toma. Ellos han llegado para pintarlos, pero no se preocupen, son los más renombrados de toda Europa. Han trabajado con celebridades como Kale Moon y Margarita Flores. Será rápido.

—¿Qué van a pintar exactamente? —Frunzo las cejas, pese a que la respuesta es obvia.

—Un diseño similar al pez payaso, la mascota de los Juegos Olímpicos de este año.

Siento mis mejillas calentarse al darme cuenta de que creo que sé para dónde va su idea.

Regresamos al camerino completamente inquietos. Si bien conozco el procedimiento y sé que cumplen con todos los cuidados posibles, incluyendo la tela de protección para las partes íntimas, no puedo evitar entrar en pánico al imaginarme en una fotografía así con Denver. O con cualquiera.

Él no lo termina de pillar, y se nota por su reacción cuando el pintor dice:

—Desnúdense. Regreso en cinco minutos.

Han quitado la cortina que nos separaba. Van a pintarnos a ambos al mismo tiempo. La protección para cada uno está sobre la mesa. Casi se me escapa una risa cuando Denver levanta entre manos lo que se supone que debe cubrir su entrepierna.

—¿Crees que puedas hacerlo? —pregunto, preocupada—. El diseño nos cubre, no es *topless* ni nada pornográfico. De hecho, casi ni se verá nada de nosotros si es lo que pienso que es. Es solo una forma más sencilla en la que pueden pintar el diseño, te lo prometo.

—Dame un minuto —farfulla.

—Lo entiendo si no te va. Nunca te han tomado fotos y esto es demasia…

—No —me interrumpe y, por un segundo, me escudriña con rapidez—. Lo haré, no tengo pavor. Solo debo mentalizarme.

—Te ruego que no hagas algo si no quieres.

—Sé que cuento contigo para sentirme cómodo, Galilea. No te preocupes.

—Vale. —Extiendo mi puño hacia él.

—Pase lo que pase, al menos tengo a alguien con quien reírme. —Choca su puño contra el mío.



En realidad, es menos atrevido y exhibicionista de lo que parece. Tengo algo mucho más grande que los trajes de baño en la parte baja y las pezoneras tapan lo necesario. Llevaré el cabello suelto, así que no importa.

Eso sí, me hace demasiadas cosquillas sentir las cerdas del pincel pasar por mi estómago.

Son rápidos. Me cubren de la cintura para arriba en menos de quince minutos. Denver y yo estamos espalda contra espalda sin vernos.

En media hora somos una pintura de Van Gogh descartada del Louvre. He de decir que agradezco que el diseño sea tan bueno y realista, porque me distrae por completo del lienzo.

Estamos metidos en esa pecera mucho más pequeña, sin agua y con menos personas alrededor. Estoy sentada a horcajadas sobre Denver y él está apoyado en sus hombros. La mayoría de las tomas son desde arriba. Veo en la pantalla principal que quieren hacer el efecto de ojo de pez. Arqueo la espalda para acercarme lo más posible al lente.

Sin notar lo extraño que me estoy moviendo encima.

Y solo lo noto cuando…

—Gal —murmura—. Quédate ahí, por favor.

—¿Qué pasa? —pregunto al sentarme otra vez y, al hacerlo, no necesito que me responda.

Dejo de respirar.

Está duro.

Bastante, debajo de mí y lo único que oculta su erección del resto de presentes es mi cuerpo, sentado encima.

Automáticamente pierdo la concentración, lo cual hace que mis piernas pierdan fuerza, provocando que deje todo mi peso sobre él. Todo mi cuerpo cae sobre su gran y dura razón para mantenerme quieta.

Siento mi rostro arder. Sé que él está intentando distraerse de la situación para no ponerse rojo. Ha alejado sus manos de mí desde hace un buen rato. Respiro hondo. Miro a nuestro alrededor y tengo una pregunta en la punta de la lengua que no me atrevo a decir:

«¿Cómo hacemos que se te baje?»

Como si su mirada me entendiera, ladea la cabeza hacia la salida, como respondiendo: «Lo primero sería que te quites de mi entrepierna».

La vergüenza pasa a ser nervios. Y los nervios, a caos.

Se me pone la piel de gallina. Me siento como una rata de laboratorio con todas las miradas encima en un momento tan íntimo. Sin embargo, ellos no tienen idea.

—Cambien de posición —pide Berlín.

—Me gusta esta posición. —Digo lo primero que se me viene a la cabeza y me arrepiento al instante.

—Oh. —Él eleva las cejas, sorprendido—. Está bien, supongo que ya tenemos variedad. Pueden mantenerse así si quieren. Informo que bajaremos las luces porque el equipo creativo tuvo una idea de último minuto.

Las luces se apagan y meten pequeñas luces colgantes dentro. Hay al menos seis personas sujetándolas arriba nuestro, son de color rojo y azul y se reflejan en nuestras pieles.

—Relájate —pido en un susurro.

—Eso intento.

—Acomódate poco a poco.

—Eso intento —reitera entre dientes.

—Piensa en otra cosa. —Me inclino para susurrarle al oído.

—No es tan fácil, Gal.

—¡Lo sé! ¡Tampoco lo es para mí! —Digo accidentalmente en voz alta.

Berlín se acerca.

—¿Disculpen, tienen algún problema? —pregunta Berlín.

—Eh… sí, una sola consulta. ¿Podrían dejarnos a solas por un minuto? Solo uno, por favor. —Hago la seña de súplica con las manos. Denver me mueve ligeramente cuando Berlín se acerca, como si quisiera taparse—. Solo un minuto. Es importante.

—Es un gran staff el que debe salir, chicos.

—Es un límite para mí —dictamino con seriedad, como si realmente tuviera voz y voto en estas tonterías—. Consideraría no seguir con la campaña si no puedo tener un minuto de privacidad con mi pareja.

Berlín me mira a los ojos y lo piensa por un momento, hasta que finalmente asiente. Oigo los pasos de decenas de personas alejándose hacia la salida. Finalmente, puedo.

—Gracias.

—Me debes una, Denver.

—Si haces como que esto nunca ocurrió, te puedo deber dos. Piénsalo, es una gran oferta.

CAPÍTULO 8

“El secreto de la felicidad es no siempre hacer lo que se quiere, sino querer siempre lo que se hace”
—Tolsoi

DENVER

El programa *UKIYO* es un reality deportivo donde veintidós participantes, repartidos en dos equipos, compiten hasta que solo quedan cuatro, eliminándose uno cada semana. Los cuatro finalistas, dos hombres y dos mujeres, se enfrentan en un duelo mano a mano, de donde surgen el campeón y la campeona de la generación. Este reality se realiza cada dos años.

Los concursantes no suelen volver a participar después de haber estado en una edición, mucho menos si ya ganaron, pero ahí está Galilea. Ganadora a los dieciocho en su primera participación, ganadora por segunda vez a los veinte en su última aparición. Actualmente, el programa ha cambiado sus reglas y se ha adelantado, por lo que, aun con veintiún años, es una de las candidatas para romper el récord de trofeos en la competencia.

Nadie ha ganado tres veces en la historia del reality, vigente desde hace treinta años. De hecho, antes de Galilea, ninguna mujer había sido bicampeona. Solo un hombre lo logró a inicios de los 2000: Babel Caná, quien fue capitán y campeón por dos temporadas seguidas, hasta que en su tercer intento sufrió una lesión grave. Dicen que fue intencional por parte de la producción.

Mientras más tiempo tienes en cámara, más te ve la gente; mientras más te ve la gente, más se encariñan contigo; mientras más lazos se generan, más te quieren. Pueden permitirte una plataforma, pero nunca una más grande que el nombre del reality mismo.

Galilea es joven, demasiado joven para su éxito, según la mayoría de los comentarios. No es solo una deportista admirable, sino también una chica atractiva, carismática y talentosa ante las cámaras, lo que la ha llevado a construir su propia comunidad de seguidores. Actualmente tiene seis punto tres millones; subió uno punto dos desde que se filtró la noticia. Todos sus haters, que la atacaron cuando surgió el rumor de Santiago, tuvieron que tragarse sus palabras cuando nosotros salimos a la rueda de prensa.

Su carrera está en ascenso y, viendo su desempeño en vivo, queda claro que tiene el control total.

Las pruebas son variadas: escalar paredes, usar arneses, lanzarse desde alturas… una colección de juegos similares a los infantiles, pero diseñados para ser desafiantes, como un pasamanos, un laberinto de ruedas, lianas, trampas de metal, columpios, entre otros. Ella es lo suficientemente pequeña para que los espacios angostos no le representen un problema, a diferencia de sus compañeros masculinos. Es ágil, rápida y fuerte para soportar su peso, además de seguir indicaciones a la perfección.

Desde la tribuna, observo su juego. Es veloz, pero no la más rápida de todas. Sus pasos se resbalan un poco en las plataformas elevadas, lo que le resta ventaja. Tiene fuerza en brazos y piernas, pero no es igual cuando debe manipular objetos pesados; necesita aumentar su masa muscular. Y aunque es buena en las pruebas acuáticas, la piscina es tan pequeña que una persona alta puede cruzarla en segundos. Con sus características físicas, debería considerar mejor su estilo de nado.

Mientras la veo, anoto en mi app de notas ideas sobre cómo podría dominar por completo el circuito. Quizá no le importe, pero no tenía nada mejor que hacer y creo que es una buena forma de abrir la conversación después de haber tenido una erección debajo de ella.

Al terminar el programa, simplemente envío el archivo al número que me dio su representante, sin saludar ni presentarme. Me retiro antes de que alguien venga a pedirme una foto; vi a varias competidoras señalándome.



Me levanto todos los días a las cinco y media de la mañana. Tomo un jugo verde y salgo a correr alrededor de la manzana.

Me gusta correr cuando no hay nadie molestando, cuando la ciudad está callada, tranquila y aún a oscuras. Es el momento en que el aire se siente más puro. Sé que es hora de volver cuando los primeros rayos de sol aparecen junto con los autos de quienes van a sus trabajos de oficina.

Al regresar, huelo el aroma a tostadas desde la cocina. Sigo varias dietas, ninguna restrictiva, todas enfocadas en darme la máxima energía y resistencia. Mis desayunos son grandes, cargados de frutas y acompañados de un batido diferente cada día.

Abro las cortinas. Vivo en un departamento pequeño en una zona peligrosa de la ciudad, lo comparto con Salvador, mi compañero de trabajo y mejor amigo. Fue él quien me recomendó para obtener el puesto en el *Hotel Relov*.

El sol entra junto con las polillas. Limpio la mesa y él deja mi desayuno: tostadas con crema de aguacate, un plato de frutas y un batido sin azúcar. Salvador no es deportista, pero estudia gastronomía y decidió encargarse de nuestras comidas. En sus palabras:

—Cuando me gradúe, podré decir que trabajé para un ganador olímpico.

Me parece un gesto dulce viniendo de un tipo que se ha peleado a puño limpio con cinco pandilleros y les ha ganado a todos. Es petiso y delgado, pero no me metería con él ni aunque me apuntaran con un arma.

—¿Qué demonios ha pasado esta última semana? —pregunta tras su primer sorbo de batido —. No me incumbe, pero si van a venir extrañas a preguntar por ti al trabajo, al menos dales tu horario. ¿Y por qué demonios estás viral en redes?

—Es complicado de explicar… ¿Recuerdas a la chica de la lluvia?

—Galilea, la influencer. Sí.

—Pues se me ha liado. —Río—. Digamos que el drama con su novio escaló porque el loquito se inventó que nosotros estábamos juntos.

—Uy, eso hubiera sido un problema si hubieras tocado a una chica una sola vez en tu vida.

—Muy gracioso.

—Sabes que soy un bromista de nacimiento, amigo.

—Estar soltero es un abrazo al alma. Hasta los problemas más grandes no causan ni un estrago. —Me encojo de hombros—. En fin, luego se disculpó conmigo, pero decidimos llegar a un acuerdo.

—¿Lo haces por el dinero y la fama?

—Solo por el dinero.

—Perfecto. —Levanta su vaso Stanley—. Brinda conmigo, genio.

Brindamos y, antes de que termine el desayuno, me pide que lo cubra en el trabajo esta tarde. Tiene que presentar un documento en la universidad. Acepto, lo que me obliga a ir más temprano al gimnasio. Voy todos los días laborales… o lo intento, siempre que no tenga que viajar.

Me quedan el día de hoy y la mitad de mañana.



«Aquel que tiene un porqué…», repito mentalmente.

Subo las pesas. Estoy aumentando la cantidad poco a poco; no me esfuerzo demasiado antes de cualquier competencia, y no intento ganar músculos gigantes, sino resistencia. Debo mantener siempre mi capacidad y agilidad afinadas. Pero hay días en los que no tengo tanta voluntad de hacerlo, así que me obligo: entreno quiera o no, llueva, truene o relampaguee.

«Puede enfrentarse a casi cualquier cómo».

Bajo las pesas.

Me sobre estimulo la mayoría del tiempo; trato de vivir mi vida como si pudiera ahorrarme años entre actividad y actividad. Mientras hago ejercicio, no escucho música, sino audiolibros, la mayoría de ellos de filosofía. Voy a la universidad de manera virtual casi todo el tiempo para poder compaginarlo con mi trabajo, mi estilo de vida y mis actividades deportivas. Ahora también tendré que hacerlo con mi relación falsa.

No me quejo. Esto último me ha pagado en un día más dinero del que podría haber juntado en siete años en el hotel. Sin embargo, no planeo renunciar; necesito antigüedad para mi currículum.

Mi rutina solo se ve interrumpida por el sonido de una llamada. Es Salvador. Él nunca llama. Mi corazón se detiene un segundo del susto.

—¿Qué ocurre? —respondo al instante, aún sin bajar una de las pesas de mi mano izquierda.

—Emergencia.

—Sí, sé que es una emergencia. Tú nunca llamas.

—Tenía un pedido para un pastel de aniversario. Lo terminé hoy en la mañana y está en el refrigerador. El cliente que iba a atender en la tarde me lo ha pedido ahora mismo. ¿Podrías llevárselo, por favor? Te debe pagar ciento ochenta dólares. Te envío su dirección.

—No he terminado de entrenar. Y si no me das mi parte…

—Te puedes quedar con veinte.

—Es broma, Salva. —Río—. Haré que te pague ciento noventa por el cambio de horario. Cuenta conmigo, no necesitas darme nada.

—¿En serio?

—Claro, salgo ahora mismo. —Empiezo a recoger mis cosas—. Envíame la dirección. Avísame qué tipo de pastel es, así no lo arruino en el camino.



La casa a la que me lleva el GPS es lujosa, gigante y muy bien ubicada en la capital. Me aseguro de que el pastel en la caja esté intacto antes de entregarlo. Lo está. Es un precioso corazón con crema rosa que dice: “Feliz un año, mi amor”. Me muero de risa. No me imagino ni en mil años haciendo algo así.

Antes de que pueda tocar el timbre, uno de los guardias me detiene y pregunta a qué vengo. Explico que me han enviado a entregar un pastel. Estoy por largarme después de exigir el dinero cuando noto que la persona que se niega a darme los diez dólares extra por cambiar el horario es la misma mujer del hotel. La que entró con Santiago.

—La factura decía ciento ochenta dólares.

—Señora, usted cambió la hora.

—Señora tu abuela.

—Señorita —corrijo sin problemas—. Soy alguien extra del equipo y me he tardado media hora en llegar y otra en irme. Diez dólares es el salario mínimo por hora en este estado.

—Esta gente… —Me mira de arriba a abajo con desdén—. Ciento ochenta y cinco y vete ya.

—Como guste —respondo con calma. Ella se ve alterada—. ¿Es para Santiago?

Palidece.

—¡¿Cómo sabes eso?! No le di detalles al repostero.

Solo eso quería saber. Me voy sin responderle. Eso la enfurece tanto que casi me tira el pastel encima. Me confunde. La vi salir aquel día con el rabo entre las piernas y la cabeza baja, nada que ver con la persona que tengo delante que se cree dueña del mundo.

Pienso en la situación y me da un mal sabor de boca. Pobre Galilea.



El estilo de competencia de su programa me llama la atención. Es diferente a cualquier gimnasio y a cualquier deporte. Me causa curiosidad, tanta que, al otro día, a las cinco y media, antes de irme, voy al parque de la ciudad a ver si puedo usar alguno de los juegos para probar qué tal sería.

Veo las grabaciones de los programas en mi teléfono. La mayoría son de Galilea o de su mayor rival en esta temporada. Lo primero que intento son los saltos entre los espacios de varas de metal, como un pasamanos saltable. Deben meter ambas piernas en el hueco, valerse de la

fuerza de sus manos, retraer las piernas en un salto sin suelo y pasar al siguiente hueco.

No tengo los mismos elementos, así que, sin seguridad ni equipo, subo al pasamanos dejando mi teléfono en la arena y me meto en el primer hueco. Noto que este no se desbalancea con mi peso, así que me siento seguro de empezar.

El movimiento es fácil si tienes concentración y buen manejo de tu cuerpo. Incluso con una estructura más ancha como la mía, el truco está en juntar las piernas e imitar la posición de un salto constantemente.

El problema es hacerlo rápido. Si te mantienes muy rígido, es difícil entrar y salir, porque los brazos, de manera automática, entienden que deben sostenerte, no solo mantenerte. La posición debe ser óptima para moverse, para cruzar de un lugar a otro. Las piernas son una herramienta, pero no el elemento principal.

La forma de sujetarte con las manos es primordial. Si escoges una mala posición, puedes lastimarte o hacer más difícil moverte de barra en barra.

Los ejercicios con el pasamanos normal no tienen mucha más gracia que columpiarte. Debe ser mucho más fácil siendo delgado, porque tienes menos peso con el que lidiar al avanzar.

Cuando noto que sale el sol, dejo todo. Le escribo a Galilea:

Hola, Gal. ¿Has podido leer mi documento?

Quería comentarte que estuve pensando mucho en el programa, en el ejercicio y, como sabes, soy un nerd. Me fijo en todo.

CAPÍTULO 9

"Lo que ahoga no es caerse a un río, sino mantenerse sumergido en él"
—Paulo Coelho

Realmente no me gusta el agua. Agradezco que solo haya dos competencias en ella y, aun así, lo detesto.

Mi equipo pierde por primera vez en la semana. Fue un lío sostenernos de las maquinarias una vez mojados; mi cuerpo se resbalaba en las superficies. Tengo mayor tolerancia a estar bajo el agua sin respirar por la experiencia que tuve con Denver, pero en realidad sigo igual de incómoda. Es molesto y pesado. Nadar nunca se me dio bien.

Lo que menos entiendo es cómo funciona mi cuerpo una vez empapado. Me es mucho más difícil pasar las pruebas, como si estuviera hecha de gelatina.

—Lo hiciste bien —me consuela el capitán cuando perdemos.

—Lo siento, fui la última participante. Pude haber avanzado más.

—No fue tu culpa.

—Las compañeras parecen creer que sí.

—Yo soy quien manda aquí y no lo creo. Siempre sacas ventaja y esta vez fue imposible recuperar la pasada —me anima, dándome la mano para ayudarme a levantar del suelo—. Apresúrate, ya dejan de grabar.

La gran pantalla refleja el color del equipo contrario. Ellos están festejando y yo fuerzo mi mejor sonrisa cuando las cámaras me enfocan.

Hay diversos tipos de competencia: de fuerza, rapidez, agilidad, técnica y paciencia. Soy buena en todas. Un doble campeonato no se consigue con suerte, pero sí puede lograrse con el noventa y nueve por ciento dominado.

No soy exactamente fuerte como Florida, mi contrincante en la temporada de mi primera final. Era bastante obvia su superioridad física. Sus brazos eran más musculosos, y quizá, si juntas mis dos piernas, aún no lograrían ser ni un poco de sus muslos fornidos. Parte de mí se vio perdiendo en el momento en que explicaron que tendríamos que subir objetos pesados a una torre.

Sin embargo, pese a que perdí más tiempo que ella en ese punto, en el resto del trayecto pude recuperarme y tocar la campana cinco segundos antes.

En la segunda oportunidad, Sucre era, sin duda, la mejor contendiente para ganar. Era tan rápida que podía hacer las actividades en la mitad del tiempo que yo. El pasamanos en el que yo

luchaba, ella lo cruzaba en diez segundos. Yo tenía más experiencia; ella era nueva. Era un tanto humillante, y los panelistas, quienes transmiten el programa en vivo, los que manejan las redes sociales, todos me hicieron saber que querían que perdiera.

Tenía todo en contra. En el fondo, llegué al set con la mentalidad de que debía estar preparada para todo.

Y "todo" incluía ganar de forma arrasadora. De una manera en la que Sucre no volvió a presentarse la siguiente temporada ni apareció en redes por tres meses.

Conocía de memoria cada una de las competencias. ¿Ya lo he mencionado? Sé qué barra se vuelve más resbalosa después de tres pasadas, hacia qué lado se mueve la cuerda cuando no tienes equilibrio, qué tubos agarrar al trepar las estructuras para sentirte más segura y, por sobre todas las cosas, sé que es mejor hacerlo lento y con seguridad en lugar de apurarse a lo loco. Ella no. Por eso cayó cuatro veces seguidas en el pasamanos. Fue un tanto fuerte de ver desde la campana cuando lo conseguí por segunda vez.

Ese día pensé que iba a callar a mis críticos. Sin embargo, lo único que hice fue darles una cucharada de sal que los dejó con hambre. Fieras buscando mis errores. No se han percatado aún, pero mi mayor debilidad son los circuitos de agua. Estaban demasiado ocupados llamándome puta cuando creyeron que había ganado gracias a follarme a Santiago.

Estoy haciendo las paces con que ese imbécil casi jodiera mi legado.

Estoy haciendo las paces.

Pero aún quiero gritarle. Aún quiero asesinarlo al recordar cómo estaba con otra. Aún quiero llorar hasta debilitarme y arrancarme la piel con una ralladora de papas.

Uno de los camarógrafos anuncia que dejamos de estar al aire. Debo tener cuidado con mostrar emociones porque seguimos transmitiendo en vivo, pero me apresuro a esconderme detrás de mi capitán para correr a los camerinos.

Me cambio rápido en el vestidor porque no quiero cruzarme con nadie, pero no puedo evitar escuchar una charla pasajera entre mis compañeras de equipo. No me vieron entrar.

Oigo a una de las chicas reírse sobre la historia que acaba de subir Santiago. Sin embargo, al buscarla de manera masoquista, no encuentro nada.

Salgo incómoda del vestidor. Todas se quedan pálidas al verme. Nadie dice nada, ni siquiera hay contacto visual.

Trato de no pensar en ello. Es tonto y no tiene sentido preocuparme por mi ex en estos momentos. Debería enfocarme en llegar a la final por tercera vez, en mi relación falsa, en mi carrera. Pero al cruzar la puerta, veo a mi único amigo real subir a su auto.

Si pudiera controlar mis impulsos, quizá no estaría aquí, sino en una clase de universidad. Quizá no estaría metida en los problemas en los que estoy. No, no puedo morderme la maldita lengua.

—¡Capitán! —corro hacia su coche cuando lo veo—. ¡Capi, espere! —exclamo sin aliento.

Él abre los ojos en grande. Se nota que se ha preocupado al verme y mantiene la puerta abierta. El estacionamiento está lleno; otro auto espera que salga. Este sitio maneja horarios estrictos.

—Galilea, ¿te pasa algo?

—Quería pedirle un favor.

Frunce las cejas.

—¿Qué tipo de favor?

—¿Me presta su teléfono?

Pareciera que le he hablado en un idioma alienígena.

—Mire, venga, le explico. —Me froto las manos, nerviosa—. Sé que Santiago ha subido algo a su número personal, pero yo no puedo verlo y sé que usted lo tiene agregado.

—No deberías ver cosas de tu ex si tienes novio. Denver es un buen chico, lo conozco.

—¿Lo conoces? —pregunto sorprendida, pero recuerdo la misión rápido. Carraspeo—. Santiago no es mi ex, es un tonto. Pero chisme es chisme. Por favor.

—No.

—Por favor.

—Que no.

—Te pago.

—No tengo precio.

—Por favor, te lo ruego.

—Prefiero no meterme en estas cosas.

El auto detrás toca la bocina dos veces.

—Vete, Galilea.

—Haré lo que sea. Iré a todas las nominaciones. Te compro todas las pizzas de celebración a partir de ahora.

—Parece que te interesa mucho para ser un tipo que “no es tu ex y es un tonto”.

Suelto un suspiro, decepcionada.

—Te juro que será la última vez que busque algo suyo. Yo respeto a Denver. Y tú y yo nos conocemos, le contaré esto. Te lo juro.

Otro auto se une a las bocinas. El capitán se ve tan incómodo que parece capaz de cualquier cosa con tal de desaparecer en ese instante.

—Tienes los segundos que me tome prender el motor y acomodar el espejo. Ya —farfulla, arrojándome su teléfono.

Mis manos tiemblan. Corro a la aplicación y mis dedos sudados casi arruinan la hazaña. Consigo verlo, justo un segundo antes de devolvérselo al capitán. Él arranca sin siquiera prestarme atención. Lo entiendo.

El conductor que esperaba me grita, pero no oigo lo que dice. Un niño en la tribuna se despide de mí, y yo solo consigo hacer un gesto con la mano. Regreso lento a una esquina del estacionamiento.

Mi corazón maltratado se apaga al ver esa fotografía.

Quizá estaba negando mis sentimientos, pero los vi.

Los vi tan felices con su pastel de un año. Él tiene su brazo alrededor de ella, justo como hacía conmigo. Ella sonríe en grande y, por primera vez, noto lo hermosa que es. Porque, maldita sea, es una mujer preciosa.

No ha pasado un año desde que terminamos.

No han pasado ni dos meses.

Un año…

Es todo lo opuesto a mí. Tiene la piel clara, ojos verdes, el cabello liso y corto. Es bastante delgada y tiene un brillo en los ojos que deslumbra.

En la foto, está vestida como una muñequita, con lazos rosas en el cabello, rubor intenso y brillantina en los párpados.

Un pastel de un año.

Siento náuseas.

Siento náuseas de que la haya ocultado y siga haciéndolo, como me lo hizo a mí.

Siento náuseas de que no haya ido tras ella en el hotel.

Siento náuseas de que la haya dejado sola.

Siento náuseas de que la haya tratado mal.

Siento náuseas de haberme enamorado de alguien que trata así a las mujeres.

Un puto año.

Me golpea la realidad, me golpean los sentimientos reales que tenía hacia Santiago, me golpea haberme creído su mentira. Y la barrera que había construido contra estos días se desploma sobre mí. El peso de los ladrillos me quita el aire, me aprieta el pecho y hace que mi vista se nuble.

Tomo un largo respiro y le devuelvo el teléfono al capitán después de tomar una captura de la foto y enviármela, solo para alargar mi martirio. Todo rastro de felicidad desaparece dentro de mí. Siento tanto dolor que me estremezco. Nunca había experimentado algo así.

Empiezo a rememorar los momentos que estábamos viviendo cuando cronológicamente empezó a engañarme. Esto es tan decepcionante, deprimente y, a la vez, esperado, que apenas puedo arrastrar los pies hasta la parada de taxis. Necesito irme de aquí.

Me afectó más de lo que debería. Quizá sí soy solo una ridícula que se vio beneficiada gracias a él, porque juro que apenas puedo moverme. No veo la pantalla de mi teléfono, pero llamo a uno de los números recientes asumiendo que es mi papá o mi representante.

Presiono el botón de llamada, intento respirar lo más que puedo, cierro los ojos y pego la pantalla del teléfono a mi oreja.

—Me siento fatal. He... he descubierto cosas. —Sollozo—. Por favor, vengan a buscarme. Dile a mamá que la necesito. Yo no puedo. —Me seco las lágrimas—. Tengo demasiadas emociones dentro.

—Gal.

Me paralizo al oír la voz de Denver.

—Envíame tu ubicación, llego en cinco minutos.

—¿Qué? —Abro los ojos de golpe y respiro hondo—. No, no... Eh... No quería llamarte a ti —aclaro.

—Da igual. ¿Dónde estás?

—El taxi me llevará al edificio donde me estoy quedando. Pero no pasa nada, estoy bien —miento—. Solo que… estoy irremediablemente triste. —Río con amargura—. Las cosas que averigüé hoy me han vuelto a romper el corazón.

—Llego enseguida. —Oigo cerrar una puerta—. Enciérrate. Búscanos una película. Llevaré helado, chocolates y la certeza de que nadie muere por un corazón roto.



Estoy gritando a mi almohada cosas que, si hiciera, me meterían presa, cuando escucho golpes en la puerta.

Quiero hundirme en una piscina sin flotadores.

Vuelvo a gritar, esta vez más fuerte. Seguro pudo escucharme, porque ahora golpea la madera con más entusiasmo.

Los golpes se intensifican. Me recuerdan que el nerd filosófico con el que “salgo” es además un deportista de alto rendimiento y, con la técnica correcta, probablemente podría tirar la puerta.

Y parece que es justo su idea ahora.

—¡Dame un segundo!

Corro al baño a lavarme la cara. Tengo cuidado de retirar la máscara de pestañas corrida e intento no verme tan deprimente, pero el brillo en los ojos no se puede aplicar con una brocha. La lástima en la mirada de Denver al verme se siente como perder cuando estás a dos metros de la meta.

—No quiero hablar de lo que ha pasado —musito.

—Traje helado, no preguntas, Galilea. ¿Puedo pasar?

Asiento. Él camina lento hacia mi sala. Me siento tan patética que no confío en lo que podría hacer en este estado. En el fondo, agradezco su presencia y me pregunto qué he hecho mal para que ninguna amiga ocupe su lugar ahora. Me dejé consumir por mi anterior romance.

Denver está en mi sofá, que de pronto se ve muy pequeño con él encima. Tengo los párpados hinchados, la nariz roja y no traigo maquillaje. Con una expresión que parece un puchero mal hecho, me siento a su lado en silencio, mirando al piso.

Él no me dice nada. Solo abre la bolsa de plástico que trae, saca el helado y va a por dos cucharas en la cocina.

El primer bocado tiene sabor a abrazo. Uno que necesito en este instante, pero que no voy a pedirle a nadie.

—El capitán de mi equipo —susurro triste—. Me prestó su teléfono. Quedamos en que te lo diga porque no quiere causar problemas en nuestro "noviazgo".

—¿Por qué eso sería un problema?

—Lo usé para ver qué había subido Santiago.

—Oh.

Su tono no cambia. Solo abre un paquete extra en la bolsa y le agrega trozos de chocolate al pote de medio kilo que ya estoy comiendo.

—Al parecer lleva un año con la otra chica.

—Pensé que ya no te importaba.

—Sí, yo también lo pensé —digo al intentar ahogarme con el helado—. Pero me duele por mi versión pasada. Esa niña inocente, dulce, enamorada y dispuesta a todo por él... fue a la mejor versión de mí a la que le dio lo peor. A la persona devota por él, a la que estaba engañando, no a mi yo de ahora. Ahora soy una mujer inteligente, pero antes era una niña tonta. Y ella merecía ser cuidada más. Debí haberla cuidado yo.

Denver posa su mano en mi hombro y me acaricia con timidez. Yo escondo mis lágrimas detrás de mi palma.

—Tienes derecho a rendirle luto a las versiones de ti que mataron los malos tratos. No tienes por qué ocultarte. No debería darte vergüenza.

—¿Cómo sabes que me da vergüenza?

Denver fuerza una mini sonrisa de labios sellados, evitando responder mi pregunta. Me deja espacio para hablar.

—Siento tanto enojo que se convierte en tristeza. ¿Por qué los hombres toman a una mujer que los ama y la convierten en el hazmerreír de todas las próximas chicas que ni siquiera los querrán un poco igual? ¿Por qué no se dan cuenta que tienen a una chica buena cuando aún es el momento correcto?

—¿Los que hacen eso? Porque son tontos, no hay más. No busques un razonamiento que te culpe por la maldad de otros. Uno no puede evitar que la gente idiota sea así. Las personas no cambian por alguien más.

—Ojalá me hubiera dado cuenta antes de que le di todo a un completo imbécil.

—No te culpes.

—No lo hago.

—Suena a que sí.

—Es que, joder… —Meto una porción tan grande de helado que pasan un par de minutos antes de que pueda tragarla por completo—. Perdí años de mi vida.

—Ganaste conocimiento.

—El cual también pude adquirir leyendo un post feo en Instagram que diga: Todos los hombres son iguales.

—Si quieres creer eso, adelante. Pero ganaste experiencia. Nadie nace sabiéndolo todo. Una persona no puede engañarte apenas conocerte. Todo lo que daña y todo lo que sana se forma con el tiempo.

—Gracias por tus frases filosóficas.

—¿Quieres una para ahora?

—Por favor.

—"Lo que no te mata, te hace más fuerte", dice Nietzsche.

Estallo en una carcajada. Luego lo miro a los ojos. No es un chiste. Eso me vuelve a hacer reír.

Por fin consigo respirar sin que sea tan doloroso.

—Supongo que me lastimó el ego saber que nunca me quiso, porque yo sí le quise… y lo seguiría haciendo si no la hubiera cagado conmigo.

—¿Qué quieres hacer? ¿Quieres vengarte? Podemos subir algo que también le lastime el ego.

—¿Cómo qué?

—Podemos subir una foto juntos. Mira que no soy partidario de combatir fuego con fuego, pero al menos ganaríamos seguidores. —Es tan obvio que intenta animarme que hasta él mismo se escucha raro al decirlo.

—Déjalo ir. —Recargo el rostro en mi mano, arrugándome la piel.

—Tengo una idea. ¿Tienes alguna foto tuya que no le hayas mostrado a nadie? Si es sexy, mejor.

—No sabía que conocías el concepto de una foto sexy.

—Que no haya tenido pareja no significa que no haya tenido vida, ¿sabes?

—Es decir, que sí has tenido rollos casuales.

—No, la verdad es que no. Pero he visto a mis amigos vivir sus tragedias. Yo me enfoco en el deporte, en el estudio y en el trabajo. Te sorprendería el poco tiempo que te deja ser excepcional… no tienes horas libres para gustar de nadie.

—¿Nunca te has enamorado?

—Para enamorarte de alguien, debes conocerlo. No puedes conocer a alguien con quien no pasas tiempo. Y si crees que estás enamorado de alguien a quien no conoces, entonces todo está en tu cabeza.

—A veces no sé si me das lástima o si te admiro y ojalá pudiera ser como tú.

—Sí, sí, como sea. Ven, que tengo una idea. —Denver me muestra una imagen de referencia en su teléfono: una chica con la remera levantada—. Podemos hacer algo así, como si fuera mi fondo de pantalla y que la historia parezca normal, que apenas se vea de fondo. Creo que podría volver loco a más de uno obsesionado contigo.

—¿Desde cuándo eres tan inteligente?

—Digamos que me estoy informando.

—¿Sobre qué?
—Cómo ser una amenaza para la sociedad.

CAPÍTULO 10

“La amistad es un alma que habita en dos cuerpos”
—Aristóteles

El público enloquece una vez subimos esa historia.

En especial porque Denver nunca ha subido nada de ese tipo. Las chicas que fantaseaban con él ahora tienen un nuevo contenido: una fotografía de Denver sin camiseta, “entrenando”, con su teléfono de fondo.

Es gracioso porque, apenas dejas de lado su increíble atractivo, te encuentras con el *hard launch* más provocador de nuestra “relación”. Ha sido una idea increíble, ha dado un resultado maravilloso… y también fue una locura no consultarlo con ninguna de las personas que supervisan que esta relación falsa salga bien. Pero el que no arriesga no gana, supongo.

Tengo los ojos hinchados al despertar. Vacié el tarro de helado de chocolate y terminé *Mamma Mia* junto con su secuela antes de que pudiera decir: “Aprovechemos y pongamos la última temporada de *Gravity Falls*”.

La cama está vacía, pese a ser solo las siete de la mañana. Cuando arrastro los pies hasta la cocina, encuentro a Denver con todo un festín preparado. Además, está sudado, lo que significa que lleva ya un rato ejercitando. Lo veo usar botellones de agua como pesas.

Está mal de la cabeza. Creo que por eso me cae bien.

—Buen día.

—Hola, Galilea. —Sonríe—. ¿Cómo amaneciste? ¿Hoy no queremos asesinar a Santiago?

—No. —Tomo el café de la mesa—. Solo queremos no haberlo conocido jamás.

—Normal.

—¿Te doy un poco de pena ahora? —pregunto mientras aplico crema debajo de mis ojos hinchados.

—Mira, yo sé que en tu cabeza eres una y tienes tu propia versión de ti. Pero, para mí, eres una persona con su propia plataforma, una buena deportista y una creadora de contenido con los pies en la tierra, lo cual es difícil de encontrar, ¿entiendes? Eres esa persona que ha cambiado en gran medida mi experiencia con el público, con el trabajo y con un deporte que llevo practicando toda la vida. No importa qué tan complicada creas que eres, a mí me haces la vida más fácil en este equipo.

—No tienes por qué inflarme así.

—De hecho, creo que, al hablar así, estoy siendo bastante acertado.

—Gracias. Haces que sea más llevadero estar conmigo.

—Estar contigo *es* llevadero. No lo sé, te reto a decirme algo con lo que supuestamente no haces las cosas mejores.

Dejo mi pequeño espejo en la mesa.

—Supongo que no puedo.

Le da un mordisco a su desayuno y busca su teléfono.

—Cuentas conmigo para lo que sea. Llámame. Úsame de primera y de última opción.

—No tienes por qué hacerlo.

—Si lo piensas en perspectiva, trabajo para ti.

—*Conmigo*. No para mí.

—Somos un equipo. Y en los equipos, normalmente, no se trabaja de forma individual. —Palmea mi espalda—. Voy a salir a tomar sol y luego iré a la universidad. ¿Quieres acompañarme?

—Estaré bien. Aún no despierto del todo.

—Llámame si me necesitas, no importa la hora.

—Gracias, Denver.

—No debes agradecer lo mínimo. Eso hacen los amigos.

—¿Somos amigos?

—Siempre.

Denver se va poco después. Tiene cosas que hacer y yo tengo cosas que aclarar. No recuerdo si dijo que iba a estudiar o a trabajar, pero ya ha preparado las comidas, entrenado, meditado y hecho tantas cosas para esta hora de la mañana que me inspira.

Enciendo mi laptop para reproducir un pódcast mientras me maquillo. De manera paciente y calmada, voy posicionando cada objeto en su lugar. Pongo el espejo frente a mí en el escritorio y estoy aplicando la base cuando mi teléfono suena.

—¿Aló? ¿Olvidaste algo? —pregunto, asumiendo que es Denver. Sigo difuminando mi base con la esponja.

—¿Qué se supone que estás haciendo, Galilea? ¿A quién quieres engañar?

Escucho la voz de Santiago durante exactamente cinco segundos antes de colgar. Cinco segundos son suficientes para que mi humor decaiga, mis defensas tambaleen y la ira me consuma.

Mi mañana está arruinada con tres preguntas:

¿Cómo se atreve a llamarme para reclamarme?

¿Cómo se atreve a hablarme en primer lugar?

¿Cómo cree que tiene derecho a exigirme explicaciones?

«Lo odio, joder».

Un mensaje de ese mismo número desconocido aparece en mi pantalla, y casi aprieto el teléfono con tanta fuerza que rompo la pantalla.

> Hola, si fueras un poco más madura, sabrías que solo quiero hablar. Pero vale, ocúltate detrás del tipo ese, como se te dé la gana. No me importa una mierda. El departamento está vacío y quiero avisarte que tus cosas están listas para que las recojas. Si no pasas hoy, esas bolsas irán a la basura. Te espero.
>
> Besos, Santiago :)

Leo el último mensaje con una bestia echando fuego en mi estómago. Siento el cuerpo tenso,

el calor apoderándose de mí. Aprieto la mandíbula. Solo Dios sabe lo que haría si lo tuviera enfrente. De la rabia, dejo de mirar a mi alrededor y tiro un labial al piso, provocando que se rompa.

Estos no son los mejores días, pero tengo que saber gestionarlo. Tengo que obligarme a ello.

Miro mi maquillaje roto en el piso. Voy en busca de una escoba y un trapo para limpiar en la cocina. Apenas llego, recuerdo la conversación con Denver.

No debería tenerle tanta confianza tan rápido.

Pero confié en mi ex. Puedo confiar en un vagabundo de la calle y aun así no llegaría a ese nivel de riesgo.

Bloqueo el nuevo número de Santiago y abro mi chat con Denver.

Hola, perdona que te moleste. ¿Tienes algún amigo que ofrezca servicio de mudanzas o transporte de muchas cosas a la vez?

DENVER:

¿Qué pasó?

Santiago quiere que recoja lo que quedó de mí en el departamento o lo tirará a la basura.

DENVER:

¿Qué tipo de cosas tienes allí?

No muchas. Casi no hay muebles, solo maletas, mi ropa, accesorios y un par de artículos del hogar. Asumo que en la carrocería de una camioneta iría bien.

Tengo que encontrarme con él antes de que realmente se deshaga de todo. Lo conozco. Lo hará. Está enojado.

DENVER:

¿Qué significa eso? ¿Es peligroso?

No vayas.

Espérame.

No, no quiero ir con nadie.

DENVER:

Vale, entonces que no vaya nadie. Tengo un contacto que se dedica a eso, tiene una camioneta y no te cobrará mucho.

Le escribo ahora mismo. Pásame la dirección.

No sé si sea lo correcto. Perdona por molestarte en clase, ¿estás ocupado ahora?

Hablamos después, puedo esperar un par de horas.

DENVER:

Pásame la dirección.

Ahora.

Vale.

Adjunto la dirección del departamento. No pasan cinco minutos cuando llega su siguiente respuesta.

DENVER:

Ya está en camino.

Me envía la ubicación en tiempo real de lo que parece ser un camión de mudanzas.

DENVER:

En dos horas tendrás todas tus cosas fuera y en tu nuevo departamento.

No salgas de casa. Lo que sea que quiera decirte, puede hacerlo por mensaje.

Además, ¿qué clase de amenazas son esas? ¿Estás bien?

Lo estoy.

DENVER:

No tienes que mentirme.

No lo hago.

DENVER:

Vale. Regreso en media hora, cuando termine el examen. Hazme una llamada perdida si pasa algo.

¿Estás en pleno examen?

Denver, ¡no mires el teléfono, te lo van a anular!

Gracias, estaré bien.

DENVER:

Lo acabo de entregar. Estaré allá pronto.

¿Lo entregaste en blanco por mí? ¡No, basta! Esto se fue de las manos.

DENVER:

JAJAJAJAJAJ

Galilea, lo de nerd no era chiste. Había terminado hace rato, solo estaba haciendo tiempo para que no pareciera que me copié.



Denver volvió exactamente en treinta minutos. Ni un segundo más, ni un segundo menos.

Insistió en que debía distraerme, pero yo realmente no quería ni siquiera ir por un café. No tendría que ir al programa hasta que pasara el fin de semana. Podría pudrirme en mi cama.

—Oye, sabes que no voy a dejar que te deprimas por esto, ¿no? —dice, mirándome desde un lado de la cama.

—¿Eh? —Me tapo por completo con la sábana.

—Sí. Eso.

—¿Qué se supone que vas a hacer? ¿Obligarme?

—No exactamente, pero acepté fingir ser tu novio, me debes un favor.

—Te lo pago la otra semana. Además, tú me debes como tres.

—Galilea.

—Denver.

—Gal.

—No tengo ganas de nada.

—¿Incluso si es una campaña de marketing en la que casualmente acabo de inscribirme mientras venía de la universidad?



La playa es hermosa.

El sol baja lento por el cielo, el mar es increíble. De forma ridícula pensé que iba a meterse a nadar, así que me acomodé en la costa, encima de una toalla, para verlo jugar con sus amigos.

No tengo problema con estar detrás, con verlos desde lejos. Puedo ser feliz con la simple visualización de la felicidad.

A pesar de que las personas tengan esta idea de mí como la chica popular con la que todos quieren estar, siempre he sido la última opción. La menos interesante. La que camina detrás de sus amigas cuando ya no hay espacio. La última que escogen para bailar. La que los chicos descartaron hasta que me volví “bonita” a sus ojos. Y cuando por fin lo hice, mi defecto se volvió emocional: mi personalidad, mi corazón, mi pasado, mi forma de ser.

Nunca fui la persona que me pintan ser.

Pero tampoco he dejado que eso defina quién soy. No soy alguien triste. Estoy muy feliz con esta vida, incluso si solo puedo ver de lejos y quedarme atrás.

Ellos suben a motos acuáticas. Se ven *súper cool*.

—Hey, ven. —Denver se detiene justo a mi lado—. ¿Quieres subir conmigo?

—¿Estás seguro? —Me levanto de la arena.

—Si es contigo, sí. Móntate.

—No lo sé… —Miro la moto. Es bastante grande y no creo que pueda mantener el equilibrio —. Me da miedo.

—Yo voy a cuidarte —asegura con naturalidad. Extiende el brazo hacia mí—. Anda.

—Madre mía… —Miro el asiento trasero—. Ejem, dame un minuto. Tú sabes nadar. Vas a rescatarme, ¿cierto?

—Voy a asegurarme de que estés bien. Es solo para divertirnos. —Baja y palmea el asiento. Trato de subirme, su agarre en mi cintura me acomoda—. ¿Estás bien así?

—Perfecta.

—Vale.

Sube después de mí y siento todo su peso detrás, aunque no se recuesta. La moto se inclina un poco de su lado. Toma el volante con una mano y con la otra rodea mi cuerpo. Dejo de respirar. Puedo sentir su piel, su cuerpo, sus músculos.

—¿Desde cuándo sabes manejar esto?

—Vivía en la costa. Desde niño tuve acceso al mar. Aprendí a nadar primero, luego a surfear, luego a conducir.

Acelera y las gotas frescas golpean mi rostro. Está compitiendo con sus amigos. Es obvio que hago que vaya más lento.

—No tengo miedo —aclaro.

—El miedo y la seguridad del pasajero son dos cosas distintas.

—Con la semana que estoy teniendo, créeme, no me importaría caerme.

—Pero no sabes nadar. Tendría que dejar la moto a la deriva para salvarte.

—¿Cómo supiste…?

—Tuve mis sospechas.

—No quiero saber cómo me veo en tus ojos con esta nueva información.

—No hay nada malo que ver. Lo único que pienso es que, por cuestiones de guion, deberías aprender a nadar.

—Contrataré un profesor.

—Sí…, eso suena a una buena idea.

—El patrocinio son estas motos, por cierto. Mi amigo, que es fotógrafo, ya ha tomado fotos con el atardecer. Ahora solo nos faltan las nuestras.

—¿Por eso él está lejos y nosotros vamos juntos?

—Así es. Sostente fuerte.

Me río con los nervios a flor de piel mientras él acelera, y la moto arranca con fuerza, salpicándonos. El viento y el agua se combinan para hacerme sentir como si estuviera volando. Nos veo cortar las olas. Esto es emocionante.

La brisa fuerte me azota la cara. Hace frío, pese a que el sol entrega sus últimos rayos con toda su intensidad. Denver se da cuenta de que me causa mucha risa cuando conduce más despreocupado, así que hace giros inesperados, provocando que el agua salte en grandes chorros y nos empape de pies a cabeza. Creo ver a su amigo tomando fotos, pero con el rostro mojado no logro distinguir bien.

Cada vez que la moto salta sobre una ola, siento como si flotáramos por un instante, hasta que volvemos a caer al agua con un golpe suave que recorre todo mi cuerpo. Denver no deja de jugar, guiando la moto en círculos rápidos, creando remolinos que nos rodean en espirales de mar. Estoy gritando y riéndome tan fuerte que seguro mi cara ya está roja por la emoción. No recuerdo la última vez que me sentí así.

Es como jugar con un niño, y viniendo de alguien a quien nunca invitaron a jugar cuando era niña, se siente increíble. No me dejan de lado. Es nuevo para mí.

Solo baja la velocidad cuando su amigo debe alcanzarnos para tomar videos y paneles de cerca de la moto acuática en funcionamiento. Una vez le hace una seña con la mano de que ha terminado, Denver nos aleja de la costa y se dirige hacia uno de los extremos donde no hay arena, solo rocas y un muelle demasiado lejano.

—Es verdad que te da miedo el agua. No puedo creerlo —comenta.

Tengo un recuerdo vívido de mi fiesta de primavera en el jardín de niños. Nadie se había

preocupado por enseñarle a nadar a una criatura que apenas había aprendido a correr. Cuando intenté meterme a la piscina con el resto de mis compañeros, se alejaron de mí. Me sentí tan mal que dejé de moverme, provocando que me hundiera hasta el fondo. No era una piscina grande, solo lo suficiente para que mi cabeza quedara bajo el agua.

Me sacaron. Los padres, enfadados, apartaron a sus hijos por considerarlo inseguros. Todos en la clase me detestaron por arruinar su felicidad. Desde entonces, nunca me interesó demasiado nadar. Sin embargo, me obsesioné con adaptarme a los grupos sociales para no sentirme como la niña que siempre arruina la felicidad del resto.

No voy a decirle eso a Denver. Quiero que me vea fuerte. Quiero que me vea como yo lo veo a él. Ya no soy una bebé.

—¿Te has dado cuenta por mis gritos o porque me aferro a ti como un oso a la miel?

—Tu corazón, Gal. Late muy rápido.

Al darme cuenta de que puede sentirlo a través de nuestro abrazo, me alejo.

—Sobre lo que dijiste del profesor de natación, puedo recomendarte a alguien.

—¿En serio? ¿Quién?

No termino de pronunciar la última palabra cuando siento unas manos empujarme con suavidad desde la motocicleta.

Caigo al agua.

El mundo gira. Mi corazón se salta un latido y, en un instante, me hundo de espaldas. El frío me invade al instante, y mi mente entra en pánico.

No sé nadar. No sé flotar. El mar parece enorme, y siento que me está tragando. Intento dar unas patadas torpes y mover los brazos, pero la sensación de hundirme es inevitable.

Empiezo a boquear, tratando de calmarme y mantenerme a flote. El miedo me consume. Mis brazos se tensan y se mueven frenéticamente. Cada ola que me salpica me hace perder la orientación. Siento que va a explotar, y el agua está en todas partes, fría y pesada.

Me paralizo. Mientras menos me muevo, más me hundo. Lo que antes veía como un azul claro y borroso ahora es negro.

Eso es todo. Voy a morir.

Lo acepto. Dejo de patalear a lo tonto. Y es en ese momento cuando oigo su voz.

—¡Tranquila! Estoy aquí. —Siento su mano tomarme de los brazos y, en pocos segundos, vuelvo a la superficie—. Calma, calma. Respira. ¿Tragaste agua? No debes abrir la boca.

—Ah, gracias por avisar —digo, tosiendo.

—Gal, tranquila. No te voy a dejar ahogarte.

Siento cómo me toma de la mano y me sostiene con firmeza. Me esfuerzo por concentrarme en su voz, en la sensación de su agarre, e intento respirar más despacio, aunque mis pulmones no quieren cooperar. Él se queda cerca, manteniéndome a flote, y su calma me ayuda a dejar de patalear tan desesperadamente.

—Confía en mí —pide en un tono suave—. Sé que no es lo más sensato luego de haberte tirado al mar, pero por aquí no hay tiburones.

—Voy a cobrártelo.

—Es un precio que estoy dispuesto a pagar.

Poco a poco, recupero el control, aunque mis piernas siguen temblando bajo el agua. Él me mira con una sonrisa, pero no hay burla en su expresión, solo paciencia.

—Perfecto, podemos pasar al siguiente paso.

—Prefiero pasar al muelle. Llévame, por favor.

—Vamos, Gal. Inténtalo.

—Estoy empezando a pensar que esto es un intento de asesinato.

—Voy a enseñarte lo básico para que puedas mantenerte a flote —explica.

—No es la forma.

—Lo sé, disculpa. Eso pasa cuando soy impulsivo y estar cerca de ti me provoca ese efecto.

Me muestra cómo inclinarme un poco hacia atrás, cómo relajarme para que el agua me sostenga. Cada vez que siento que pierdo el equilibrio, él me sostiene con calma, sin dejar que me hunda. Sus manos me guían en los movimientos, corrigiéndome y asegurándose de que no me aleje demasiado.

—Esto es parte de lo que aprendí cuando entrenaba para competir —dice de repente, como si estuviera compartiendo un secreto—. Lo importante es que el mar no está en tu contra; es tu herramienta. Las personas suelen temerle al agua porque sienten que no pueden controlarla, pero si sabes cómo moverte, puedes usarla a tu favor. Tú sabes que puedes, eres una bomba de talento.

Sus palabras me calman un poco. Intento seguir sus instrucciones, moviendo las piernas de forma más controlada, siguiendo su guía. No es fácil; cada segundo siento que puedo hundirme de nuevo, pero él no me suelta y sigue ayudándome a coordinar.

A su lado, el agua no se siente tan amenazante y, aunque sigo nerviosa, me permito flotar un momento, sintiendo el vaivén de las olas.

Aún con algo de miedo, asiento. Me muestra cómo extender los brazos hacia adelante, sumergirlos y empujar el agua hacia atrás, y luego cómo coordinar las piernas en un movimiento de patada constante. Me explica que lo importante es encontrar un ritmo, no apresurarme, concentrarme y mantener la respiración estable.

Me toma de las manos y empieza a guiarme mientras muevo los brazos y las piernas, aún con torpeza, pero esforzándome por hacerlo como él dice. Al principio, mis movimientos son rígidos, me cuesta coordinarme, y siento que cada brazada es un pequeño desafío. Pero él sigue a mi lado, corrigiéndome, dándome consejos y diciéndome que lo estoy haciendo bien.

A medida que pasan los minutos, empiezo a entender cómo se siente cuando no te asusta, cómo el cuerpo parece flotar con más facilidad cuando le doy el impulso adecuado. El miedo se convierte en una especie de emoción, como si por fin estuviera viendo este desafío de forma diferente. Él me suelta las manos y me deja avanzar un poco por mi cuenta. Me esfuerzo por mantener el ritmo, sintiendo la resistencia del agua y cómo me impulsa hacia adelante.

Avanzo unos metros y, aunque requiere esfuerzo, logro mantenerme a flote y seguir nadando. Denver va a mi lado, observando cada movimiento, animándome y, en el fondo, sé que si él no estuviera aquí, nunca me habría atrevido a intentarlo.

Después de un rato, me detengo, jadeando por la emoción y el cansancio, pero con una gran sonrisa en el rostro.

Él se acerca y me aplaude, como si acabara de ganar una medalla.

—No puedo creer que hayas retrasado esta experiencia tantos años de tu vida.

Elevo la mirada.

—¿Sabes algo? Yo tampoco.

Él se aproxima hacia la moto acuática a un lado de nosotros y toma su teléfono. Por la posición de sus manos, sé que está grabando un video. Le arrojo un beso.

—¿Podemos aprovechar para grabar un vlog para mis redes?

Denver asiente. Yo, con cuidado, intento nadar hacia donde está.

—Va, quizá no. Quiero decir cosas que no puedo subir. —Río.

—¿Cómo qué?

—Nada, es que no quiero causarles envidia. Ya sabes, este atardecer y… nosotros. —Subo la mirada al cielo y luego a sus ojos—. Es como de película.

—En una película un tanto larga y aburrida, sí.

—¿Nos estás llamando aburridos? —Arqueo las cejas—. Qué exigente, Aristóteles Monroe.

—¿Aristóteles?

—Sí.

—Solo digo que para este momento han pasado siglos. Por supuesto que todos quieren ver esta escena, pero no el comienzo.

—¿A qué te refieres?

—A lo que dijiste. Todos quieren ser un deportista profesional y una campeona en su maravillosa tarde. Es algo lindo de ver, pero muy pocos lo querrían si vieran el detrás de cámaras.

Detrás de la cámara del teléfono, me esfuerzo por no prestar demasiada atención a su cuerpo..., hasta que se gira. Su tatuaje me encanta.

—¿Detrás de cámaras? —musito.

—No puedes tomar solo el resultado como algo digno de admiración. Si tuvieras en cuenta el proceso completo: los años, las salidas a las que no fui, las mañanas en las que entrené, las personas que descuidé, las noches sin dormir, todo el tiempo, energía, juventud y dinero que se invirtieron en esto…, quizá no lo querrías.

—¿Sabes algo? Yo sí quisiera ser como tú.

—Tonta.

—¡Oye, no me insultes! —Extiendo un brazo para tomar el teléfono—. Dame eso, no sabes hacer un vlog. Yo me encargo.

Doy vuelta la cámara, poniéndola en modo *selfie*. Él se acerca y apoya su mentón en mi hombro.

—¿Qué debería hacer para que sea bueno?

—Por ahora, alejarte de mí.

—Eso no hacen los novios.

—No, pero me pones nerviosa.

—¿Sabes qué calmaría tus nervios?

Mi mundo se detiene por un instante cuando hace un leve movimiento que deja sus labios demasiado cerca de la comisura de los míos. Siento sus manos en mi cintura y, por un momento, no sé lo que pueda pasar... hasta que su agarre me empuja hacia abajo.

Él me arrebata el teléfono antes de que se moje.

—¡Basta! —grito antes de tomar aire, justo cuando mi cabeza se hunde bajo el agua.

—¿Ves? Estás empezando a aprender.

—¿A no confiar en ti?

—A que, para sobrevivir, a veces solo necesitas un poco de aire y no temer a lo que pueda pasar después.

—Una frase rarita más y terminamos.

—No puedes terminar conmigo. Estoy embarazado.

Estallo en carcajadas y me alejo lentamente de él en el agua, gritándole mientras sostiene la cámara.

CAPÍTULO 11

"El hombre no es nada más que su proyecto, debe ser lo que se propone ser"
—Jean Paul Sartre

Me río al ver los videos que me pasó Denver. Intento editarlos lo más cortos e inmersivos posible desde mi laptop. Llevo tres horas editando un video de cinco minutos. He perdido la cuenta de cuántas transiciones he recortado. Necesito un descanso para desayunar.

Miro a mi alrededor en el departamento; todas mis cosas están a salvo. Las he ordenado en su lugar: mis maquillajes, mis muebles, la ropa que se me quedó. Pese a que incluí a Santiago en casi todo lo que me pertenecía, ahora no hay rastro suyo.

Esto es mío. Son mis cosas, y me estoy haciendo a la idea de que es mi vida.

Solo tengo que recordárselo a la parte de mí que aún siente vergüenza cuando cruza los pasillos del set del programa y la gente murmura a sus espaldas.

Tengo que decirle esto a mi mejor amiga. La cual ya no tengo, pero el mensaje de mi nueva mejor amiga ya está en mi pantalla de bloqueo antes de que pueda cerrar el programa de edición en la computadora.

DENVER:

¿Lista para el día de hoy?

La verdad es que no.

DENVER:

Intenta cambiar tu perspectiva.

Ves el reality como un show, que lo es.

Pero intenta verlo como un deporte, tu deporte. En el cual eres muy buena.

No hay nada que temer.

Gracias.

DENVER:

Vale, yo voy a ir a entrenar. Los juegos se acercan, tengo actividades nuevas.

Cuéntame después, cuando tengas tiempo.

DENVER:

Lo anoto en mi calendario.

¿Me das permiso de investigar un poco sobre lo que haces? No quiero quedar como una cotilla.

DENVER:

Si esa es tu mentalidad, no quiero saber lo que piensas de mí después de ver tu programa, ir y hacerte un PDF de recomendaciones.



Llego temprano al canal y paso por los camerinos, donde los maquillistas y estilistas nos preparan para el programa. En nuestro contrato hay cláusulas especiales sobre lo que podemos o no hacer con nuestra apariencia. Venderte te da un sueldo que es como una compra de derechos sobre tu persona hasta que termine la temporada, pierdas antes o no.

La competencia es en equipos los primeros meses: el equipo amarillo contra el rojo, de lunes a viernes —salvo que haya algún evento especial en la televisión que impida la emisión del programa ese día—. Cada jornada hay una cantidad par de puntos en juego que define quién gana y quién pierde, distribuidos en tres competencias.

El equipo que pierde nomina a un competidor que, en su momento, tendrá que luchar por mantenerse en el programa o irse en un duelo de “gladiadores”. Cada semana se va una persona hasta que quedamos solo doce: seis hombres y seis mujeres. Es entonces cuando comienzan las competencias individuales.

Es fácil llegar hasta las individuales. Si tu equipo no pierde, no eres nominada; y si no eres nominada, no corres ningún riesgo. Pero para ganar, debes vencer a todas. Siento que ese es un factor que, al no considerarlo, a veces les juega en contra.

He de admitir que gran parte de mi éxito se basa en que observé atentamente a mis contrincantes e intenté hacer un balance entre ellas y yo. Hasta ahora, no ha fallado.

Antes del programa solíamos —o solía— practicar las nuevas competencias, entrenar con nuestro equipo o con un grupo de amigos. Ahora, simplemente entreno sola en un gimnasio aparte. Hago estiramientos antes de que salgamos en vivo; a veces, el capitán me acompaña.

Esta temporada se siente completamente distinta a las anteriores. Cuando nada te distrae, las estructuras y las competencias pueden dar miedo. Son estructuras de hierro y metal, diseñadas para sobre exigir el cuerpo.

Cuando los conductores empiezan a gritar, sé que llegó la hora. Estoy en la primera y en la tercera competencia del día. Me acomodo el uniforme deportivo y ajusto el casco mientras observo lo que tengo enfrente.

Una trepadora de metal de cinco metros de altura conduce a un sendero de tablas de madera en cubos elevados, donde solo dependes de ti y de tu equilibrio. Al final del recorrido, hay que

tomar una bandera del color del equipo, regresar por el mismo trayecto y subir por una cuerda hasta alcanzar la campana.

Todo esto con arneses, equipos de seguridad y paramédicos cerca. No es fácil ni del todo seguro, pero es un show de entretenimiento. Llevo varios días sin lograr destacar en los desafíos que enfrento.

«Verlo como un deporte». El consejo de Denver es lo último que recuerdo antes de que el silbato del árbitro anuncie el inicio.

Diez minutos en juego. No estoy sola; varias personas de mi equipo compiten, y a mí me toca salir primero, al mismo tiempo que la chica del equipo amarillo.

Trago grueso. Intento no fijarme en la distancia que ha recorrido la otra chica, pero es inevitable. Mis manos se aferran con firmeza a la trepadora de metal. El arnés ajustado a mi cintura y el equipo de seguridad me dan la tranquilidad necesaria para concentrarme.

Sé que el equilibrio es esencial en este recorrido. Con eso en mente, alzo la vista hacia el sendero de tablas que me espera.

Paso a paso, avanzo con calma sobre los cubos elevados. La tensión en mis piernas es un recordatorio constante de cada movimiento, pero mantengo la respiración estable y mis pensamientos claros. Siento el roce del viento, escucho el crujido de la estructura bajo mis pies y dejo que esos detalles me guíen.

Llego a la bandera de mi color y la recojo con seguridad. En el camino de regreso, me aseguro de plantar bien cada pie antes de dar el siguiente paso. La estabilidad está en mi control, y cada movimiento calculado me devuelve al inicio sin prisa, sin tropiezos.

De vuelta en tierra firme, miro la cuerda que debo escalar. Respiro hondo, enciendo mi enfoque y me impulso hacia arriba. Con un esfuerzo sólido, alcanzo la campana y la hago sonar. No hay tiempo para festejar ni pensar; debo bajar rápido para dar paso al siguiente competidor, tomar un respiro profundo, un trago de agua y volver a formar fila, porque pronto tendré que repetir la pasada.

Mis movimientos son más ágiles la segunda vez, más rápidos. Paso por el sendero de tablas, concentrada en mantener el ritmo y, sin apenas pensarlo, agarro la bandera y regreso. Me arden las manos al subir la cuerda, aunque no me importa mucho hacerme daño. Casi no alcanzo la campana; debo dar un pequeño salto para hacerla sonar y luego dejarme caer al suelo para que el siguiente salga.

Esa competencia la ganamos.

—¡Vamos! —grita el capitán cuando anuncian nuestra victoria. Eleva el brazo para chocar los cinco, pero no tengo fuerzas para corresponderle—. Estuviste bien. Al fin has conseguido concentrarte otra vez, por lo que veo. Ya no me siento culpable por aceptar tus manipulaciones.

—Felicidades, tonto —digo sin aliento, con la botella de agua fría resbalándose entre mis dedos.

—Dependemos de ti.

—Y de ti.

—Nosotros somos el rojo. —Se golpea el pecho—. Te quiero ver diez veces mejor para la segunda competencia, te lo advierto.

Me recuesto en la silla mientras pasan la propaganda del programa. Me tomo un momento para relajarme. Respiro hondo, cierro los ojos un instante y dejo que el sonido ambiente se disuelva un poco. Es un descanso breve, pero lo aprovecho como si fuera oro. Pronto me vuelvo a poner el casco, ajusto la cinta y me preparo para la siguiente ronda.

Observo a mi capitán mientras se lanza al agua y estudio cada uno de sus movimientos. No

pienso en el show ni en las cámaras. Me lo repito: esto es deporte, no un espectáculo. Me concentro en mi cuerpo, en la tarea que tengo frente a mí.

Los turriles pequeños son una de las peores pruebas del programa, incluso para él y para mí. Trato de memorizar su técnica mientras escucho su campanada. Es mi turno.

Espiro hondo y me sumerjo. El agua está fría, un golpe que me despierta al instante, pero también me desconcentra un poco al principio. Bajo la barrera tejida, apenas tengo espacio para levantar la cara y respirar. Cada centímetro cuenta, y siento la presión de mantener el ritmo. No me siento completamente en control del agua; es como si me empujara en todas direcciones, queriendo arrastrarme con ella.

A pesar de eso, avanzo. El turril está justo frente a mí, y mi tarea es moverlo a través de los agujeros. Los primeros intentos son torpes, y el agua parece resistirse, pero me esfuerzo en coordinarme. Pronto empiezo a entender su flujo, el ritmo que debo seguir para que el turril pase. Me muevo despacio, pero con más confianza, asegurándome de mantener la cabeza lo justo para no perder aire.

Por fin consigo pasar el turril y salgo de la piscina, respiro con alivio y siento una renovada energía. Me lanzo al suelo para el siguiente tramo, avanzando bajo los molinetes sin pensarlo demasiado. Mis brazos y piernas responden rápido. Estiro el brazo; la cola de la campana casi se me escapa de los nervios y la velocidad con la que intento tocarla, pero lo logro y el capitán sale disparado de vuelta. Es una competencia de parejas.

Corro a mi posición. Estoy un poco orgullosa de mi capacidad bajo el agua, pero decido no confiarme todavía. Veo al capitán deslizarse, raspándose la piel bajo los molinetes. Aún hay mucho que aprender.

Ahora ya conozco el trayecto; el agua, en lugar de frenarme, parece invitarme a moverme más rápido. Me sumerjo de lleno y avanzo con seguridad bajo la barrera tejida, aprovechando cada brazada sin perder el ritmo. No me da miedo quedarme sin aire. Lucho contra el agua, pero la pelea ya no está tan desnivelada.

El turril se convierte en un desafío menor. Mis manos lo manejan con destreza, pasándolo por los agujeros del tejido sin esfuerzo. Me dejo llevar por esta sensación y avanzo sin detenerme.

Al salir de la piscina, me tiro al suelo, impulsándome sin reservarme bajo los molinetes. No hay espacio para la precaución; dejo que la adrenalina me guíe, deslizándome con velocidad y soltura. Y cuando la campana finalmente está al alcance, la golpeo con determinación. El capitán grita algo antes de lanzarse a la piscina como si fuera un simple charco.

No quiero que la competencia termine, quiero volver a hacerla. Los segundos que tarda mi compañero son desesperantes porque quiero mejorar mi técnica, probar cosas nuevas, ponerme a prueba bajo el agua. Esto deja de ser agotador y se convierte en una dosis de adrenalina que necesito otra vez, automáticamente.

Mi cuerpo lo pide con euforia. El otro equipo y la victoria dejan de importar.

Lo irónico es que, después de ese pensamiento, solo voy más rápido. Con menos errores. Con más garra.

No pienso. No tengo en cuenta el exterior. No me detengo ni un segundo hasta que los parlantes cercanos y el abrazo de mi equipo me indican que ganamos el día. Dos campanadas de diferencia con el equipo amarillo, una hazaña difícil en competencias tan cerradas como esta.

Festejo con ellos, pero mi cerebro aún no ha apagado el efecto de la droga. Me siento como si pudiera mover una montaña. Nunca había visto al capitán tan feliz. Bueno, quizá solo cuando llegó a la semifinal la temporada pasada… hasta que tuvo que retirarse por una lesión.

Está echando fuegos artificiales. Yo solo lo aliento por inercia, hasta que la luz de “en vivo” se apaga y recupero la conciencia.

—¡Estuviste como loca! —exclama divertido—. ¡¿Qué demonios?! ¿Te poseyó el diablo?

Me limito a reír. Es ahora cuando el cansancio de la competencia me golpea. Siento como si me hubiera arrollado un tren y necesito sentarme para no caer de rodillas. Nos han dejado solos en el pasillo de los camerinos.

—Gracias. Tú también eres excepcional, perdona por no decírtelo más seguido.

Su sonrisa se ensancha.

—Aunque no lo creas, significa mucho para mí viniendo de una bicampeona.

—Serás campeón pronto —aseguro—. El resto no está a tu nivel.

El capitán me ofrece su mano para ayudarme a ponerme de pie otra vez.

—Tú tricampeona.

—¿En serio lo crees?

—Si vas con la actitud con la que te arrojaste a la piscina hoy, ni lo dudo.

—Esto hay que celebrarlo —chillo.

—Vamos a nuestra pizzería. Yo te llevo, si no le molesta a Denver. De hecho, ¿por qué no lo invitas? Sería una forma bonita de conocerlo sin gastar mis ahorros de toda la vida en un pasaje a los próximos Juegos Olímpicos.

—De hecho, él no está aquí ahora.

—Oh... —Su estado de ánimo se apaga un poco—. Será en otra ocasión.

—Quizá podemos llamarlo —lo animo—. Estoy segura de que no le molestaría hacer una videollamada con nosotros.

—Joder, me siento rodeado de celebridades.

—Sabes que tú también eres uno de los más queridos de esta temporada, ¿verdad? —Tomo mi mochila con mi ropa casual—. De hecho, eres tú quien se está arruinando hablando conmigo cuando todos aquí me detestan.

—Yo no me dejo guiar por el chismerío. Si eres buena competidora, te quiero de mi lado. Así de simple.

—En ese caso, espérame en el estacionamiento. Ya salgo, yo invito la pizza.

El restaurante está casi vacío cuando llegamos. No es muy popular y, de forma egoísta, nunca subimos fotos de que estamos aquí para que no nos roben nuestro pequeño trozo de Italia en las afueras de la ciudad. Es un salón de alquiler viejo, decorado con pósteres de películas antiguas e impregnado con aroma a pizza recién salida del horno.

Nos sentamos en la mesa cerca de la caja registradora. Siempre hacemos el mismo pedido de mozzarella simple, solo que esta vez es tamaño mediano y no gigante extrafamiliar como cuando venimos a celebrar con el equipo rojo entero.

Utilizo la botella de refresco que nos dejan mientras se prepara nuestro pedido como trípode.

—¿No lo tienes agregado con un corazón? —cuestiona el capitán.

—No, es que lo agregué rápido y se me pasó —suelto con naturalidad, sin darme cuenta de lo que acabo de decir.

—¿En dos años de relación no has tenido tiempo de cambiarlo? —cuestiona, confundido.

—Eh… —Suelto una risita nerviosa—. Lo hago ahora.

Entro al chat. El chat con Denver. Ya saben, mi pareja.

Con quien intercambio, como máximo, diez mensajes al día y de la forma más profesional posible.

Me apresuro a deslizar y cambiar el contacto a “Mi amor <3”, pero me siento incómoda. El

capitán me conoce bien cuando actúo bajo presión. Ruego que la pizza llegue ya para no tener que lidiar con su contacto visual.

—Nunca me contaste de él. ¿Cómo es que se conocieron?

—Pues… —No recuerdo qué establecimos—. Por las vueltas de la vida, ya sabes.

—¿Has ido a visitar a su familia en su país?

No sabía que su familia no vivía aquí.

Pero decir que no lo he hecho en dos años de relación sería demasiado sospechoso.

Mierda. Puedo ver al capitán juzgándome a través de su sonrisa.

—Sí, por supuesto.

—¿Y te ha gustado Ámsterdam?

—Eh…

Estoy segura de que Denver no era de allí y mucho menos su familia.

La pizza llega en el momento exacto, pero el aura borrosa se queda y sus dudas también.

Le ruego a Denver que conteste, pero ni siquiera está conectado.

Joder.

—Soy Milán, por cierto. Deja de decirme capitán. Somos amigos, Galilea —dice con la boca llena de queso.

—Milán… —pronuncio lento—. No me acostumbraría, capitán.

—Acostúmbrate, porque si alguna vez tengo la oportunidad de hablar con Denver, quisiera que me diga así. Soy un gran fan suyo.

—Pensé que eran amigos. Dijiste que…

—Mentí. Solo quería poder hablarle y, quizá, un autógrafo.

—Ah, claro. —Fuerzo una risita—. De verdad, intentaré llamarlo otra vez. Debe estar en la ducha o…

—No hace falta. —Frena mi mano cuando intento encender mi teléfono—. Debe estar ocupado, no lo saques de un trabajo para meterlo en otro.

El hecho de que le dijera “trabajo” a que llamara a mi novio pasó desapercibido en ese instante.

—Gracias.

—Gracias a ti, Gali. Ganamos. Eres mi mejor competidora y espero que podamos ser un equipo de ahora en adelante.

—¿Por qué odiamos al amarillo?

—Porque quiero que ganes. Y, por supuesto, sé que, si somos un dúo en las individuales, pasaremos a la final.

—Vas a ganar esta temporada —aseguro, tomando otro trozo de pizza.

—Eres la primera persona que cree en mí para ello. No lo voy a olvidar. —Me sonríe con cariño—. No tienes por qué preocuparte. Soy una persona muy reservada con… nuestros secretos.

CAPÍTULO 12

"Pienso, luego existo"
—Descartes

Denver regresó un par de semanas después; no gastó ni una hora más en ese lugar. Mi representante insistió en acaparar todo lo que pudiéramos en este tiempo clave antes de los juegos y de las individuales. No recuerdo cuándo fue la última vez que salí sin maquillaje o que mis ojos no se encandilaron con las luces de un estudio.

Estamos en una entrevista en el canal rival del que transmite el reality. Hacen un paneo sobre los competidores olímpicos de nuestro país y hablan de nosotros cada vez que deciden que aquello necesita aprovecharse con un poco de salseo.

—Por favor, si la producción nos puede poner la evidencia de estas candentes fotografías de la campaña… —Siento mi corazón detenerse por un segundo cuando, en una pantalla de cinco metros, colocan la foto donde estoy montada encima de Denver—. Podemos ver la química entre ustedes. Cuéntanos, Galilea, ¿cómo ha sido tu experiencia grabando por primera vez con tu pareja?

—Fue… ejem, fue muy agradable. Denver es muy educado y considerado. Además de esta escena, hay escenas en el agua que a mí me costaron bastante. Él se hizo cargo de la gran mayoría de tomas.

—Podemos ver que Denver estaba muy emocionado de tenerte allí. —Ríe la periodista.

—Bueno, ambos lo estábamos. —Fuerzo una sonrisa—. El equipo de producción es una maravilla.

—¡Uy! ¡Denver realmente lo estaba! —chilla una presentadora cuando cambian la foto.

El rostro pálido de Denver a mi lado es todo lo que necesito para entender que aquello que quisimos ocultar no estaba tan oculto. Boquiabierta, observo la toma en la que se ve con claridad cómo mi cadera reposa sobre él. Tengo las manos en sus hombros y, pese a que intenta disimular sus nervios, su expresión lo delata: me mira a los ojos.

Me muerdo el labio inferior, presa del pánico. Sé que todas las cámaras están sobre nosotros, todos los ojos también. Mi mirada baja, aterrada, al final de la foto, donde sus manos están en mi cintura. De lado, se ve a la perfección cómo un bulto se levanta debajo de mí. Está bastante marcado, la tela del traje de baño, en lugar de ocultarlo, lo resalta como una malla de látex con color. Es tan notorio que han tenido que censurarlo para las cámaras.

Las mejillas de Denver están rojas, demasiado. Es preocupante.

Tampoco es que yo tenga mucha labia para salir de esta situación. Siento que me voy a morir de vergüenza.

—¡Ay, pero no les hagan eso! —Ríe la presentadora—. A ver, son novios desde hace dos años, es lo más normal del mundo.

—En realidad… —Tomo una larga respiración—. No estaba pasando nada allí, nada de nada. Es una reacción natural del cuerpo por los movimientos y el roce que había. Por favor.

—¿Quieres comentarnos algo de esto, Denver?

—Lo que sea que mi novia diga será mi opinión.

—¡Ay! ¿Acaso no es el novio perfecto? —Ríen las señoras del canal—. Vamos, dinos algo sobre tu novia, que al parecer logra mover cada sentido de ti.

—Galilea es espléndida, no solo físicamente. Es una persona increíblemente admirable en su actuar, en su pensar y en su trabajo. Ha sido toda una experiencia maravillosa. Estoy encantado de haber tenido la sesión de fotos con ella.

—Awww.

—No puedo evitar que todo de mí le pertenezca, ella lo controla y se puede notar. Así que lo siento por eso.

«Trágame, tierra».

Siento una sensación extraña en el estómago, una especie de calor en espiral que crece entre mis piernas. Aprieto los muslos en mi silla. Nerviosa, trato de darle una palmada en el brazo que no me haga parecer una planta incómoda a su lado, pero él extiende el brazo, toma mi mano y entrelaza nuestros dedos.

—Por favor, mi novia tiene un montón de cualidades de las que hablar. Si tenemos que fijarnos en algo que ascienda, que sea su carrera.

La entrevista es un éxito. Pareciera que las personas allí fueran nuestros amigos íntimos. Pese a la grave situación, no es incómodo. No cambiamos mucho el tono del programa, y se encargan de que al menos sus bromas intenten ser graciosas para nosotros.

El pobre de Denver está sufriendo, lo puedo ver en sus ojos, en su lenguaje corporal increíblemente tenso. Pero da lo mejor de sí, intenta que yo resalte. Eso es nuevo para mí.

Tengo que cerrar el programa de buena forma. Está claro que él no sabe qué hacer y debo tomar las riendas del asunto. Luego de un par de comentarios, aprieto con fuerza el micrófono.

—En realidad, creo que, pese a que quisiéramos mantener nuestra relación privada, esta exposición, desde el lado de Denver, es muy buena. Hay un gran desconocimiento sobre los deportistas que participan en concursos de alto rendimiento, tanto del mismo atleta hacia quienes pudieran ayudarlo como de los aspirantes que no sabían que participar, triunfar y vivir estas experiencias estaba a su alcance —carraspeo—. Ahora, con el apoyo del público, es mucho más lindo ver cómo las personas pueden conectar de esta forma con el deporte, algo que perdimos cuando la inmediatez de las redes sociales empezó a impulsar nuevos intereses no tan sanos para la juventud.

Denver me mira a mí, a pesar de que tiene cuatro cámaras intentando captar su atención. Me regala una sonrisa de labios sellados.

—Gracias.

—Es la verdad —considero, con todo el respeto hacia mi profesión y mis colegas. Pongo una mano en mi pecho—. Si promoviéramos a personas como tú, disciplinadas, con un estilo de vida saludable, responsables, educadas y comprometidas con sus metas, las cosas en la sociedad moderna estarían mucho mejor.

—¡Así se habla, Galilea! —dice una de las señoras.

Vamos a la pausa comercial. Todos toman un descanso para beber agua, moverse de sitio o retocar su maquillaje.

Denver se inclina desde su silla hacia mí, aparta mi cabello y me susurra al oído:

—No tenía idea de que pensaras tan lindo de mí.

—Siempre he pensado eso de ti. Es bastante obvio.

Siento su aliento sobre mi cuello, mi presión se dispara. Trago grueso.

—De hecho, no lo es. Así que gracias de vuelta.

—No tienes por qué agradecerme por decir la verdad.

—La verdad, desde tu boca, es mil veces mejor. Es mil veces más satisfactoria de oír, te lo aseguro.

—Gracias, Denver.

—Tú también eres increíble. Yo te admiro muchísimo.

Pese a todo, nuestra conexión es super dulce y me muero de felicidad por ello. Somos amigos por encima de compañeros de trabajo. Somos una amistad muy unida porque nos entendemos y nos respetamos. Yo siento un cariño genuino por él.

Tengo el impulso de decirle: «te quiero».

—Somos un equipo de muerte. —Le ofrezco un choque de puños.

—Lo somos.

CAPÍTULO 13

“Nada es más libre que la imaginación humana”
—David Hume

El espray de maquillaje a veces me hace sentir como si me quemaran la cara. Es refrescante, solo que, a veces, siento que no puedo hacer expresiones.

Las extensiones de pestañas pesan sobre mis párpados. Siempre tengo un poco de miedo de que el brillo me entre en el ojo o de que mis labios tengan una reacción alérgica al gloss. Las luces del cuarto de maquillaje me encandilan. Desde mi asiento, percibo el aroma del bronceador que intentan venderme para que tenga “marcas de bronceado” para la toma.

El programa tiene como financista principal a la empresa de refrescos más popular del país, a la que le encanta la temática veraniega y una buena polémica. Este año se decidió que estuviera presente en el carnaval, aunque, con el paso del tiempo, en esta época del año no es ni la mitad de beneficioso que podría ser en otros países.

Es una oferta que no pudimos rechazar.

No obstante, viendo el temor en la mirada de Denver cuando la maquilladora acerca la cuchilla a sus cejas, creo que se está arrepintiendo.

Él tiene —o tenía— las cejas pobladas y desarregladas. Con el cabello claro, eso no se nota mucho. No tiene barba y, a juzgar por su corte rapado, no parece preocuparse demasiado por esos temas.

—¿Quieres que te contorneemos los pómulos? —ofrece la maquilladora mientras limpia el rostro de Denver—. Te puedo dejar un estilo muy natural si lo deseas.

—No, gracias.

—¿Seguro? Esto estará en varias propagandas de televisión. Yo querría aprovechar todas mis armas…

—Estoy bien, se lo agradezco —reitera.

—Es que no quiere opacarme —explico, cerrando los ojos para que reacomoden mis pestañas otra vez—. Suficiente con que no lo alcance en estos tacones gigantes.

—Este no es el momento para ser humilde —me contesta, y aunque no pueda verlo, sé que está sonriendo.

—Es más, retóquenme el iluminador —bromeo—. Se supone que yo iba a ser la única de los dos en esta publicidad, junto con todo el plantel.

—Lo siento, tienes que compartirlo conmigo ahora.

—De hecho, la peor parte no es esa, sino compartirte. —Se me escapa una risita.

—Es tu culpa, tú me has puesto en foco, amor.

Amor.

Vale.

Con que así estamos jugando.

Interesante.

La señora que está con nosotros suelta un suspiro, lo cual es mi señal para levantarme a buscar el cambio de ropa que nos dieron.

Denver hace lo mismo, al mismo tiempo. Parece que solo me estaba esperando. El plantel entero nos ve ingresar al cuarto juntos, y la persona que estaba estilizando a los demás sale ante nuestra llegada.

Tomo el vestido del perchero y doy media vuelta para buscar la cortina del vestidor, hasta que me doy cuenta de que este cuarto *es* el vestidor.

Denver tiene que cambiarse la camiseta. Ya se había apresurado antes.

—Ejem… —Me aclaro la garganta.

—Ya salgo —farfulla, recogiendo sus demás accesorios en una mano.

—¿No crees que será raro que salgas para que me cambie? Se supone que…

—Me da igual.

—A mí no.

—¿Entonces qué quieres hacer?

—No lo sé. Date la vuelta.

—Como quieras.

Nerviosa, me subo el vestido por abajo para que no se manche con mi maquillaje o arruine el mismo. Oigo a Denver cambiándose, el sonido de un cierre bajándose y una prenda descolgándose de su percha. Me siento demasiado autoconsciente de mi cuerpo como para estar cómoda, así que intento apresurarme en colocarme el vestido.

Es un corsé de hilo con una falda larga y un tajo que se enreda entre mis piernas. Lucho para que la última parte del torso pase por mis caderas cuando, en un susurro, me informa que ya ha terminado. Sus pasos dejan de oírse. Se ha quedado quieto.

¿Está de espaldas a mí, mirando la pared, o… mirándome a mí?

Mi imaginación me está torturando.

Los nervios me hacen actuar como una tonta. Tengo menos paciencia con el vestido, que solo se enreda y se adhiere a mi cuerpo sin dejarme subirlo. Llevo un adhesivo de pétalo para usarlo sin sostén sin que se vea de más, pero eso no me hace sentir menos desnuda. La idea de tenerlo con los ojos fijos en mi espalda mientras yo doy saltitos intentando entrar en mi atuendo hace que deje de respirar con normalidad.

—Joder… ¡Mierda! —maldigo cuando me hago daño en una uña al tratar de meter los dedos bajo la tela y tirar de allí.

Dejo escapar un suspiro desesperado. Intento pensar en algo, en una solución. Elevo la cabeza y, de pronto, me percato de que hay un espejo de cuerpo entero justo enfrente de mí.

Mierda.

El calor sube de manera instantánea a mis mejillas. Finjo intentar tomar algo de entre las perchas para salir del camino y ver qué está haciendo Denver.

Aunque, en lugar del panorama aterrador que me había imaginado, él solo está doblando su ropa, mirando fijamente una esquina de la pared.

—Maldita sea —musito.

—¿Estás bien? —pregunta él—. ¿Necesitas ayuda?

—Uh… Yo…

—¿Puedo darme la vuelta? —pregunta con una suavidad nueva para mí—. Puedo taparme los ojos si quieres. Tengo una corbata. La puedo usar para cegarme.

Cruzo los brazos sobre mi torso y doblo el cuello para mirarlo. Tiene la corbata atada alrededor de la cabeza, cubriéndole la vista.

—¿Quieres? —insiste.

—Sí, la verdad es que necesito ayuda —admito, derrotada—. A ver, quédate justo allí. Yo te diré qué hacer y qué sostener.

—Sin problemas.

Él junta sus dos manos detrás de la espalda. Da un paso al costado, y yo corro a ponerme enfrente suyo.

—Es el corsé, la parte de abajo es demasiado pequeña para pasar por mi cadera. Si lo fuerzo, voy a romper la tela. Entonces, lo que necesito es que agarres un lado con ambas manos, yo el otro, y lo estiramos lento hacia arriba. ¿Entendiste?

Denver asiente y me muestra sus palmas. Tomo sus muñecas para guiarlo al sitio donde quiero que sus dedos sujeten la tela con fuerza.

—Coge un poco más. Si la fuerzas desde las esquinas, la puedes desgarrar. Una vez cuente hasta tres, le das, ¿entendido?

—Entendido, capitana.

—Tonto.

—A veces.

Contengo la respiración, intento estirarme para hacerme más pequeña y le grito que lo haga. Ambos nos esforzamos y tengo muy en cuenta cómo agarrar la tela. Doy pequeños saltitos, soltando ligeros jadeos con cada uno, hasta que, por fin, luego de que mi piel salga un poco lastimada, entra.

—¡Listo! —anuncio feliz.

—¿Puedo quitarme esto ya?

—Dame un segundo, me acomodo las tetas.

Denver aparta sus manos de mí como si estuviera hecha de fuego, y su reacción me hace soltar una carcajada.

—Gracias. —Ríe al terminar de acomodar el corsé—. Me voy a mi lado. Ya puedes terminar de acicalarte, que debemos salir en cinco.



Quizá debí haberme pensado mejor la temática. Me siento acomplejada con este escote y Denver, sin duda, no está disfrutando las poses que le están indicando hacer.

Estoy parada en el centro del estudio, sintiendo el calor de las luces. Me cuesta ver a través de lo cargadas que están mis pestañas postizas. Mis manos descansan a los lados, pero cada tanto las muevo, jugando con el vuelo del vestido. Escucho al fotógrafo dándonos indicaciones mientras trato de mantener mi expresión relajada, aunque por dentro siento que estoy haciendo el ridículo.

—Acérquense un poco más —dice el fotógrafo.

Él da un paso hacia mí. Siento su mano apoyarse en mi cintura, ligera, respetuosa. Yo levanto la mía, colocando los dedos apenas sobre su hombro. No sé si se nota, pero me concentro en no parecer rígida. En mi cabeza, repito: «Respira, sonríe, relájate».

En una pausa, me arreglo el cabello mientras él hace lo mismo con su camisa. Nuestras miradas se cruzan otra vez y sonrío, aunque no sé muy bien por qué. Me esfuerzo como nunca en no mirarlo demasiado, en no fijarme en sus músculos, en su abdomen cuando le hicieron quitarse la camisa y, mucho menos, en si su mirada está puesta en alguna parte de mí.

Tomo mi teléfono un segundo. Tengo tres notificaciones del capitán. Bueno, de Milán, quien no suele escribir.

Debe ser algo serio.

Capitán: *¿Viste lo que esta dijo de nosotros?*

Que se joda. De verdad, cómo les encanta crear polémicas innecesarias. Está tratando de colgarse de ti, no la dejes.

Hay un video adjunto.

En el clip de 2:31 minutos, Naive, la mejor competidora del equipo amarillo y, por ahora, una de mis mayores contrincantes, responde unas preguntas sobre el dúo del capitán y yo. Dice que él es bueno, pero que no es competencia para ella, y que yo estoy “fuera de forma” y soy demasiado escuálida como para confiarme tanto.

Trago grueso. No es solo esa palabra. Describe en detalle las debilidades que le ve a mi cuerpo, en mis piernas, en mis brazos. De forma vaga y “casual”, intenta recordarme que ella es mejor que yo. Y, aunque el entrevistador le recuerde que soy campeona, ella insiste en que ya no tengo “la suerte” de mi lado y le guiña a la cámara.

Se me revuelve el estómago. Ni siquiera puedo transmitir mi dolor en la expresión antes de que me llamen para otra foto.

Todo sigue igual. Las mismas voces, los mismos fotógrafos. Denver sigue siendo tan atento y respetuoso como antes, pero ahora no puedo dejar de pensar en mi cuerpo. En si mis brazos tienen flacidez porque me sobra piel. En si en mi torso se notan demasiado mis huesos. En si no soy lo suficientemente alta para alcanzarle la mirada o si parece que él sostiene a alguien que no está a su altura cuando estamos juntos.

Puedo fingir con mi sonrisa, pero el brillo se ha disipado de mis pupilas. Denver lo nota al instante.

—Galilea. —Me pasa una botella de agua.

—Dime —respondo al desenroscarla por él. Pensé que eso quería.

—¿Qué te dijeron? —Ladea la cabeza hacia mi teléfono. No se ve contento—. Vi que te cambió la cara cuando viste un chat.

—¿Estabas espiándome?

—Responde mi pregunta primero.

—Una… una chica del programa dijo algo sobre mí y se me quedó en la cabeza. Eso es todo.

—¿Sobre ti? ¿Tu personalidad? ¿Tu forma de competir? Hay que tener ovarios para criticar a la vigente campeona.

—No, no. Mi cuerpo —murmuro—. No es importante.

—Ha cambiado por completo la forma en la que actúas. Confía más en ti, que yo dependo de ello —me anima—. Terminemos con esto y luego hablamos de eso.

—Lo siento. Me concentraré más, lo haré mejor.

—Ya eres inigualable —responde, moviéndome bajo una de las luces y llamando al

fotógrafo.

Oigo los cliqueos, veo los paneles pasar, y Denver no suelta mi rostro de sus manos, obligándome a mirarlo. Provoca que ya no pueda pensar en lo que me atormentaba. Tengo nuevas tormentas que manejar, y el cielo oscuro de sus ojos amenaza con empaparme.

En una de las tomas, se acerca tanto que juraría que va a besarme. Intento separarme, pero su mano en mi nuca me detiene, así que me limito a elevar un poco la barbilla y cerrar los ojos. Es el momento en el que más calor siento, con todos los focos a centímetros de nosotros.

No posa sus labios sobre los míos, pero estuvo tan cerca que puedo olfatear el aroma de su protector labial y sentir su aliento fresco rozándome la piel.

Tengo miedo de lo que sea capaz cuando, por fin, deje de tenerme miedo.

Por ahora, lo único que me aterra es que me suelte.



Estoy envuelta entre mis sábanas cuando un sonido me alerta. Me duelen los ojos. La verdad es que lloré un poco en la noche, así que los tengo hinchados. Suelto un largo quejido de sufrimiento mientras extiendo el brazo en busca del teléfono.

¿Ya suena la alarma? No recuerdo haberla programado tan temprano. Siento que no he dormido nada.

Un momento… Ese no es el tono de mi alarma…

—¿Pasa algo? ¿Hola?

—Vi el episodio de ayer.

—¿Y qué con eso? Son las seis de la mañana, Denver. Dime si ocurre algo.

—Estoy en el lobby de tu edificio. Tienes quince minutos para bajar y ya deberías haber tomado algún batido para entonces.

—¿Qué?

—Quince minutos. Ya son trece. Voy a subir, te lo advierto.

—Estás bromeando, ¿no?

—No. Doce minutos ahora. Baja, Galilea.

—Denver… —Me froto los ojos y me despego de mis suaves, cómodas, increíbles sábanas.

—Ok, voy a subir. Y voy a golpear tu puerta insistentemente. En fin, diez minutos, Galilea. Contador en marcha.

Cuelga.

No puedo procesar lo que acaba de decir cuando los intensos golpes en mi puerta comienzan. Me tapo los oídos con la almohada, pero son tan insistentes que no tiene sentido intentar ignorarlos.

¿Cómo llegó tan rápido? ¿Ya estaba en el pasillo o me dormí diez minutos sin darme cuenta?

—¡Abre, cobarde! —exige.

—Odio tu versión confiada.

—No me importa. Abre.

—¿Qué se supone que quieres hacer? Déjame, se me pasará en una semana y en un mes lo olvidaré.

—Si realmente te importa y afecta, no se te olvidará. Y aunque lo haga, las personas siempre

pueden opinar sobre tu cuerpo. Si me preguntas, no tienes ni un centímetro que pueda criticarse. Pero si lo que quieres es ser un poco más funcional en el reality, entonces…

—¿Entonces qué? —pregunto, confundida, mientras me levanto soñolienta para abrirle la puerta.

—Entonces tengo un par de consejos sobre tu rutina de entrenamiento, alimentación y descanso.

—Esto es un chiste, ¿no?

Tiro del picaporte. Al otro lado hay un Denver bien vestido, con un bibliorato cargado de papeles en una mano y una bolsa de supermercado que debe pesar al menos seis kilos en la otra.

—No. —Niega con la cabeza.

—Estás loco.

—A ratos.

—¿Compraste todo eso para mí?

—Para nosotros.

—¿De dónde sacaste estas copias?

—Las imprimí ayer en la noche mientras consultaba con mis amigos sobre dietas y consejos. No te preocupes, son profesionales de la salud.

—Estás mal de la cabeza.

—Quizá. Pero ¿sabes qué también estoy?

—¿Qué?

—Ansioso porque hagas callar a la gente de ese programa de mierda.

Su vocabulario me sorprende. Abro los ojos de par en par y suelto una carcajada.

—Vale. Muéstrame qué traes.

—Lávate los dientes, la cara, come esto —me ofrece una manzana roja— y vístete. Vamos a salir.

—¿A las seis de la mañana?

—Pff. Ya vamos tarde.



El viento sopla suave, moviendo las altas hierbas que cubren lo que alguna vez fue un sendero de piedra. El parque al que Denver me ha traído parece perdido en el tiempo. Tengo cuidado de no tropezar con raíces que han roto el concreto de viejas banquetas.

Los juegos infantiles están oxidados, los asientos rotos y no hay ni un alma cerca. El único sitio que no se ve tan abandonado es la pista de baloncesto. Aunque el pavimento esté un poco sucio, el césped en los bordes está bien cortado y la canilla de agua, limpia.

—¿Qué es esto?

—Es mi secreto —responde Denver, sonriente.

—¿Un patio baldío en medio de la nada? ¿Por qué nadie viene?

—Porque no estamos en la zona más sociable ni amante del aire libre del mundo. Y bueno, la mayoría de este sitio está consumido por el tiempo. Ya estaba así desde hace años, según Salvador. Él vivió aquí toda su vida.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Siempre estuvo en decadencia, pero creo que es un sitio muy lindo que simplemente requiere atención. Es inmenso.

—Eso veo —comento, dando una vuelta de 360 grados para apreciarlo mejor.

—Y eso que no has visto lo mejor. —Con cuidado, posa su mano en mi espalda—. Acompáñame.

—¿A dónde?

—Detrás de esos árboles.

Lo sigo, un poco dubitativa. Así empiezan las películas de terror y quizá no habría aceptado que me guiara si no fuera porque es de mañana, el cielo está increíble y el sol empieza a molestarme. Los grandes árboles crean una sombra tan fresca que, una vez la cruzamos, no quiero salir.

Al otro lado hay una especie de circuito deportivo: pasamanos, barras paralelas y carruseles manuales. Están limpios, el terreno despejado de malezas y pareciera que hace pocos días les dieron una capa de pintura.

—¿Cuándo lo hiciste? —pregunto. Sé que fue él.

—Hace unos días. Suelo venir a correr en la pista, así que eso no fue nuevo. Pero esto sí, y me pareció un poco similar a lo que tú sueles hacer. Además, estaban en buen estado, solo sucios. —Dice mientras intenta mover uno de los pasamanos.

—Son para niños.

—Todos tenemos un niño interior. Es el que te hace amar el deporte.

CAPÍTULO 14

"Cuanto más nos elevamos, más pequeños parecemos a quienes no saben volar"
—Friedrich Nietzsche

Me despierto de golpe, confundida y con el corazón latiendo a mil. Estoy en una cama que no es la mía. La habitación está medio oscura, pero reconozco el desorden y los pósteres en las paredes. Es la habitación de Denver.

Me incorporo en la cama; el cuerpo me pesa y la cabeza me da vueltas. Mis ojos se clavan en la camisa de Denver tirada en el suelo, y un pánico frío me recorre.

¿Qué hice anoche?

Trato de recordar, pero mi mente es un vacío inquietante. Recuerdo estar con él, riéndome; salimos a un parque… pero después de eso, nada.

Miro la cama desordenada y mi respiración se acelera. La idea me golpea como un martillazo. Siento el cuerpo adolorido, como si me hubiera atropellado un tren, pero a la vez sigo cansada. Me escuecen las piernas y los brazos.

Mi piel está pegajosa, como solo puede estarlo alguien que durmió empapado en sudor. Mi cabello se pega a mi rostro, enmarañado. Una de las almohadas está en el suelo.

Dios mío.

Por un instante, imagino lo peor y casi me desmayo del pánico.

Pero al mover las sábanas, veo que aún llevo mi ropa deportiva y mis neuronas entran en cortocircuito intentando ayudarme a recordar. Cuando por fin lo entiendo, estallo en una carcajada. Justo entonces, él entra en la habitación.

—Despertaste. Qué bien, me preocupaba que… ¿por qué estamos riendo tan temprano? —pregunta divertido—. No es una queja, solo curiosidad.

—No, nada —farfullo, nerviosa.

—Vale. Pues ayer te quedaste dormida en el parque, en la banqueta. Te descuidé un segundo y, cuando me di cuenta, ya estabas fuera. Intenté despertarte, pero no funcionó, así que simplemente decidí cargarte hasta tu departamento. Luego noté que el mío quedaba más cerca y, bueno, ya tengo mis llaves, así que era un problema menos. Lo lamento si te incómo…

—No, no, está bien. Lo siento por quedarme dormida. Gracias.

—Pensé en dejarte en el sitio de renta de habitaciones más cercano, pero entrar a un motel por segunda vez contigo… eso suena sospechoso. Si la última vez firmé un noviazgo, no quería convertirlo en matrimonio. No me malinterpretes, ¿eh? Es que soy muy joven.

—Gracias, Denver. —Sonrío.

—No pasa nada. Ejem… Por cierto, yo dormí en el sofá. No vayas a pensar que…

—No, de verdad, no pasa nada.

—Te dejé el cuarto cerrado. Abrí ahora porque me preocupaba que no despertaras. Pensé que te sentías mal.

—¿Qué hora es?

—Las diez y media.

Estallo en una carcajada.

—Qué tarde —exclamo.

—Es bastante tarde para mí. A esta hora ya hubiera tenido mi tercera clase.

—¿Cómo que "hubiera"? —Me arrastro al borde de la cama—. ¿No fuiste a la universidad?

—No. Estaba cuidándote. Obviamente.

—Estoy bien.

—Lo sé.

—Puedes irte. Ahora.

—Ya voy. Solo esperaba que despertaras —anuncia—. Voy por mi mochila. Mis llaves están en la mesa, puedes llevártelas. Y si tienes hambre, hay comida pre-preparada en la nevera.

—Gracias.

—A ti.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Ayer fue muy divertido. No recordaba lo que era ver el deporte así.

—¿Así cómo?

—Como si fuera la primera vez.



No me voy apenas me levanto. De manera un poco atrevida, quiero revisar su casa. La curiosidad me consume y, aunque podría encontrar información al buscar "Denver Monroe Juegos Olímpicos", prefiero ver qué hay detrás de esa fachada.

Evito decirlo en voz alta, porque evitar pensarlo también es más fácil, pero me está encantando trabajar con él. Su compañía, últimamente, se siente como la de un amigo de toda la vida. Contrario a lo que creía, alguien que me obliga a despertar temprano, hacer ejercicio y comer bien no es alguien a quien odie. Cada vez que lo miro, parece que tiene todo bajo control, y me hace pensar que algún día yo también podría ser así.

Creo que ese es el mejor cumplido que se le puede hacer a alguien: *me gustaría ser tú.*

Pero hay más detrás de ese deportista de alto rendimiento, estricto, "aburrido" y perspicaz. También hay una foto enmarcada de un niño con los dientes chuecos, con una gran sonrisa, empapado, sosteniendo una medalla de tercer lugar. Hay un trofeo de su adolescencia en un estante. Hay una carta de su madre, puesta como si fuera un cuadro, que no tengo el corazón de leer ni por encima.

Este sitio tiene muchas cosas y, aunque algunas pudieran parecer vanidosas a ojos ignorantes, yo solo veo a alguien que conserva todo lo que alguna vez hizo latir su corazón.

Denver es sencillo.

Denver es fuerte.

Denver es libre.

Denver solo le presta atención a lo que ama.

Dejo escapar un suspiro.

—Hola.

Casi me tropiezo del susto cuando una voz masculina rompe el silencio.

Mi corazón se acelera. A unos metros, el chico de rizos que reconozco del trabajo de Denver está recostado en el marco de la puerta. Había olvidado que comparte el lugar con su mejor amigo, su roomie y compañero de trabajo: Salvador.

Salvador me observa como si le preocupara haberme espantado, pero no parece sorprendido de encontrarme aquí. Frunzo el ceño.

—Yo… Denver me dejó entrar, entonces…

—Sí. Lo sé.

—Ah, vale —carraspeo—. ¿Él te dijo?

—Los escuché ayer. Supuse que eras tú.

Eso me hace sonreír un poco.

—¿Soy la única posibilidad cuando se trata de traer a una chica a dormir? —pregunto en tono jocoso.

Salvador ladea la cabeza, espera un par de segundos antes de contestar, visiblemente confundido.

—Eres su novia —responde con seriedad.

Oh. Cierto.

—Claro. —Se me escapa una risita—. Ejem, solo estoy checando, ya sabes… —Reacomodo el cuadro de fotografías que acabo de tocar—. Cuidando el terreno.

—Denver es probablemente la persona más leal que he conocido, no tienes que preocuparte por eso.

—Gracias.

Salvador toma la mochila que yace en la esquina, justo al lado de la salida, y se la cuelga al hombro. Echa un último vistazo hacia mí con la mano en el picaporte.

—Por cierto, estaba dormido, así que quizá los escuché o lo interpreté mal, pero oí la palabra “motel” y, si alguna vez lo consideran, dile a Denver que me escriba y les dejo el sitio para ustedes.

—No, Salvador, no es…

—No tienes por qué avergonzarte. —Me sonríe—. Es mejor, gastan menos y no se exponen tanto, considerando que ahora están en el ojo público.

—De verdad, no es necesario.

—En serio, tengo familia cerca, puedo hacer pijamada con mis primos alguna vez. Los moteles en esta zona son costosos.

Estoy en la mitad de mis veintes, he tenido pareja por años y se supone que ahora estoy saliendo con el chico del que estamos hablando. No debería darme tanta vergüenza hablar de estos temas. Joder. Que soy un adulto.

—Gra-gracias, Salvador.

—Salva pa’ los amigos —completa y sale por la puerta sin despedirse.

La tensión, en forma de aire comprimido en mi pecho, es finalmente liberada.

Dios. Qué pena con su mejor amigo.

¿Quién quitaría a su roomie de su departamento solo para follar? ¿Y por qué no podríamos?

Hay dos cuartos separados.

¿Está insinuando que no podría dormir por los sonidos?

Una imagen mental que, sin duda, no debería tener aparece. Y aparece con sonido.

Niego con la cabeza.

Debería hacer algo que me distraiga. ¿A qué hora dijo Denver que terminaban sus clases?



¿Qué haces cuando alguien te ofrece demasiado e intentas retribuirle, pero pareciera que ya tiene todo?

Fácil. Compras helado.

Intenté buscar si tenía algo parecido en su cocina, pero lo más cercano era un yogurt blanco con frutas envasado. En realidad, mi intento de regalo era solo una excusa para salir a dar una vuelta bajo el sol. Habían sido días complicados y necesitaba un respiro de aire fresco.

Yo no soy difícil de conocer. Era obvio a simple vista. Impulsada por mi miedo a que nadie quisiera conocerme a fondo, me encargaba de exponer todas mis cualidades en la mesa como si fuera una feria. No era difícil de memorizar, no era difícil de entender. Me encargué de hacerme "fácil de tragar", con la esperanza de que algún día alguien no detestara mi sabor.

¿Las cosas que amo? En mis redes sociales. ¿Mis pasiones? Justo frente a la cámara. ¿Mis debilidades? En alta resolución. Si alguien me pedía un documento de cien páginas explicando cómo tratarme, se lo hubiera hecho. Pero no hacía falta. Era simple y pública.

Quizá por eso, al conocer a Denver, al hacerme cercana a él, me daba miedo.

Había algo de elegancia en ocultarse, pero me sentía demasiado transparente a su lado. Y él, en cambio, se veía en un plateado bonito, combinando con sus medallas. Era mi inseguridad, no su culpa. Así que intentaría remediarlo.

Compré un helado de banana split. Lo abrí a la mitad del camino para comprobar que supiera bien antes de ofrecerlo. Como no tenía tiempo de tomar la cuchara, simplemente le di una lamida rápida a la tapa.

—¿Sabe bien? —pregunta Denver justo en mi oreja, provocando que casi tire el pote de helado.

—¡Ay! —Me esfuerzo en no dejar caer el postre—. ¡Denver! ¿Qué haces aquí?

Ladeo la cabeza. Él camina tranquilo a mi lado con una sonrisa más brillante que el sol del atardecer frente a nosotros.

—¿En la calle? No, pues estoy buscando trabajo —bromea.

—¿Encontraste algo interesante? —Sonrío, siguiéndole el juego.

—Eso creo. Galilea, ¿cierto? ¿Tienes vacantes para ser tu novio? —me susurra al oído, recostando parte de su peso en mi hombro.

—Podría ser. Pero es un puesto difícil.

—Puedo convencerte, tengo un currículum excepcional.

—¿Descripción de su persona?

—Responsable, atlético, muy ético.

—Dudo que lo último sea ideal para fingir ser mi novio.

Frunce el ceño.

—¿Fingir? —pregunta, pretendiendo estar confundido.

Estallo en una carcajada.

—Estás cambiando —resalto.

—Para nada. He sido el mismo testarudo que cree que puede dominar el mundo con las herramientas y el mapa correctos desde la cuna.

—Me refiero a esto. Estás más suelto.

—Simplemente me estás conociendo más.

—Creí que lo hacía antes.

—Soy más complicado que eso.

—Complicado —repito con un guiño—. Uf, pues no sé si un chico así me conviene.

—Valgo las complicaciones, te lo prometo.

Sonríe, esta vez en grande, y mi mente pelea contra el hecho de que solo estamos actuando. Bromeando. Fingiendo.

—Sabes que, si quieres saber algo de mí, lo que sea, solo tienes que preguntarlo, Galilea. ¿Lo sabes?

—Así no se conoce la gente real.

—Así es exactamente como lo hacen.

—No, es algo natural.

—Nuestras conversaciones son naturales. Somos humanos. Conversar y preguntar es lo que hacemos.

—¿Somos humanos? —Chasqueo la lengua—. ¿Y qué nos hace humanos, Denver?

—Ufff. —Se frota las manos—. Encontraste al estudiante de Filosofía equivocado para esa pregunta. Espero que te sobren unas cinco horas de tu vida.

Elevo la vista hacia el atardecer; el color amarillo pinta el poco celeste que quedaba en el cielo. Hay pocas nubes, el calor nos cae encima y el día es tan lindo que es una tristeza que se acabe.

Pero me siento. El viento es suave y las conversaciones también. Su tono es dulce y su perfume, ligero. Veo nuestras sombras en el pavimento de la vereda. La suya es tontamente más grande.

—Diría que lo que nos hace humanos es nuestra capacidad de preguntárnoslo. —Hago caras y él cambia su forma de hablar a una más declarativa—. Nuestra consciencia es diferente a la del resto de los animales, y no lo digo de la forma aburrida de estar conscientes de nuestra propia mortalidad. Lo digo desde una perspectiva dramática: es la ambición y el razonamiento lo que nos mueve de forma diferente a cualquier otra criatura que conozcamos.

—¿En qué parte saltas a hablar del placer?

—Justo después de mi metáfora de mierda.

—Adelante, lánzala.

—Los momentos en los que me siento más humano son cuando lucho contra mis límites, cuando deseo seguir corriendo, nadar más rápido, resistir un poco más, a sabiendas de que no es por supervivencia ni necesidad, sino por ambición, por el simple deseo de un poco más, por satisfacción propia. Siento que es… demasiado humano y, hasta donde sé, la tecnología aún no logra replicar tal hambre de victoria.

Un corto silencio se instala entre nosotros. Él se encoge de hombros cuando lo miro a los ojos. Quizá no fue tan corto, porque casi tropiezo al cruzar la calle. Él me sostiene del brazo.

—Suenas a alguien contra quien en verdad jamás querría competir —admito.

—Doy lucha, no soy fácil de vencer. —Asiente—. Quienes han estado primeros se lo

merecían. Me lo quitaron con uñas y dientes.

—Y aletas.

—No somos peces, Gal. Somos nadadores.

—¿Qué hizo que seas un pez tan competitivo? —digo a propósito para molestarlo.

—Te recomiendo tomar asiento —dice, tomando el pote de helado de mis manos—. ¿Quieres quedarte aquí? —Ladea la cabeza hacia una banqueta en medio de la calle, debajo de una palmera.

—¿Tú quieres?

—No me molesta.

—¿Y si nos ven?

—¿Acaso no puedo pasar una tarde con mi novia?

Estaba empezando a odiar la palabra «novia» por lo que provoca en mí.

Nos quedamos sentados hasta que se hizo de noche. Me dieron dos cucharas de plástico para el helado, y a él, la habilidad de hipnotizar con las palabras.

—¿Te puedo decir la clave de que ame tanto competir? No lo notaba cuando era niño, pero hay un punto en el deporte donde entrenar deja de ser una carga y empieza a ser lo que te libera de ellas, donde puedes convertir tus problemas en disciplina. Al menos para mí, cuando estoy bajo el agua, se me olvidan los problemas, el arrepentimiento, el pasado… y también la ansiedad se disipa, el miedo al futuro. Cuando entrenas, cuando compites, cuando te mueves, estás en el presente, y esa sensación es tan escasa que se vuelve adictiva.

—No es lo que siento cuando compito.

—Es que aún no lo haces bien. Aún no has llegado a la parte donde lo disfrutas.

—Es difícil disfrutar algo de lo que dependes.

—No dependes de un reality moderno, pero no hablemos de eso. Simplemente hablemos de que aún no lo disfrutas, y es lo que más te falta.

—Lo disfruto a veces.

—Debería ser siempre.

—¿Tú disfrutas nadar todas las veces?

—¿Actualmente? Sí.

—¿A qué te refieres con actualmente?

—Cuando aún no sabía nadar, no lo disfrutaba demasiado. Pero, vale, era más que un crío. Creo que apenas tenía consciencia. —Ríe.

—¿Dónde aprendiste a nadar?

—Fueron varios sitios.

—¿Cómo funciona eso? —inquiero, confundida. Pero no me importa esa duda, tengo una mejor—. ¿Cuáles sitios?

—Fueron tres… o cuatro. —Se queda pensando un instante—. Cuatro, si recuerdo bien. Iba con mi padre. Él me compró lo que necesitaba.

—¿Cuál fue el primero?

—El lago Erin.

—No lo conozco —digo con la boca llena de helado.

—¿Te gustaría ir? —Hunde su cuchara en el helado.

—Sí.

—¿Lo dices en serio?

—Sí, ¿por qué?

—Podríamos ir ahora mismo.



El lago es como si él fuera su humanización: tranquilo.

Es de noche, pero el agua es tan limpia que puedo ver el fondo sin problema, aunque no es muy profundo. Las hojas flotan lento. Hay solo un par de luces públicas que alumbran este sitio. Nosotros nos ayudamos de nuestras linternas para iluminar el camino de lodo en el que hundo mis pies.

Mientras más nos acercamos, más húmeda está la tierra. Hay hierba, pero pareciera que las pisadas de los visitantes la mantienen controlada. El resto crece libre y salvaje, guardando un par de mariposas amarillas y blancas que huyen de nuestros focos.

El cielo aquí es diferente al de la ciudad. Las estrellas son resplandecientes y está despejado. Nunca había visto una noche oscura tan brillante.

El silencio es algo romántico.

—El lago Erin era muy popular hace un par de años. Mi padre venía seguido en verano.

—¿Ya no es concurrido? —Bajo la mirada al sendero de pisadas—. No lo parece.

—Lo es, pero no como antes. Me siento un poco nostálgico al estar aquí.

Denver apaga su linterna y me asusta cómo, de pronto, este sitio se queda casi en completa penumbra.

—¿Por qué? —inquiero.

Con pasos inseguros, llego hasta donde él está. Tengo el impulso de poner mi mano en su brazo para mantener el equilibrio en el lodo, pero él se quita la camiseta sin decir una palabra más.

Parpadeo y lo pierdo. Oigo un chapuzón junto con la sensación del agua salpicando mi cara. La próxima vez que intento mirar, solo visualizo su silueta entre las hojas del lago.

—Supongo que a los jóvenes ahora no les interesa mucho.

—Lo dices como si fueras un anciano. —Me cruzo de brazos.

—Tienes razón, a nadie de mi edad le ha llamado la atención. Yo soy joven. Pero te he dicho que tengo mente de anciano, ¿lo recuerdas?

Recuerdo todo lo que me dices.

—Sí.

—Ven conmigo —pide en voz alta—. El agua no va a asesinarte, está tibia y desde aquí se ven mejor las estrellas.

—No tienes que mentir para convencerme.

—No lo hago.

—Las estrellas se ven igual desde cualquier parte de este terreno, no es tan inmenso.

—Yo veo las estrellas mejor.

—Claro, tú estás en plena oscuridad y yo aún tengo la luz de los faroles. Asumo que algo me estoy perdiendo.

—No me entendiste.

Dejo mi linterna encima de una roca antes de entrar, paso a paso y con cuidado, al lago. Hago movimientos tímidos con los brazos que me llevan hasta él. Simplemente nos dejamos llevar por el agua y sus pocas ondas, al igual que las hojas.

Sin mucho que hacer, matando el tiempo. Disfrutando el momento. La oscuridad deja de ser

aterradora con el rápido pasar de los minutos.

—¿Qué fue lo que no te enamoró de este sitio que tuviste que ir a varios más? Parece el rincón mágico ideal para enamorarse de la natación —admito con la cabeza semihundida, el mentón al nivel del agua, los labios húmedos y la mirada fija en el paisaje.

Denver, a unos metros de mí, se encuentra completamente acostado. No es muy profundo y él es lo suficientemente alto.

—Oh, es que había sapos —responde con naturalidad.

Es como si me dijera que hay serpientes venenosas. Salgo nadando a toda velocidad hacia la orilla al segundo siguiente, provocando un desastre y levantando el agua. Él estalla en una risa tan alta que asusta a los pájaros en sus nidos, los cuales salen tan disparados como yo.

—¡Era un chiste!

—¡No eres chistoso! —grito al hundir mis pies en la tierra de la costa—. No confío en ti, no te he escuchado muchos chistes buenos. Lo dices en serio.

—Gal —dice con ternura—. Lo que no me gustó fue cómo me hizo sentir. Era un niño, muy niño, delgado y sin experiencia. Me metí con mi ropa, la cual pasó de ser liviana a un ladrillo apenas entró en contacto con el agua. Pesaba demasiado y no tenía fuerza para moverme. No podía evitar hundirme.

—Lo dices para manipularme.

—Galilea.

—¡¿Dónde viven los sapos?!

—En los cuentos de hadas, Galilea. —Ríe—. Te digo la verdad, lo juro. Esa es la única razón.

Dejo escapar un suspiro. Vuelvo a meter un pie dentro.

—Porque a mí los sapos no me molestan —agrega en tono jocoso.

Vuelvo a gritar de horror y recojo mi linterna, buscando mis botas.

—Me voy —aviso—. Fue un placer pasar tiempo contigo.

—Sabes, este sitio es increíble y sé que te gustó. —Él vuelve a la orilla—. En realidad, no es la gran cosa. Es el menos agraciado de los lugares que conté.

—¿Todos lagos?

—No, solo este. El resto son ríos o playas.

—¿Son del país? Eres extranjero, ¿cómo ocurrió esto?

—Fue todo en un mismo año, unas vacaciones, las primeras en familia a esta precisa ciudad. Supongo que le agarré cariño y por eso vivo aquí ahora. Mi padre amaba este lugar.

—Bien por ti. Yo me voy.

—Galilea —me llama Denver al detenerme, agarrándome de la muñeca—. Puedo enseñártelos. —Ofrece.

—¿Para qué? ¿Quieres ver si yo también me enamoro de la natación? Te advierto que no es lo mío, tengo vacaciones del reality, pero…

—Para despejarte. Sé que tus amistades del programa se rompieron y quizá no quieres ir a los mismos lugares. Déjame mostrarte mis sitios preferidos. No prometo que vayas a amarlos, pero la naturaleza nunca hace mal al alma.

—¿Luego de tu tontería de los sapos? Jódete.

Él toma su camiseta de la roca donde la dejó, enciende su linterna e ilumina mi camino.

—Si cambias de opinión, tienes mi número.

—¿Qué te hace pensar que cambiaré de opinión?

—Que pareces más humana de lo que muestras en redes, y a los humanos les encanta

escapar. Si quieres escapar, escapa conmigo.

CAPÍTULO 15

"No juzgamos a las personas que amamos"
—Jean Paul Sartre

Llamé.

Porque en mi cabeza, mis pensamientos son como un riachuelo de ideas idiotas en la mañana. Desperté temprano, más de lo normal. El sol no había terminado de salir y pensé en volver a dormir.

Pero miré la pantalla de mi teléfono y, debajo de mi fondo de pantalla, la notificación de "Buenos días" de Denver me pareció innecesaria. No somos tan amigos. Esto es un trabajo. Es totalmente innecesario.

Y creo que ese tipo de atención es la más genuina.

—¿Una barra de granola? —digo al recibir su "kit de desayuno" en el taxi hacia nuestro próximo destino—. Oye, no quiero juzgar tu dieta, pero es un tanto torturante.

—Es mejor que no desayunar, como acostumbras.

—Lo hago cuando lo necesito.

—¿Te cuento un secreto? Tu cuerpo siempre lo necesita. —Él rebusca en su mochila—. Y tómate este jugo.

—¿No se supone que no debería comer nada si voy a nadar?

—Si no comes nada, ¿con qué energía vas a nadar?

—¿Necesito mucha? —pregunto, y él niega con la cabeza, sonriendo.

—Verte es como ver por primera vez todo lo que me hace feliz desde unos lentes inocentes, y creo que adoro eso.

—Solo di que me adoras a mí —bromeo.

—Eso. —Denver se encoge de hombros—. Me gusta pasar tiempo contigo.

No digo nada más en todo el camino.



El aire de la mañana es fresco, un poco más frío de lo que esperaba.

Me detengo en la orilla del río, dejando que mis pies descalzos se hundan ligeramente en la tierra, que, debido al sol, está algo caliente. El río se extiende frente a mí. Es absurdamente más movido que el lago, tiene vida propia y me asusta un poco. Sus ondas distorsionan mi reflejo.

El agua es intensamente azul, reflejando el cielo despejado. Doy un paso adelante. El agua toca mis dedos primero; está helada, y me estremezco, dudando.

—No debes pensarlo mucho.

—Estoy segura de que así empiezan las tragedias.

—A veces. —Ríe Denver.

—¿No vamos a molestar a los barcos?

Él ríe en alto esta vez.

—No, aquí no. Hoy y a esta hora, menos. De hecho, ningún barco pasa por aquí desde hace unos… ¿tres años?

—¿Por qué?

—Lo he estado controlando. La respuesta no la sé, supongo que habría que preguntarles a los pescadores del puerto.

—¿Nunca lo has hecho?

—No soy muy sociable.

Respiro hondo y subo mis shorts.

La sensación es punzante al principio; cualquier parte de mí que siguiera durmiendo despierta de golpe. Es incómodo y quiero salir, pero, al poco tiempo, pareciera que es más frío salir que quedarse.

El río me abraza a medida que avanzo, rodeando mis piernas y subiendo poco a poco por mis caderas. La temperatura cala más profundo cuando alcanza el nivel de mi cintura.

Vale, esto es detestable. Y juraría que un pez acaba de pasar entre mis piernas.

Cierro los ojos y me quedo quieta, intentando acostumbrarme, sintiendo cómo la corriente me empuja suavemente dentro. Es silencioso, además de los lejanos sonidos de la ciudad y de lo que sea que está haciendo Denver con nuestras cosas, acomodándolas en la costa.

Si me concentro de verdad, solo escucho el sonido de las olas rozando las piedras y el canto lejano de algún pájaro que saluda al amanecer.

Abro los ojos.

El sol se ve más resplandeciente, lastimándome la vista. Elevo la mano para cubrirme y doy media vuelta en busca de Denver. Ha estado callado por mucho rato. Eso es peligroso.

Solo lo veo de reojo. No está mirándome. Está tomando una fotografía del amanecer con su teléfono, así que aprovecho para, en un impulso, sumergirme hasta los hombros.

Contengo un gritito.

Está en verdad helada. La sensación me recorre entera y hace que mis dientes chirríen. Me abrazo a mí misma. Espero a que “la magia” que me describe aparezca. Tengo la sensación de que se me arrugarán los dedos antes de descubrirla.

Sumergida, doy vuelta a ver cómo sigue y lo encuentro abriendo su termo de agua.

En la costa seca más cercana, hay dos cajas pequeñas de jugo juntas, un táper con distintas frutas cortadas en trozos, dos barras de chocolate y dos copas.

Es un pícnic.

—¿Qué haces? —inquiero, confundida.

—Desayunar de verdad.

—Dijiste que lo hiciste antes de subir al taxi.

—Mentí.

Jadeo, ofendida, tan alto que espanto a una paloma que intentaba robarse un trozo de nuestra piña.

Permanezco en la mitad del río, lo suficientemente cerca para sentirme segura, y él sigue haciendo videos con su teléfono. Quiero que venga conmigo.

«¿Así de pesada me veo yo grabando todo lo que hacemos?»

—Oye, ¿a qué hora vas a meterte? —digo, salpicándolo.

—¿A dónde?

—Al río, duh. Te estoy esperando.

—Oh, no voy a hacerlo. —Lo dice con seriedad, pero se nota que una sonrisa lucha por escapar de él.

—¿Por qué? ¿Te sientes bien?

—Perfecto. Simplemente no voy a entrar a nadar. El agua está helada, no es muy agradable. —Sonríe maliciosamente.

—Hijo de… —maldigo en voz baja—. ¡Tú me dijiste que entrara!

—No, yo te dije que no lo pienses mucho.

—Eres malvado.

—Me hiciste nadar en condiciones en las que ni siquiera tú lo haces.

—Impresionante, ¿verdad? —Ríe—. Esa es la razón por la cual este sitio no me convenció en su momento. En la mañana, el agua es tan fría que puede provocarte un resfriado fácilmente, casi no templa realmente. No lo recomiendo, Denver pequeño.

—Idiota —digo entre dientes, enfadada, mientras salgo. Me sorprende un poco la rapidez y facilidad con la que lo hago—. Vas a pagar por esto.

—Pagué por el desayuno, si es a lo que te refieres. —Toma asiento frente a su preparación—. Acompáñame, traje piña.

—¿Cómo sabes que me gusta?

—Te he visto tomar batidos de eso.

—Son bebidas alcohólicas.

—Da igual, ven. —Palmea la arena a su lado—. O bueno, cámbiate antes. En mi mochila hay ropa seca y más abrigada.

Lo miro mal, aún enfadada.

—¿Tenías planeado esto, maldito?

—La verdad es que sí.

—¿Cuál era el objetivo?

—¿La verdad? No pensé que lo harías, así que ver el amanecer era suficiente. No imaginé que entrarías al agua, pero por si acaso, vine preparado. También tengo bloqueador solar.

—Oh, qué considerado —ironizo.

Voy a uno de los baños públicos cercanos para quitarme la ropa húmeda y torcerla en el lavamanos. La camiseta que encuentro es de un voluntariado de cuidado animal; la fecha en ella indica que fue hace muchos años. Está bien cuidada y es casi de mi talla. Era suya.

La camiseta es ocre, conservada con mucho cuidado, y me sorprende que haya decidido prestármela. La parte de abajo es una tela floreada que me sirve como pareo playero. Intento secar las puntas de mi cabello antes de salir.

Al regresar, le otorgo un ligero zape que parecía estar esperando. Denver simplemente sonríe y me ofrece la botella de bloqueador solar.

—Cuando era niño, este sitio se veía inmenso —comenta Denver al mirar el río—. Ahora se ve pequeño.

—¿Es más pequeño que las piscinas en las que nadas en los Juegos Olímpicos?

Denver se ríe como si fuera una broma y, al notar mi seriedad, se aclara la garganta.

—No, para nada. El río es mucho más largo. A lo que me refiero es que antes me parecía más imponente.

—¿Lo ves como algo malo o bueno?

—Es agridulce. Es bueno que algo que antes se veía imponente ahora me parezca normal. —Su mirada se desvía del paisaje a mis manos, que esparcen el bloqueador en mis brazos—. Pero, a la vez, siento que mientras crecemos vamos perdiendo la capacidad de sorprendernos.

—Coincido.

—Me gustaría volver a temer, descubrir y sorprenderme como cuando era un niño. Esa es una de mis metas en la vida.

—Es bonita.

—Supongo que por eso me agrada pasar tiempo contigo.

—¿Estás diciéndome niña?

—Estoy diciendo que es bonito ver el mundo desde tus ojos. Tienes cierta luz que ya nadie tiene, y menos a esta edad, tristemente.

—Es un poco aburrido que ahora todos quieran ser adultos aventureros y temerarios al inicio de sus veinte. —Suspiro—. Alguna tonta que solo quiera ver las flores y sentir el agua fría debía quedar.

—No eres una tonta.

—Lo soy un poco. Mira cómo ese tipo de idiotas ha jugado conmigo.

—Eres increíble, Galilea.

—Soy un poco aburrida y superficial.

—Eres sencilla e interesante, aunque intentes presentar a tu personaje de otra forma.

—Mi persona en redes no es un personaje. Es mi yo real.

—¿Ah, sí? ¿Entonces por qué no estás haciendo contenido ahora? Este momento es real. Tú eres real ahora. Cómete una piña y no discutas.

Ruedo los ojos y tomo un puñado de frutas cortadas en una mano mientras abro la botella de agua con la otra.

—Te faltan las piernas —resalta al ver el bloqueador apartado.

—Luego. Es que tengo hambre —admito con la boca llena—. ¿Qué tipo de chocolate es este? —señalo la barra—. ¿Negro?

Él asiente. Yo simplemente bebo un largo trago.

—¿Te molesta si te ayudo? —pregunta.

Asiento, pensando que se trata de ayudarme a devorar el táper con frutas.

Sin embargo, él destapa el bloqueador y deja caer grandes gotas sobre mi muslo. El viento le revuelve el cabello; aún tiene una gran porción de sandía entre sus mejillas cuando, con concentración, utiliza su palma para esparcir la crema sobre mi piel.

Levanto un poco las piernas. La botella de bloqueador suena suave al apretar. El contraste entre la crema fría y su toque cálido es interesante. Dejo de masticar un rato para concentrarme en su tacto. Sus dedos se deslizan con calma, extendiendo el bloqueador desde mis tobillos hacia arriba, trazando un recorrido lento y cuidadoso.

Está concentrado en no dejar ninguna parte sin cubrir. Cada movimiento es pausado, haciéndome prestar más atención de la que debería a la sensación que crea en mi estómago su toque.

Siento los pulgares presionando suavemente sobre mis pantorrillas, siguiendo la curva de mis

músculos. Se detiene en mis rodillas por un instante. Trago grueso y me doy cuenta de que probablemente está notando que tengo el cuerpo tenso.

Debo distraerlo.

—¿Cuál es el siguiente sitio en tu lista?

—¿Mi lista? —repite en voz baja.

—De sitios que no te llevaron a hundirte en tu pasión, pero se empaparon de tu curiosidad.

—Me gusta cómo suena eso. —Eleva la cabeza, clavando su mirada en la mía—. Suena poético, y eso que el de la filosofía soy yo.

—Me falta el tatuaje —bromeo—. "Quien tiene un porqué, puede enfrentarse a casi cualquier cómo" —recito—. ¿Por qué te tatuaste la traducción con el "casi"? No suena muy esperanzador.

—Tengo la esperanza de tachar el "casi" si gano una medalla de oro.

Mi corazón se enternece en mi pecho y, sin poder evitarlo, me llevo una mano al torso. Hago un puchero, conmovida.

—¡No me mires así, Galilea!

—Es que… es muy bonito. —Sonrío en grande—. No lo había pensado.

—¿En serio? Siempre pensé que daba un poco de vergüenza ajena.

—Es la mejor idea de tatuaje que he oído en mi vida —contesto, emocionada—. Es épico, que no te digan lo contrario. Cuando ganes, hazlo. Y pon el año debajo del "casi" tachado.

—Si gano —corrige.

—Cuando ganes —reitero.

—Es lindo saber que crees en mí.

«Has llegado al podio dos veces. Tampoco es tan difícil de creer», pienso, pero con ese pensamiento algo nuevo surge en mi mente: «Denver no cree lo suficiente en que pueda lograrlo».

—Oye, ¿cuál es el siguiente en tu lista? No me respondiste.

—La playa Aldebarán.

—¿En serio? He ido un montón de veces allí, iba con… —Santiago— unos amigos en verano.

—¿Te metías al mar?

—Me bronceaba.

—Sería guay ir, pero creo que ya ese plan es más improbable. —Suspira—. Son cuatro horas en coche y tienes que reservar una cabaña con meses de antelación si quieres quedarte en la noche.

—Sí…

O no. No si tienes una cabaña allí.

O bueno, si tu exnovio idiota tiene una cabaña allí.

Y el idiota de tu exnovio olvidó pedirte las llaves de regreso en sus últimas vacaciones.

—¿Tienes alguna buena *playlist* para un viaje de cuatro horas o escuchamos la mía?

Observo a Denver con una sonrisa ladina y maliciosa en el rostro. Me levanto y empiezo a recoger nuestras cosas.



La playa Aldebarán es una playa bastante costosa al sur del país. De noche, los farolillos flotantes iluminan la zona más concurrida. A su alrededor hay decenas de cabañas pequeñas; la mayoría se alquilan a turistas y unas pocas pertenecen a propietarios, pues son increíblemente costosas.

La familia de Santiago posee una desde hace décadas. La compró el padre de su padre, aunque, de igual forma, alguien con tanto dinero como para ser productor de un reality no tendría problemas en conseguir una.

Con Denver tomamos un bus de viaje que sale cada cierta hora desde nuestro punto de partida hasta esta ciudad. No había nadie dentro. Un día cualquiera a esta hora no hay muchos interesados, en especial con el clima fresco. No empacamos nada más que los refrigerios que él ya traía, mi ropa semiseca, una camiseta de fútbol que vendían en la parada y un traje de baño que combinaba con ella.

En medio del viaje, hizo algo que me sorprendió.

—Tengo una duda. Si tú pudieras entrar en mi cuerpo justo en el momento de las competencias, ¿en qué te fijarías?

—Creo recordar que dijiste que tienes la mente en blanco.

—Un poco.

—Pues no lo sé, es una experiencia única. Supongo que haría lo contrario: pensaría en cada cosa que está pasando. —Río—. Si llegamos hasta la cima, al menos miremos el paisaje, ¿no?

Mi *playlist* de canciones chillonas sobre chicas felices y superadas nos acompañó por un par de horas, en las que yo me dediqué a editar videos, planear contenido y mirar tendencias, mientras que Denver leía *El banquete* de Platón en su teléfono.

La playa es mucho más hermosa de lo que recordaba. Desde el inicio se pueden ver las luces del otro lado de la ciudad iluminando la penumbra del cielo azul oscuro, tiñendo del mismo tono el mar. La luna en lo alto nos guía hasta la cabaña.

—¿Me vas a decir cómo tienes acceso a una de estas cabañas o…?

—No te incumbe, Denver.

—Solo quiero saber si debo correr si llega la policía.

—Uno siempre debe correr en esos casos —bromeo—. Deja la mochila aquí, iré a ponerme el traje de baño. —Levanto la mano y lo apunto con el dedo—. Más te vale que te encuentre en el agua, ¿entendiste, pececito?

Denver estalla en una enorme carcajada.

—Por supuesto que sí.

La casa no es muy grande, tiene el techo bajo y dos habitaciones. Está hecha completamente de madera. La entrada lleva directo al comedor, que también es cocina. Denver deja su mochila encima del sofá y sale, dejándome la puerta cerrada.

Me llevo las manos a la cabeza. Me aprieta un poco el pecho y sé perfectamente por qué. La última vez que estuve aquí, aún estaba enamorada de Santiago, y mi cuerpo lo recuerda.

El aire se siente denso hacia la habitación matrimonial, justo en el marco de la puerta donde una vez hablé de tener hijos con mi tono de ojos.

Detesto esta parte de la vida donde tienes que fingir que no te da rabia y vergüenza a la vez el pasado. Donde tienes que ver qué tan tonta fuiste en la gran pantalla que tu cerebro decide encender.

Trato de sacudir esos pensamientos como si fueran arena en mis piernas. No quiero arruinarme la noche. Y, a veces, para no arruinarte a ti misma una experiencia, debes aceptar que has sido un poco ilusa, que no es tu culpa y que no tiene caso seguir castigándote por ello.

Todo eso mientras voy a la habitación de invitados a ponerme el bikini.

Todo está ordenado igual que la última vez que estuve aquí. Nadie ha entrado o salido.

«Interesante».

Me tomo una foto en el espejo con el traje de baño antes de salir. El blanco resalta el bronceado de mi piel. Dejo mi pelo suelto caer.

No hay nadie en el agua a estas horas. Son las once de la noche y, la verdad, el clima da para quedarse en casa viendo una película y comiendo pizza caliente. No obstante, estoy justo donde quiero estar.

Veo el tatuaje de Denver cuando sale del agua como un tritón entre las olas. Lo vuelvo a leer.

«Quien tiene un porqué, puede enfrentarse a casi cualquier cómo».

Me remojo los labios.

«¿Tengo un porqué?»

Mi novio falso está en el agua, de espaldas a la orilla, con el torso desnudo y los brazos hundidos hasta los codos mientras deja que las olas lo rodeen.

De todas las profesiones y pasiones que pudiera tener, ¿tenía que ser aquella donde casi nunca llevara camiseta?

Empiezo a memorizar el número de músculos en sus brazos y a ser capaz de trazar con los ojos cerrados los cuadros en su abdomen.

Gruño frustrada.

Este no es el maldito tipo de pensamientos que debería tener.

Pero la piel de Denver está mojada. Su corte bajo es bueno para que nada le desordene el look, y las gotas que brillan bajo la luz pálida del amanecer se deslizan desde su cuello… más abajo. Estoy confundida estos días. Esto debe tener una explicación médica.

Él se da la vuelta y me ve. De pronto, me siento un poco insegura sobre cómo me veo con el bikini.

Denver se queda boquiabierto por un instante. Su mirada sorprendida me recorre con rapidez, se obliga a cerrar la boca y remoja los labios tímidamente. Su cuerpo se ha tensado, dejó de moverse y se hunde un poco. Tiene una expresión que no logro comprender; sus pupilas están un poco más grandes que antes.

—¿Cómo me veo? —pregunto, nerviosa, para cortar la densidad del silencio.

—Bien, bien… deslumbrante, como siempre —farfulla—. Perdona, es que no había tomado otra respiración y… me quedé sin aliento… por, eh, el aire.

—Gracias.

—No entiendo por qué tienes que preguntarlo. ¿No es obvio?

—¿El qué?

—Eres impactante.

—¿Más que las frases de filosofía? —digo a modo de chiste.

—El filósofo más habilidoso tendría problemas para describirte, Galilea.

—Eso suena a un insulto.

—Créeme, no lo es.

La corriente lo mece suavemente. Él es parte del paisaje, la luz de la luna lo ama y lo acoge como uno más. Yo avanzo despacio, intentando no cansarme demasiado. Es mucho más fácil nadar en un espacio tan amplio y con la ropa adecuada.

—Tengo los dedos arrugados —advierto—. ¿Eso significa que nado peor?

—Te estás convirtiendo en sirena.

—Tonto.

—Por cierto, ¿me vas a decir por qué saliste un tanto triste de la cabaña?

—¿Eh? Yo no… —me interrumpo—. No estaba triste, solo estaba nostálgica. Y sintiendo un poco de pena por mí.

—Te vi. Estaba esperándote en la costa y, pues, no disimulas bien. Curioso, porque finges muy bien cuando debes pretender que te gusto.

—Simplemente un recuerdo estúpido —respondo incómoda—. Esta es… la cabaña de mi ex.

A Denver se le van los colores del rostro. Pareciera que le he dicho que asesiné a alguien.

—¡¿Qué?! ¿Hablas en serio, Galilea? ¡Podría denunciarnos por invasión de propiedad!

—No forzamos nada, tengo las llaves.

—Esto es delito, es… —ladea la cabeza—. Espera, ¿por qué tienes las llaves si terminaron hace ya un rato? —su tono es extraño, como si estuviera un poco enfadado. Es nuevo de escuchar.

—Las tenía de las vacaciones anteriores, obvio.

—Ah, cierto.

—¿Por qué? No tienes que estar celoso, Denver. Yo soy una persona muy leal.

—Chistosa —entorna los ojos—. Ven, vamos a cambiarnos y regresemos. No voy a pasar la noche en este sitio.

—Denver, anda. Por favor.

—Lo hago por nuestro bien, Galilea.

Hago un puchero y me alejo de él dando manotazos en el agua. Trato de huir “enfadada”, pero él está a mi lado en un parpadeo y su brazo rodea mi cintura. Nos quita de esa playa más rápido de lo que yo hubiera podido caminar hasta la cabaña.

Antes de cruzar la puerta, sacudo mi cabello para que el agua quede en la arena y me esfuerzo en que quede lo más seco posible, lo cual es difícil de distinguir con el frío. Denver me pone su toalla sobre los hombros en el comedor.

No tengo idea de cómo se cambió tan rápido; él ya tiene su ropa normal de nuevo. Yo arrastro los pies hasta la habitación de invitados. Sin embargo, me detengo frente a la puerta del cuarto matrimonial otra vez.

La abro. Estoy parada en el marco de la puerta, justo como aquella vez.

—¿Hay algún inconveniente? —indaga Denver.

—La verdad es que tengo muchos recuerdos feos aquí. Rompí mis propias reglas por un montón de gente que no lo merecía.

Dejo mi espalda reposar en el marco de la puerta. Denver se acerca a mí y acorta la distancia entre nosotros a unos escasos centímetros. Tengo la piel de gallina con la sola posibilidad de que nuestros cuerpos rocen.

—Él perdió a alguien a quien no merecía —corrige.

—Este sitio solo tiene recuerdos malos.

—Crea recuerdos buenos.

Sonrío, un tanto enternecida por su positividad.

—No sé hacerlo.

Denver posa su mano en mi cuello y eleva mi rostro.

—Quizá yo pueda enseñarte —susurra al posar sus labios sobre los míos.

Estoy tan cerca que apenas puedo pensar en otra cosa que no sea él.

Nos estamos besando. No. Él me está besando. Fue su decisión.

«Joder».

El agua salada aún resbala por mi piel, goteando desde mi cabello hasta los hombros, y

percibo cómo me resbalo entre sus manos. Sus dedos se deslizan por mi rostro, apartando un mechón mojado que se pega a mi mejilla. Su mano es grande, cálida. Mi cuello lo extraña pese a que la sensación me asfixia. Es como estar bajo el mar y querer seguir nadando.

Sin embargo, estoy en tierra firme. Él agarra con firmeza mi cintura y mi respiración se acelera. Sus labios se mueven contra los míos. Siento cómo su control se rompe poco a poco. Su mano en mi cuello me atrae más cerca, y sus dedos rozan la línea de mi mandíbula, como si quisiera asegurarse de que no me escape.

El beso se profundiza. Todo lo que percibo es su cuerpo contra el mío. Me falla el equilibrio. Todo mi cuerpo responde a él: mi piel mojada, mis latidos desbocados, mi falta de aire, mis incesantes ganas de que el beso no termine. Me dejo llevar por la sensación de sus labios. Admitir que no estoy disfrutando sería nadar contra la corriente.

Lo beso de vuelta con más fuerza de la que sabía que tenía, agarrándome a sus hombros. Él suelta un gemido cuando muerdo su labio, y la reacción que tengo a ese sonido es la que me indica que debo parar, pese a que no quiera. Porque, de lo contrario, Denver podría tener completo control sobre mí si quisiera.

Y quiero que lo quiera.

Esta es la primera vez que nos besamos sin cámaras.

Intento moverme, pero Denver me sigue a donde voy. Un solo paso en falso me hace caer hacia atrás; sin equilibrio, me sostiene y me deja con cuidado sobre la cama. Me impulso contra su cuerpo para besarlo más hondo; mis uñas rasguñan su piel. Lo que sea que nos impedía desearnos, lo he olvidado.

Sus besos se apartan de mis labios y bajan un poco más: a mi cuello, a mis clavículas, y más abajo. Dejo reposar todo mi peso en el colchón, mientras que el suyo me deja sin aire. No tengo la mente en blanco; la tengo repleta de él.



Denver se aparta un instante. Se ve hipnotizado, como si hubiera perdido el efecto del hechizo. Su sonrisa se vuelve una línea recta mientras observa mis labios hinchados. Luego baja la mirada a mi cuerpo. Yo, en cambio, sigo las gotas de sudor deslizarse por su piel pálida. Respiro lento.

Él recupera la conciencia de lo que hizo. Es como si hubieran encendido el interruptor que se apagó en nuestro beso.

—Perdón —musito, sin darle tiempo a hablar.

—No, no… Disculpa tú. —Traga saliva—. No sé qué pasó conmigo.

Yo tampoco. Pero me encantaría que vuelva a pasar.

Pero soy una idiota que traga sus pensamientos y simplemente escupe:

—¿Seguro que no quieres dormir aquí?

Él ya ha cruzado la puerta antes de que termine la pregunta.

—¡Por cierto! Este es el tercer lugar. No me dijiste qué le faltó para enamorarte.

Denver baja la cabeza.

—Supongo que tenía la compañía equivocada. Es diferente ahora.

CAPÍTULO 16

“La mayor declaración de amor es la que no se hace; el hombre que siente mucho habla poco”
—Platón

Denver tiene que entrenar para los juegos y yo debo regresar al reality.

En el camino de regreso no mencionamos lo que pasó. De hecho, no hablamos. Nos sentamos separados y el único diálogo en todas esas horas fue:

—¿Cuál es el último sitio?

—La piscina en la que siempre entreno. Te llevé, ¿recuerdas?

Cuando establecimos los límites.

Recuerdo.

Los límites que, contra toda regla, acabamos de romper.

Esto está mal.

Quiero volver a hacerlo.

Por eso es mejor que estemos en silencio. Eso fue todo.

Había poco tiempo antes de que Denver tuviera que viajar. Yo no podría acompañarlo. Sus competencias coinciden con la final de las individuales y el cierre del reality. No podría estar con él, y él tampoco conmigo. Ganara o no, debía quedarme hasta el final. Este es mi trabajo.

Las siguientes veces que nos vimos, que en realidad no fueron más de diez minutos, él pasó por el set de grabación, nos tomamos una foto y se fue. O grabamos contenido corto. O asistimos a programas por separado.

Por ahora, haré lo que mejor sé hacer: pretender que nada ocurre.

Me reúno con el equipo del reality. Nos queda un último programa para definir las individuales. El equipo que pase primero enfrentará a sus competidoras, y solo las mejores avanzarán.

Nos conviene ganar hoy. Mientras más rápido aseguremos nuestro lugar como competidores individuales, más tiempo tendremos para descansar y prepararnos para las semifinales. Al menos, esa es la idea del capitán.

Milán… El capitán Milán.

Él y yo estamos hablando sobre qué estrategia usar para armar el equipo en los circuitos de hoy. La primera competencia tiene, además de un pasamanos, una especie de ratonera humana que debemos atravesar. Es un obstáculo complicado para quienes tienen una complexión más grande.

Su primera idea fue dejarme en esa parte, ya que la competencia es en dúos por sector. Sin embargo, le ruego que me deje en la segunda fase. Sé que la fuerza de brazos será clave en la final. Aunque el primer sector tiene una parte en piscina, prefiero evitarlo hoy. Pero me preocupa que cada vez incluyan más competencias en el agua.

Tengo el presentimiento de que, por primera vez, la incluirán en la final.

Eso podría complicarme.

—¿Te pasa algo? Tienes mala cara —comenta Milán.

—Nada, solo… problemas personales.

—¿Está todo bien con Denver?

—Sí.

—¿Segura?

—Así es, ¿por qué preguntas?

—Es que no los he visto muy juntos en los medios. Pensé que estaban planeando la separación o algo.

—Solo han sido unos cuantos… —Me detengo y miro a Milán—. ¿Por qué pensaste eso? Nuestro movimiento social mostrado al público no tendría por qué repercutir en nuestra relación.

«Vale, he sonado demasiado técnica con eso».

—Solo me entró la duda, perdón.

—No pasa nada.

—Las cosas con Denver están perfectas —respondo, incómoda—. Deberíamos ir a nuestros sitios pronto, el programa va a empezar.

—Ya, vamos.



Una sensación de adrenalina recorre mi cuerpo cuando el juez sopla su silbato. Mis ojos siguen con la atención de un animal en cacería a mis compañeros hasta que me toca a mí. Tenemos arneses, protección, casco y seguridad. Aun así, cada vez que debo valerme solo de mí misma para mantenerme en el aire, se siente como una situación de vida o muerte.

Aprieto la barra entre mis dedos cada vez que la sostengo, avanzo la mano derecha, dejo que mi cuerpo se balancee y suelto la izquierda justo a tiempo para agarrar la siguiente barra. El metal es frío, pero áspero, y se calienta suavemente con mi tacto. También podría ser solo mi impresión del momento, no tengo más que unos milisegundos en una antes de saltar a otra.

Mis pies cuelgan libres. Utilizo las piernas para impulsar el balanceo porque el espacio es amplio y no puedo valerme solo de estirarme. Mis hombros se tensan cuando estiro los brazos al máximo. Flexiono ligeramente los codos, evitando que se bloqueen. No pienso demasiado en el siguiente movimiento, solo lo hago. Si caigo, será en una colchoneta y estaré bien.

Pero no quiero «estar bien», quiero «hacerlo bien». Y es como sucede cuando bajo corriendo a tocar la campana.

«Tengo que dejar de ver esto como un espectáculo. Tengo que dejar de verlo como un reto».

Me repito eso al volver a mi puesto. Elevo la vista hacia el pasamanos, al punto más alto, y me acomodo el arnés de nuevo.

Si esto fuera un deporte, entonces solo me concentraría en pasar barra por barra, no en el

final junto a la campana. Pero no puedo arriesgarme ahora, tenemos que ganar los juegos de hoy.

Manos, barra, impulso. El cuerpo se lanza hacia adelante antes de pensarlo. Los hombros tiran hacia atrás, los brazos se flexionan y estiran en un ritmo que arde. Cada músculo en tensión.

El balanceo se acelera. El agarre duele, pero no aflojo.

Me tiro al acabar, y mis piernas tardan en reaccionar medio segundo, pero yo no. Mis manos van hacia la cuerda de la campana desesperadamente y la sostengo con fuerza, sacudiéndola al mismo tiempo.

Segunda campanada. Quedan seis minutos de competencia. Miro el contador en la pantalla. Lo hice en el mismo tiempo que la pasada anterior.

Pero esta vez lo disfruté un poco más.



El aire está fresco y la calle, tranquila, en silencio. Mis zapatillas golpean el pavimento en un ritmo constante mientras respiro hondo para llenarme de energía. Oigo a Denver destapar su botella de agua.

Mis pasos se vuelven más ligeros y mi mente, un poco más clara. O quizá es que aún no he despertado del todo. No obstante, quedamos en entrenar juntos en las mañanas desde antes del "incidente", así que aquí estoy porque sabía que él estaría.

—¿Estamos yendo al mismo sitio de la última vez? —cuestiono al reconocer las calles.

Denver asiente.

Se oyen los pájaros cantar. El sol está en lo alto, dándome justo en la cara, pero lo suficiente poco intenso para no molestarme. No nos queda mucho tiempo juntos, esta no es una actividad planeada de la que sepa mi representante o las personas que nos ayudan en redes. No deberíamos desaprovechar el tiempo sin dejar constancia.

Sin embargo, ninguno se ha atrevido a abrir su cámara.

El parque abandonado ahora me transmite una calma distinta. Tomo el liderazgo de la caminata y me abro paso entre los árboles hasta llegar al sitio de juegos oculto. No lo ha visitado desde que vinimos juntos. Se nota, porque él no dejaría las paralelas sucias como lo están ahora debido a las aves.

—Voy a estirarme —advierto en voz baja.

—Hazlo, yo voy a dar un par de vueltas al parque. Ya regreso.

—¿Vas a usar las barras? Para limpiarlas.

—Está bien, ya lo hago.

—No, me estoy ofreciendo.

—No te preocupes, Galilea. Lo haré yo. Ya regreso —dice y empieza a trotar lejos de mí antes de que pueda responderle.

Dejo escapar una bocanada de aire, tensa. No le he mirado a la cara y creo que él tampoco a mí.

Pongo mi pie sobre una de las banquetas y estiro las piernas. Me truena el cuello, he dormido fatal. Realmente me sorprende a mí misma estar aquí.

Pero quiero estar con él, a solas. Y me mata de curiosidad saber si le pasa lo mismo.

«Te ha besado, Galilea. Te ha besado el chico que pareciera no conocer lo que es el tacto de

una mujer».

Revivo la escena en mi cabeza. Me gusta más de lo que me atrevo a admitir. Su mano en mi cuello, su agarre, el impulso. Mis labios aún tenían el sabor salado del agua, y los suyos, suaves, querían apropiarse de ese sabor.

Me remojo los labios.

Estiro mis brazos, mirando la elíptica de juegos deportivos. Es vieja. Pongo los pies en los espacios correctos y cierro el puño alrededor de los tubos con tierra.

Hace un ruido extraño al moverse, igual al de las puertas oxidadas, pero mil veces más sonoro. Al menos el sonido me distrae. Lo hago con intensidad, lastimándome un poco porque la maquinaria no está en condiciones.

Cierro los ojos. El sudor se me resbala por la frente. Aprieto los dientes, intento sacar de mi cuerpo la sensación.

Pero cuando «no veo nada», lo veo a él en el mar, con los ojos grandes fijos en mí y con la sonrisa brillante.

Mierda.

—Galilea —llama Denver, y doy un respingo por el susto—. ¿Estás bien?

—Sí, sí. Disculpa.

—Lo estás haciendo mal. Si doblas la espalda y te sostienes así, te harás daño en las muñecas.

—Ya lo dejo —murmuro al bajar—. Tardaste un poco, ¿no?

—Sí. —Se rasca la nuca—. Estaba intentando aclarar mis pensamientos.

—¿Y qué tal?

Denver hace contacto visual conmigo.

—No funcionó.

—¿Quieres que usemos alguno de los equipos deportivos juntos?

—Solo quiero entrenar, la verdad. ¿Podríamos hacerlo en silencio?

Asiento con la cabeza y me dirijo a la zona lisa del césped para hacer abdominales. Es solo una excusa para alejarme y darme la vuelta.

Me río ante la imagen mental de dos idiotas haciendo ejercicio intenso en la mañana sin cruzar palabra. Por el rabillo del ojo, juraría que Denver se fija en mi sonrisa.

Hago lo que sea por moverme; cuando se trata de huir de la química, no tengo nada que envidiarle a un profesional de crossfit. Apoyo las palmas sobre el pasto, murmurando la cuenta de cuántas veces puedo levantar mi propio peso sin temblar, mientras la sombra de Denver se pasea sobre mí.

Trago saliva. Estoy un poco cansada. Quiero sentarme, acabar mi termo de agua y verlo hacer dominadas.

Denver tiene mucha más resistencia que fuerza, y eso parece ser una ventaja. Me tienta preguntarle si tiene alguna técnica, un truco, un as bajo la manga que le facilite la armonía en sus movimientos. Parece dueño de su cuerpo.

Parece confiado en él, y eso es lo que me falta.

—¿Necesitas algo? —pregunta al pillarme escudriñándolo. Me pongo roja.

—La verdad es que no. Solo estaba disociando. No logro el efecto que dices, ¿recuerdas? La actividad física no me centra en el presente.

—A mí tampoco —comenta al soltarse de la barra. Su pisada levanta la arena—. ¿Puedo confesarte algo, Galilea?

Tengo una bomba en lugar de corazón, y está a pocas palabras de explotar.

—Dime.

—No he podido quitarte de mi cabeza desde la cabaña. Es decir, antes era común, pero ahora es incesante. —Se frota el rostro con ambas manos, nervioso—. No sé qué estoy diciendo. Perdona.

—Continúa —ordeno—. P-por favor.

—He intentado cada uno de mis métodos para limpiar la mente y no he conseguido borrarte. —Sonríe—. Creo que no he sido muy listo. Parece que lo que está en el corazón no puede quitarse con nada. Es indeleble al agua.

—¿Qué estás insinuando?

—Que es propicio que deba viajar ahora, porque estar cerca de ti me cuesta un poco. Cada vez que te veo, solo quiero volver a besarte. Y eso no es ideal.

De todas las cosas que esperaba que dijera, esa nunca estuvo entre mis posibilidades.

—Pero esto es un error. Tenemos reglas y tú no estás lista para… Olvídalo. Nada. Simplemente, esto no es una buena idea. Ni siquiera sé qué estoy haciendo. No estoy midiendo los riesgos. —Se agacha a buscar su toalla—. Es muy reciente, aún no he tenido tiempo de filosofar una forma no caótica de describir lo que pasó, pero no puede volver a pasar.

—¿Por qué? —acierto a preguntar, por completo descolocada.

—Porque si vuelvo a besarte, me enamoraré de ti. Y si me enamoro, toda esta farsa se jode.

Trato de articular, pero nada sale de mi garganta. Solo quiero decirle que quiero lo mismo, pero él tiene razón. Esto es confuso y ni siquiera sé si existen palabras para describirlo.

—Eres brillante, Galilea. Gracias por tu tiempo. —Suspira—. Debo ir a trabajar ahora. Te prometo que la próxima vez que te llame, tendré la frase perfecta.

Denver recoge sus pertenencias y desaparece entre los árboles. Yo me dejo caer sobre la hierba.

Paso un par de horas más allí, hasta que llevo mi cuerpo al límite y cada extremidad duele. El dolor físico alivia un poco el emocional.

Arrastro los pies hasta la carretera, donde pido un taxi. En el asiento trasero, todo en lo que puedo pensar es que la última vez que perdí toda energía entrenando, Denver me llevó en brazos.

Él tiene razón. Esto es riesgoso. Podría romperle el corazón.

O peor aún, rompérmelo a mí misma si es mutuo y la carga de fuera nos aplasta.

CAPÍTULO 17

“Somos lo que hacemos día a día, de modo que la excelencia no es un acto, sino un hábito”
—Aristóteles

En el último entrenamiento, no me cansé.

Hice exactamente lo mismo que en el anterior, pero no me cansé. La sensación física está presente: el dolor, el desgaste en mis extremidades, la sudoración. Sin embargo, noté algo nuevo, algo importante que parecía encajar con lo que Denver dice: si mi mente dice que aún puedo, puedo sobrepasar mis límites, solo un poco más.

Cuando estás a punto de llegar al límite, cuando las piernas te fallan y tus brazos dejan de ser lo suficientemente ágiles, se siente como una corriente atravesando tus venas. Puedes notar cómo te vuelves más débil, más ligero, y al mismo tiempo, una sensación en el pecho te devuelve un subidón de energía que dura solo unos segundos. En ese instante, lo importante es controlar la respiración. Eres tú y tus pulmones los que deciden si puedes bajar el ritmo para mantenerte o si vas a soltarlo.

La sensación externa es tan intensa que se convierte en todo lo que piensas: calor, sudor, humedad. El viento refrescándote en las ráfagas que tú mismo provocas. Dejas de oír los sonidos exteriores, solo tu respiración y pisadas. Se trata de respirar por la nariz, lento, calmándote mientras encuentras tu centro. Te mentalizas y sigues, por ambición propia.

Solo quienes rozan su límite una y otra vez para alcanzar su mayor potencial pueden imaginar lo que sucede dentro. Hay unos minutos en los que consigo tener la mente en blanco, moverme en automático, con una seguridad innata en mis movimientos. Resisto un poco más, y cuando veo que puedo lograrlo, es como si una droga explotara dentro de mí. El orgullo y la sorpresa de descubrir mis capacidades son adictivos, me hacen nunca querer parar.

Hice tres veces lo que siempre forma parte de mi rutina, y en cada pasada me sentía más poderosa. Más hábil. Más libre. Más liviana y resistente.

Uno de los trucos es resguardarse, empezar de menos a más, lo cual es contradictorio en programas como el mío, donde todo es extremo y de tiempo corto. Pero mi mente maquina nuevas estrategias.

La mayor diferencia con todas las veces en las que acababa muerta es que, esta vez, no siento ansiedad. Mi mente no desespera, sabe que puedo. Está tranquila, en calma, como si le comunicara a mi organismo que, con un poco de aire y mentalidad, puedo tener superpoderes.

Controlo mi pulso, las calorías quemadas y el tiempo en mi reloj digital. Si tan solo pudiera

replicar este desempeño en el reality, ni siquiera me preocuparía por ser mejor que mi rival. Solo confiaría en mí.

Tengo que hacerlo. A partir de hoy, no tengo entrenador personal. Denver ha tomado el primer avión hacia los juegos.

No hemos llamado.



Mis padres regresaron de sus vacaciones en Punta Cana ese mismo día. Llegaron con un gran bronceado, un montón de recuerdos y la "certeza" de que estaría en mi departamento con Santiago. Desconectados de las redes sociales, no se enteraron de nada.

Me llamaron "temprano" según mi horario anterior, pero para esa hora, por fortuna, ya estaba en pie, duchándome después de entrenar. Apenas supe que fueron a verme y no respondí, corrí hasta allá para encontrarme con ellos antes de que se toparan con el idiota de mi ex.

No dijeron nada, pero la confusión en sus ojos fue suficiente. Sin maquillaje, recién despierta, con un bolso ligero donde llevaba mis snacks y mi agua. Casi me pongo a reír por lo extrañados que estaban, pero nuestros abrazos de bienvenida interrumpieron cualquier duda mientras, de forma disimulada, los invitaba a bajar. Les conté que me había mudado, sin aclarar el motivo, hasta que subimos a su auto para ir a mi nuevo sitio.

—Te ves como otra persona, pareciera que fuiste tú la que estuvo de vacaciones —ríe mi madre—. ¿Cómo has estado?

—Un par de meses intensos. —Río incómodamente.

—¿Santiago no estaba? —cuestiona mi padre—. Estuvimos tocando la puerta por quince minutos antes de llamarte.

—Nos separamos —carraspeo—. Hace ya un rato, estamos separados.

—¿Qué? ¿Por qué? —Mi madre parece creer que es una broma.

Confío en mi familia. Siempre me apoyaron con mis intereses y mi carrera. Pero Denver no le ha contado a nadie y yo, por contrato, tampoco puedo.

—Tengo novio —contesto como si nada.

—Pero… —El rostro de mi padre se refleja en el espejo retrovisor. Está tratando de no juzgarme, pero le resulta difícil.

—¿Quién es? —indaga mi madre, y yo ruego que el tráfico desaparezca para que no tengan oportunidad de sacarme más información.

—Es… es nadador. Se llama Denver Mon…

—¿Denver Monroe? —completa mi padre.

—¿Lo conoces?

—¿El medallista olímpico? —repite, confundido—. ¿Denver Monroe, el rubio?

—Sí, pa.

Él baja la velocidad a la que conduce antes de responderme.

—¿Qué? —Mi padre gira la cabeza—. ¿Desde cuándo?

—Pues… —Según lo que puedan encontrar en video, hace dos años. Según la realidad, hace un par de meses—. Tenemos un tiempo ya, sí. Ha sido espontáneo, no tuve tiempo de decirles.

—Está bromeando. —Ríe mi madre.

—No lo estoy.

—Pff, qué buen chiste.

—No me creen. —Ruedo los ojos, pero ninguno se inmuta—. Espera, ¡¿en serio no me creen?!

—Perdona, hija, es que es difícil de asimilar que tengan algo en común tú y… —Antes de que mi padre termine la oración, le muestro en mi teléfono una de nuestras fotos de la sesión en la pecera.

Un silencio sepulcral llena el automóvil y se mantiene hasta que llegamos a destino. En el asiento trasero, estoy algo ofendida porque no me creyeran y, al mismo tiempo, orgullosa de haber mostrado la foto. Lo cual me golpea como un balde de agua fría: estoy orgullosa de ser pareja de alguien que, claramente, no es mi pareja.

Y cuando deje de beneficiarnos a ambos directamente, cuando acaben los juegos y yo termine la temporada del reality, todo acabará.

Mis llaves giran en la cerradura. Empujo la puerta sintiendo la presión de no tener este sitio lo suficientemente ordenado. El sol se cuela por la ventana del balcón que dejé abierta. Mis padres me siguen, y puedo escuchar sus pasos detrás de los míos, cuidadosos y pausados. Están escudriñando cada rincón de mi nueva propiedad. Un par de regalos de Denver para entrenar siguen en la mesa.

Dejo sus maletas al lado del sofá y me giro a verlos. Mi madre observa la sala con una ligera sonrisa, mientras mi padre se detiene junto a la mesa del comedor. Sin preguntarles, voy a la nevera y saco la jarra de jugo de zanahoria.

Nos sentamos alrededor de la mesa. Pongo dos vasos frente a mí y los lleno hasta la mitad. Tomo una larga respiración. Le miento a todo el mundo por un bien mayor, por *mi* bien mayor. Sin embargo, es raro hacerlo con tus padres.

—¿Cómo conocen a Denver?

—Vemos los Juegos Olímpicos todos los años, Galilea. Uno recuerda si alguien ha participado más de una vez. Y bueno, en la última ocasión en la que viajamos a verlos, fue uno de los chicos con los que tuve el placer de hablar —revela mi padre—. Estaba haciendo un estudio y, después de mucho trabajo, me dieron un pase de periodismo. Solo pude hacer un par de preguntas a media docena de atletas, pero los recuerdo a todos.

—No tenía idea. ¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Te lo conté como anécdota, pero seguro no prestaste mucha atención. Como siempre.

—Te estoy prestando atención ahora.

—Lo noto. Andas rara.

—¿Rara?

—Cambiada.

—¿Cambiada?

—Mejor.

—He cambiado un poco, soy consciente.

—No sé mucho más de Denver, la verdad. Lo recuerdo y hasta ahí. Pero se ve que es un gran hombre. —Mi padre me mira de arriba abajo y se detiene en mi sonrisa de labios sellados—. Te hace bien, te ves más…

—¿Sana? Sí, no sabes lo que es Denver, está loquísimo. Tiene una rutina que…

—Iba a decir *feliz* —me interrumpe—. Te ves mucho más feliz.

—Oh. —Cierro la boca y reprimo una sonrisa—. Claro.

—¿Cuándo lo vamos a conocer? —indaga mi madre—. Aquí entre nosotras, nunca me gustó

Santiago para ti. Siempre te alejaba de nosotros, se la pasaba en fiestas y desvaríos. Tú necesitas a alguien más centrado, Galilea. Tienes la cabeza puesta porque está pegada a tu cuello y, con alguien como Santiago, no la tenían ninguno de los dos.

Miro al piso, busco un vaso en el que ahogar mi vergüenza en jugo de zanahoria y la dejo hablar.

—Si bien no hay que generalizar, ser atleta olímpico requiere ciertas cualidades más allá del talento. Me encantaría conocer a Denver en persona para ver si lo acepto o no.

—¿*Aceptar*? —pregunto, en pánico.

—Pues obvio, no voy a dejar que mi hija se case con cualquiera.

—¡¿Casar?! —digo, aún más paniqueada.

—Para eso se pone en pareja la gente, Galilea, *pa'* casarse. O al menos eso intenté enseñarte.

—Cierto, cierto… —Bebo un largo trago—. Pues no podrás hasta que acaben los Juegos o tenga un rato libre entre sus viajes. Denver ya no está en la ciudad.

—Aún no empiezan. Nosotros estamos esperando la inauguración para verlo, es en unos cuantos días —interrumpe mi padre.

—Lo sé.

—¿No quieres ir a visitarlo? Puedo conseguir los boletos de avión y demás acomodaciones ahora mismo. Vamos un fin de semana en el que no tengas el reality, solo por un día, pero vamos —propone, animado.

—¿Harías eso por un novio que tengo hace tan poco y que ni siquiera conoces? —Arqueo una ceja.

—No. Lo hago porque es una actividad que me gusta, y ahora tendríamos una razón. A mi blog le vendría bien contar que nos volvimos a encontrar.

—¡¿Tienes la entrevista con Denver en tu blog?!

—Por supuesto. ¿Acaso no los lees?

—Je, je.

—Da igual. Veré los boletos —dice, levantándose para buscar su maleta. Saca su laptop—. Preparen sus cosas desde antes, probablemente nos toque un mal horario el próximo fin de semana.

Asiento.

—Por cierto, papá…

—Dime.

—¿Me das el enlace de la entrada de tu blog?

CAPÍTULO 18

“Hay siempre algo de locura en el amor. Pero también hay siempre algo de razón en la locura”
—Friedrich Nietzsche

DENVER

La piscina brilla bajo las luces del techo. El ambiente es eléctrico, el eco de los demás atletas se mezcla con el sonido sordo de los saltos. Estoy en el borde y siento el frío del material bajo mis pies.

Respiro hondo y tomo un momento para asimilarlo. Aquí estoy, en el lugar donde múltiples años de mi vida tienen un comienzo y un fin. Amo y detesto esta sensación a la vez. Intento recordarme los consejos que le di a Galilea antes de meterme.

Al entrar al agua, la temperatura es diferente a la de un entrenamiento habitual. La densidad me envuelve. Doy las primeras brazadas, el agua se desliza sobre mi piel con suavidad. Las olas que dejo atrás se disipan con rapidez. Mis movimientos son fluidos, rápidos; siento cada músculo trabajando.

Mi respiración se adapta al ritmo. El sonido bajo del agua es lo único que oigo. Todo lo demás desaparece. Pero, por primera vez, mi mente no está en blanco. Estoy concentrado por completo, pero ella sigue ahí, persiguiéndome incluso fuera de la tierra.

Este es el momento para el que he entrenado toda mi vida. Tengo un buen presentimiento sobre este año. Lo tengo desde que conocí a Galilea. Cada brazada me hace sentir más seguro de mis capacidades. Creo que esta es mi oportunidad.

Sé que este es el inicio de algo distinto. Es diferente a las otras veces. Esta vez, el sol me acompaña.



Mi habitación en la villa está ordenada. Hay dos camas por habitación en mi sector y un par de

muebles pequeños que sirven como mesa de noche y armario. Lo primero que pienso al entrar es que no tengo suficiente espacio para poner mi laptop y ver el reality.

En este momento debería bajar a la cafetería a comer o socializar con mis compañeros y colegas, pero solo controlo el reloj, haciendo el cálculo mental de qué hora es allá. Me pongo los audífonos y me estiro en la cama mientras espero que los conductores dejen de hablar para perder el tiempo viendo la competencia.

Estoy al borde de morderme las uñas durante la primera y la segunda prueba. Hoy son las clasificatorias individuales femeninas. Es ella contra el resto de su equipo. La segunda competencia me tuvo rogando por buena señal. Pasar debajo de una red en la piscina no es su mejor sueño, y no se le nota en el rostro, pero sí en los ojos.

Galilea es preciosa. Es incluso injusto lo mucho que resalta entre el resto. Su cabello oscuro la hace destacar, incluso cuando está en el fondo de la toma. Las luces rebotan en su piel. Sus ojos se encuentran con el lente del camarógrafo y guiña justo antes de ir a comerciales. Yo dejo escapar un suspiro.

Esto, probablemente, son malas noticias para mi suerte. Pero Galilea me gusta.

Me gusta bastante.

Tanto que el «gustar» me empieza a parecer una expresión básica. Lo mismo con «querer». Miro entre los distintos servicios de streaming buscando un pedazo de su existencia. Yo añoro a Galilea. La anhelo.

No tengo claro cuándo "la chica extraña con la que estoy metido en esto" empezó a ser simplemente "ella", pero sí sé cómo. Desde el primer momento en que tuvo que resolver algo sola. Desde que me tomó como su pareja de equipo. Sé que hay crédito en su manera de desenvolverse, en su sonrisa, en su alma pura y su perspectiva fresca, en sus ideas, en su soltura, en su resistencia, en su voluntad, en su actitud, en su libertad y en su encierro mental.

Incluso sus defectos hacen que Galilea, ante mis ojos, sea la mujer de mis sueños.

Y mi mente idiota, acostumbrada a perseguir lo que ama, no ha podido evitar tener un desliz. Lo cual me sorprende incluso a mí, porque llevo más de dos décadas y un par de años siendo exitoso en ello.

Galilea no es fuerte. Es resistente. Tiene la piel gruesa ante las heridas de la vida. Tiene el corazón reconstruible para su desmoronamiento inevitable. Tiene la determinación necesaria para mantenerse en un sitio donde, hace tan solo unos meses, lo tenía todo en contra. Y el coraje de seguir luchando.

Por sobre todo, lo que más me atrae de ella es su ambición: que dos campeonatos, ser una persona increíble, tener un buen corazón, que ser "casi" perfecta no sea suficiente.

Galilea siempre quiere más. Aunque no lo admita en voz alta ni lo vea con claridad.

Ella quiere comerse al mundo sin saber que ya lo tiene a sus pies.

La veo a través de mi pantalla y, en realidad, no puedo creer que esos sean mis pensamientos. No puedo creer que esté pasando. Que el "enamoramiento" exista tal y como lo describen los grandes pensadores, y que todos y cada uno se hayan quedado cortos al describir lo que siento por ella.

Cada detalle de Galilea se complementa con alguno mío, aunque ella no lo vea tan claro. Yo me esfuerzo en ocultarme, pero éramos iguales. Todo lo que me mueve el alma hace que la suya baile. Todo lo que le parecía inamovible era una fuerza que yo había intentado detener.

Es como si ella me leyera la mente y como si yo pudiera ver a través suyo como un cristal.

Sé que el mundo esperaba que estuviera cerca de ella, de su energía, de su alma y de sus labios sin enamorarme. Pero era imposible.

¿Cómo estar cerca de alguien que es el sol sin sentir calor? ¿Cómo podía tener a Galilea y no sentir nada por ella?

No era algo que yo pudiera lograr. Después de todo, solo soy humano.

Pero detestaba que sucediera. E intentaba maquinar una forma de quitarla de mi mente. Nada funcionó. Tampoco lo que yo mismo le recomendé.

Con una expresión de terror en el rostro, me di cuenta de algo simple:

Lo que no se puede quitar de la cabeza está en el corazón. Y lo que no se puede quitar del corazón está en el alma.

Nada escapa del alma.

Sin embargo, ¿cómo algo puede atravesar tu alma tan rápido?

Aún no me lo explico.

La dinámica del programa de hoy es simple:

Cuatro competidoras. Tres competencias.

En la primera, pasan tres chicas. Galilea está entre ellas. Ahora tienen la oportunidad de pelear por un pase a las últimas eliminatorias.

En la segunda competencia, avanzan solo dos. Ellas ya están en la última fase, pero solo una irá directo a semifinales. Solo una tendrá la oportunidad de descansar y juzgar el desempeño de sus contrincantes.

Solo una se clasificará como la mejor de su equipo este día.

Y eso se define justo ahora, en la tercera competencia.

Siempre me pone nervioso verlo en vivo. Los arneses que llevan los participantes los controla el equipo de producción; las estructuras las construyen con ellos, y a veces son los mismos competidores quienes deben acomodarlas. Sé que es un reality “extremo”, pero sigue sin agradarme.

Galilea se ve diminuta cuando la cámara se aleja. Su contrincante es mucho más alta, de complexión más grande, y eso le da una ventaja considerable. Se nota a simple vista. Aun así, Galilea no se rinde. En el pasamanos colgado del techo, en escalar las estructuras, correr y nadar, es donde le saca ventaja.

Siento cierto cosquilleo en el pecho, algo que me gusta llamar orgullo, cuando me doy cuenta de lo superior que es bajo el agua. Le recorta varios segundos que son de vital importancia.

Siento cada emoción: miedo, nervios, pavor, adrenalina y satisfacción, sin mover un solo dedo. Solo recostado en la cama, mirando el teléfono con una sonrisa.

Mi corazón late desesperado cuando controlo el tiempo. Quedan cinco segundos antes de que el silbato del juez corte la competencia. Galilea está adelantada por pocos metros, pero vuela en el pasamanos y se lanza desde arriba como si tuviera alas. Toca la campana y regresa por el mismo sitio para su siguiente pasada, mientras su rival sigue a la mitad del recorrido.

Dos segundos. Ya no la podrá alcanzar.

Salto al darme cuenta, quedando sentado en la cama, que se tambalea porque está hecha de cartón. Levanto el puño y lo cierro, celebrando. Río emocionado desde antes de que el silbato suene. Daría lo que fuera por estar allí, correr hacia ella y gritar.

El camarógrafo la enfoca. Aún no ha bajado del todo en su vuelta por las estructuras altas. Ahora, alivia el ritmo mientras se acerca al punto donde debe usar el arnés para tocar el suelo. No hay descanso ni júbilo en su mirada. Hay confianza, hay seguridad y, más importante aún, hay hambre. Hambre de ganar, por puro gusto.

No puedo evitar pensarlo: estamos viendo a la campeona de esta temporada, encuadrada a la perfección.

Su expresión... No está cansada.

Es malditamente aterradora.

Me encanta.

Estoy tan absorto en la emoción que dejo de mirar la pantalla. Cuando vuelvo a verla, Galilea está a pocos metros del suelo. Se ve en vivo y en directo el momento en que quienes controlan el arnés no calculan bien.

Y la sueltan.

Antes de que aterrice.

Lo último que se oye antes de que termine el show es un grito.

CAPÍTULO 19

"Del tronco de esta derrota florecerá la victoria futura"
—Rosa Luxemburgo

Mierda.

Grito del susto, en primera instancia. Hasta que la adrenalina baja y, entonces, grito del dolor. Me llevaron al médico tan rápido que ni siquiera tuve tiempo de procesarlo.

No caí de muy alto, solo un metro o dos. Estoy acostumbrada a lanzarme de esas alturas en las competencias. No porque fuera necesario, sino porque, si hacía lo mismo que el resto, quedaría atrás. Tenía que arriesgarme.

Caí "bien parada", pero justo en el borde que separa el área de juegos de la piscina, cerca de las escaleras del programa. Aun si no hubiera llevado el arnés —que, en este caso, fue como si no lo tuviera, por la incompetencia del personal que lo controlaba—, no me habría lastimado gravemente, ya que logré sostenerme de una de las cuerdas. O eso me gusta disociar mientras aprieto los dientes por el dolor.

Me lastimé, por supuesto. Siento dolor en la parte superior de la pierna, en la mano y en el brazo. Mi pantorrilla resbaló con rapidez por el borde de la escalera, rasgándome la piel lo suficiente para abrirla. Los enfermeros limpian la sangre mientras el doctor prepara la sala de radiografías para asegurarse de que todo esté bien. Tampoco han descartado una contusión, pese a que insisto en que "me siento bien".

Me siento fatal, pero si me preguntan si soy funcional: sí. Tengo la teoría de que, si me inyectan un calmante, podría volver y jugar la final ahora mismo si es necesario. En los últimos días, mi forma de pensar ha cambiado drásticamente.

Dejé mi teléfono en el camino, pero una de las enfermeras, que me reconoció, me prestó el suyo para revisar las redes. Mis fanáticos tienen el Jesús en la boca. El programa ha informado que estoy en el médico, y no tengo forma de contactar a nadie. Solo recuerdo un número de memoria: el de mi padre. Lo marco para avisarle que estoy estable. Sin embargo, y quizá por fortuna, ellos no estaban viendo el programa.

Trago saliva. No me gustan las habitaciones de hospital.

Pese a que todos me vieron caer, estoy sola. Y, aunque la mayoría del tiempo no me importa la falsedad de mis amistades en el reality, me deja un sabor amargo en la boca ver este sitio vacío. Antes, mis fiestas estaban llenas. Pero los amigos que sostienen tu copa en las buenas no serán los mismos que sostengan tu mano en las malas. Al menos, no en la mayoría de los casos.

Lo estaba aprendiendo de la peor manera.

Casi todo lo que aprendí este año fue así.

Veo la repetición de mi accidente. Está subida en las redes sociales del reality. Tenía un presentimiento, pero al verlo confirmo que no me caí por error mío.

Tuve suerte.

Si esto pasaba antes de que terminara la competencia, podría haber perdido mi pase a las semifinales. O peor aún, una pierna.



Finalmente, me dan una hora para la radiografía. Hay pacientes antes que yo, con mayor urgencia, así que doy permiso para que me dejen al final. No tengo mucho qué hacer y sé con certeza que no voy a morir.

Estoy recostada en la cama, mirando las luces del techo, cuando la puerta se abre. Me valgo de mis brazos para recomponerme y apoyar mi peso en la almohada.

Estiro el cuello con cierta timidez y veo, desde el pasillo, una silueta familiar.

Milán está ahí.

—Capitán —murmuro al verlo entrar.

—Dios mío. —Se lleva una mano al pecho—. No sabes el susto que me pegué, Galilea, casi nos vamos los dos.

—Eso haría un verdadero líder.

—Perdón por llegar recién, estaba discutiendo con la producción. Este tipo de errores son inadmisibles, no ha pasado nunca en cinco años de programa. ¿Y viene a pasar ahora? ¿Contigo?

—Tampoco quiero que despidan a quien fue responsable.

—Pues deberían —sentencia él—. Pero me refiero a que esto es raro, porque las cuerdas de nuestra otra compañera fueron seguras, su arnés funcionó perfecto.

—Tal vez no vieron bien dónde estaba. Miré el video; como voy tan apresurada, pudo ser un error de cálculo. Es decir, por supuesto que quiero que eso se tenga en cuenta porque no quiero que nadie se lastime, pero…

—Una mierda. —Milán se cruza de brazos—. Me parece una mierda, pudieron haberte matado.

—Estoy viva.

—Eso veo.

—Estoy bien.

—Si estuvieras bien, ya te habrían dado de alta.

—Tengo que hacerme un par de estudios, luego volveré a casa.

—¿Tienes reposo? Pensé que sería algo grave, si te soy sincero, y detesté pensar en la idea porque…

—Estaré lista para las semifinales —afirmo.

—Eso no lo sabemos aún. Pero no te preocupes, harán repechaje entre semifinalistas y tú ya lo eres. Aunque no te recuperaras en dos semanas, con tu fandom e influencia podríamos meterte a la final.

—Ni siquiera pienses en ello. Estaré bien.

—Es lo que más espero.

—Te preocupas demasiado. Al final, los premios son para cada gladiador, no es en equipos.

—No me preocupo porque seas mi equipo, me preocupo porque eres mi amiga. De las pocas amistades que tengo en el reality.

Me quedo en silencio. Él nota mi cambio de humor y carraspea para aliviar la densa tensión. Está incómodo. No es mi intención, es simplemente su elección de palabras.

—Lo valoro muchísimo, amigo —respondo, lento.

Milán sonríe.

—Me alegra. —Mete las manos en sus bolsillos—. Por cierto, te traje tu teléfono. Quise traer tu bolso, pero estaba en el locker y no sé tu contraseña. Lo siento.

—No hace falta, la intención es lo que cuenta. Y mi teléfono… —Estiro el brazo—. Es lo que más necesitaba.

—Intenté probar la fecha de tu aniversario con Denver, pero no funcionó.

—Es en realidad solo uno, dos, tres, tres, dos y uno.

—Pff, eres increíble.

Cuando desbloqueo mi teléfono, mi corazón se detiene por un segundo.

Tengo miles de cosas sin abrir.

Cientos de mensajes sin leer.

Entre ellos, noventa y siete mensajes son de Denver.

Quince audios son de Denver.

Treinta y tres llamadas perdidas son de Denver.

Justo cuando estoy por leer el chat, preocupada porque él también tenga algo que contar, otro intento de llamada suya me interrumpe. Esta vez es videollamada.

—Milán, disculpa. ¿Te molesta si contesto?

—Para nada. Ya pronto me iré, solo vine a ser buena persona, que en estos tiempos hace mucha falta.

Le dedico mi sonrisa más amable y vuelvo a mirar la pantalla. Deslizo el botón verde.

—Hola —susurro. Uso mi brazo derecho como trípode para que en el video se visualicen bien mi bata, la cama del hospital y los medicamentos detrás de mí.

Denver se ve mal. Estresado, pálido y con las cejas fruncidas. Me observa como si fuera él quien siente mi dolor.

—Gal…

—No me he roto nada —aclaro apenas empezar.

—¡Que ella sepa! —exclama Milán desde la esquina.

—¿Con quién estás? —cuestiona Denver.

—El capitán de mi equipo, vino a traerme el teléfono. Por eso no te pude contestar antes, lo siento. ¿Te preocupé un poco?

Denver ríe tímidamente.

—Un poquito. Lo importante es que puedes hablar. Como no estabas apareciendo, asumí lo peor. Que sepas que dudé seriamente en tomar un vuelo para ir a verte.

—Eso sería irresponsable, con tu tiempo, tus compromisos, tu dinero y tus sueños.

—Pero no lo sería con mi corazón. Dejó de latir en el segundo en que pensé en la posibilidad de que te pasara algo malo.

—Awww. —Milán suspira recostado en la puerta. Yo lo miro mal.

—Gracias. —Muevo el teléfono para que vea que está a pocos metros y lo escuchará si dice algo extraño—. ¿Cómo te ha ido?

—Bien, es tranquilo. Hasta la inauguración puedo darme el lujo de ver el reality.

—¿Lo estabas viendo?

—Lastimosamente. —Suspira—. Cada segundo. No fue una buena experiencia.

—No vuelvas a hacer eso —lo regaño.

—¿Por qué?

—No sueles verme en vivo. Míralo como… —Como que me da pena. Como que me pone nerviosa saber que tengo tu atención en alguna parte del mundo—. Una cábala. Cuando no lo viste, no me pasó nada. Y ni hablemos de que las últimas dos finales no tenías ni idea de quién era.

—Gal, ¿en serio crees en esas cosas?

—Cállate.

—Ay… —Se lleva una mano al rostro—. Cada vez que descubro algo nuevo de ti…

—Te asusto, lo sé. —Le guiño un ojo.

—De hecho, iba a decir que me atraes más.

Mi sonrisa se borra sutilmente. Me veo obligada a conservarla a la mitad porque Milán me observa sosteniendo el teléfono y debo pretender que Denver diciendo algo así es normal. Que no es una locura. Que no he entrado en cortocircuito.

Su expresión en la pantalla me revela que lo ha hecho a propósito. Se acerca, tratando de ver si pilla al capitán cerca. No conocía este lado suyo.

—Denver… —digo con voz chillona—. Cortemos, te llamo luego, cuando me haga la radiografía y esté en casa.

—No. Puedo esperar a que te la hagan y luego puedo volver a llamar.

—Es tarde allá, necesitas descansar.

—Necesito saber de ti un poco más, si estás realmente bien. Una vez tengas los resultados, cortaré.

—Denver, ve a dormir.

—Gal…

—En serio.

—No sé si haya algo en el mundo que logre convencerme —admite.

—Voy a cortarte —advierto.

Milán se muere de amor en la esquina del cuarto.

—Volveré a llamar —dice con naturalidad.

—¿Mañana en la mañana te parece bien?

—Todos los días —contesta—. Voy a llamarte todos los días. Creo que subestimé mi rango mental, no puedo pensar con claridad si no sé de ti y… sé que nuestra próxima llamada debía tratar de otro tema. Disculpa por eso.

—No es tu obligación, Denver. No tienes por qué preocuparte por mí.

—No lo hago por obligación, y es algo ya decidido. A partir de hoy, te diré la hora en la que llamaré. Por favor, contesta.

Me incomoda verlo tan entregado. Me incomoda porque, en ese caso, cuando nos veamos en persona, ninguno podrá ser “la persona de la razón”. Y es que, ¿qué razón puede haber entre dos personas enamoradas?

Me gusta Denver.

Creo que le gusto a él.

Quizá debería mandar todo a la mierda.

Una vez ambos ganemos.

—La sala de radiografías está lista —informa un enfermero al ingresar a la habitación—. Acompáñeme, por favor.

—Te ayudo —dice Milán al acercarse para levantarme.

—Debo irme —farfullo al teléfono—. Suerte, eres el *mejor de todos*.

CAPÍTULO 20

“Nunca moriría por mis creencias porque podría estar equivocado”
—Bertrand Russell

Denver y yo hemos estado hablando cada mañana y cada noche en estos dos días.

No le he dicho que mi padre compró boletos de avión, ni que lo recuerda, ni nada. Me pregunto si él también lo hace, pero me niego a arruinar la sorpresa.

Él se ha estado adaptando a las instalaciones, ajustando su técnica a la piscina y al lugar de competencia. El clima es cálido, por lo que no hay problema. Me ha enviado un par de selfies bajo el sol, comiendo los postres de la cafetería y justo después de salir de la piscina.

La mayoría son imágenes de ver una sola vez. Las he mirado por más tiempo del que admitiría en voz alta.

Sé que hay reuniones técnicas y pruebas de cronometraje; Denver me ha contado cada detalle. Lo único en lo que pienso es en lo irreal que suena que exista alguien como él. Los químicos del enamoramiento pegan fuerte.

A veces me gusta resaltar cosas obvias, solo por diversión.

—Quizá deberíamos hacer solo llamadas de voz —comento.

—¿Por qué? —Denver acerca su rostro más a la cámara.

—Porque siempre estás tan… —«lindo»— sonriente, que pareciera que andas en las nubes. Ya sabes…

Él me interrumpe antes de que acabe mi frase.

—Si me hicieran una prueba de dopaje mientras hablo contigo, quizá saldría positiva.

—¡No bromees con esas cosas!

—El amor romántico es una adicción. —Chasquea la lengua—. Hay varios estudios neurocientíficos sobre ello, de hecho.

Me asusta la facilidad con la que hemos incluido la palabra “romance” en nuestras conversaciones. Tengo la teoría de que esto solo ocurre porque no estamos cara a cara.

—Por cierto, estuve leyendo sobre ti. —«En el blog de mi padre»—. ¿A dónde iremos a celebrar el diecinueve de enero?

Denver entorna los ojos.

—A mi casa, con un pastel de naranja. ¿Quieres una invitación?

—Soy tu novia, por supuesto que estoy invitada —respondo, “ofendida”.

—De hecho, como eres mi novia, tú deberías traer el pastel.

Un «yo soy el pastel» está por escaparse de mis labios.

Sin embargo, no digo eso. La sonrisa de Denver es tan grande que ocupa casi toda la pantalla.

—Debo ir al set ahora. Le prometí a Milán que entrenaría una hora con él antes de la transmisión.

—¿Segura de que puedes volver?

—Me da un poco de miedo, pero estaré bien. He reposado estos días y necesito volver al ritmo o moriré.

—Morirás si no cuidas de ti misma.

—Lo haré, pesado. Tranquilo. Ve a comer algo y recuerda no romper nuestra cábala.

—Lo prometo —dice al levantar el meñique—. Nos vemos pronto, Gal.

«Sí. Más pronto de lo que tú crees».



El canal cuenta con un gimnasio, que es el que usamos la mayoría de las veces para estirar antes del programa. Tuve mucha suerte al pasar como primera semifinalista; así, el resto de los días de esa semana, las competidoras restantes estuvieron luchando por los cupos.

Esta semana es masculina. Al ver el “error” de la última vez —hacerme el “camino fácil” incluso con reposo médico—, decidieron cambiar las reglas a último minuto. Para los hombres, deben pasar dos días de competencia antes de que se escoja el primer semifinalista y luego repartir los puestos restantes entre los demás.

A Milán le fue bien el primer día. Si no hubieran cambiado todo, ya estaría descansando. Sin embargo, está aquí, a mi lado, corriendo en la caminadora.

—Es que está todo muy sospechoso —dice, tratando de balancear correr a toda velocidad y criticar a la vez—. Primero lo de tu caída, luego esto. Lo hacen para que, si hay inconvenientes en el futuro, puedan sacar la carta de que han “sido estrictos”.

—Lo sé. Lo pensé.

—Estrictos deberían ser con su seguridad, idiotas.

—Es que, si lo pienso, nos han estado jodiendo mucho esta temporada. Primero, le han quitado varias victorias al equipo. Luego, cuando gano un circuito que sin duda no me favorecía, tienen un “accidente técnico” que podría haberme lesionado gravemente. Por cierto… —Elevo una de las pesas del piso—. No han salido los nombres de los responsables.

—Y no van a salir. Se encubren las espaldas como insectos. ¿Has pensado en denunciar?

—No, no he ido a ese extremo.

—Deberías.

—Déjame continuar, Milán. —Me aclaro la garganta—. Luego, cuando ven que nos hacemos más amigos y eres el único que viene a verme al hospital, cambian abruptamente las reglas para ti. Ellos sabían que ibas a pasar primero. Sabían que ibas a ganar.

—Pff, espera, no te conté —exclama al bajar la intensidad de la caminadora—. Pusieron las tablas de equilibrio. ¿Hace cuánto que no ponían eso? Y las pusieron dobles. Los que me vieron en la temporada anterior saben que es lo que peor se me da.

—Es que pareciera que intentan sabotearnos —exhalo, frustrada.

—No lo “intentan” —Dibuja las comillas con los dedos—. Lo están haciendo. En especial a

ti, Galilea. Hay alguien en la producción que desea que pierdas, con fervor.

Detesto no tener que pensar ni siquiera tres segundos para saber quién podría ser.

—Oye, no quiero sonar inculpador. Sabes que detesté cuando el resto de nuestros compañeros insinuó que ganaste por acostarte con el hijo de… —Milán se remoja la boca, se ve incómodo y estira el brazo hacia su termo de agua—. Con Santiago, va. Pero ¿tienes idea de si él tiene algún poder de decisión aquí?

—Ninguno. Al menos, no en el tiempo que estuvimos juntos.

—¿Sabes si su padre podría tener algún resentimiento hacia ti?

—No debería. Yo no le rompí el corazón a Santiago. Él me engañó, tenía a otra desde antes de que cortáramos. No tiene una jodida razón para odiarme.

—Yo creo que te tiene envidia —suelta Milán.

—¿Envidia? —Frunzo el ceño y dejo caer la pesa—. ¿De qué hablas?

—Eres el sol, Galilea. Eres más exitosa que él, más famosa que él. Probablemente vayas a hacer tu propio dinero, más del que él recibe de su papi, y sin duda eres mejor persona que él —Milán apaga la máquina—. A veces, cuando las mujeres exitosas salen con hombres inseguros, ellos, en lugar de subir a tu nivel, quieren bajarte al suyo. Sienten celos, pero de ti. Te tienen envidia.

—¿Cómo sabes eso?

—Tengo hermanas. Todas muy buenas en sus áreas, y he visto escenas horribles. A los hombres inseguros los hace sentir pequeños tu grandeza, por eso buscan a otras personas que no sean una amenaza, que les endulcen los oídos y los hagan sentir bien consigo mismos.

—¿Crees que sea el caso?

—Creo que hay alguien en tu contra dirigiendo este show, eso se puede intuir. Y que, casualmente, el productor es tu exsuegro. Que, por cierto, desde que terminaron, no he visto a Santiago por aquí. Solía venir a menudo.

—No entiendo a dónde vas.

—Que, si fuera un sospechoso, sería muy inteligente de su parte.

—Santiago no es tan inteligente.

—No, pero es bueno ocultándose. Ocultó que tenía otra novia durante un año, Galilea.

Me quedo sentada en el piso, pensando en la posibilidad. Se me revuelve el estómago.

—Deberíamos ir ya a camerinos. Deben arreglarnos, no queremos llegar tarde, en especial tú —advierto—. Toma algo que te dé energía en esta hora, te irá bien. Vas a ganar esta temporada y nadie podrá detenerte —aseguro.

—Eres una amiga increíble, Gal.

—Somos un equipo —digo—. Nos mantendremos así.

Milán y yo vamos a los camerinos. Requieren tiempo para maquillarnos, peinarnos y prepararnos a su manera. Lo abandono para entrar al sector de chicas. Él eleva el brazo para que choquemos los cinco antes de separarnos.

Ya había un par de personas dentro cuando entré. Ambas me miraron de una forma extraña. Me incomodó, aunque decidí ignorarlo como lo había hecho cuando esto comenzó.

Como no voy a ser parte de los gladiadores que realizarán circuitos hoy, pueden permitirse cargarme los ojos con sombra de color rojo. Permanezco casi toda la sesión con los párpados pegados. De fondo, oigo cuchicheos rápidos. En uno me pareció escuchar mi nombre.

Controlo la hora en mi teléfono. Me da tiempo de sobra para que acaben, ir al baño, subir hasta el set y estar en las gradas para apoyar a Milán. Faltan unos cuantos minutos cuando recibo un mensaje de Milán, seguido de otro con un enlace.

CAPITÁN:

Oye, ¿has visto esto? Lo acaban de subir a nuestra comunidad.

Los idiotas del streaming entraron en el en vivo, esto se está moviendo fuerte (enlace adjunto).

Doy clic directo antes de responderle. La maquilladora está aplicando el labial y casi le arruino el trabajo al quedar boquiabierta.

Es una cuenta falsa. Ha creado un hilo de posteos sobre mí. El primero es una foto con Santiago al inicio de nuestra relación; el último, yo saliendo de mi antiguo departamento. Cortaron a mis padres de la foto.

Una arcada amenaza con arruinar mi vestuario apenas leo el primero de las decenas de posteos. En este, aseguran que me acerqué a Santiago por información sobre el reality y que él me la dio. Yo nunca le hice una sola pregunta sobre el programa. Él tampoco a mí.

Tengo el corazón desbocado. Miro por encima los textos sin leer nada, voy directo al último. Quiero saber cuál es la falacia más reciente que se les ocurrió, pero las lágrimas me nublan la vista.

Pese a todo, y a su relación pública con el atleta Denver Monroe, se ha visto a Galilea salir del departamento de su ex a primera hora de la mañana hace unos días. Por completo sudada, con el cabello recogido.
Las fechas que ella y Denver comentan no cuadran al juntarlas con su presunto amorío con Santiago. ¿Será que el príncipe de cuentos de hadas carga un par de cuernos además de su corona? Esperamos que aquello no le impida nadar en las próximas olimpiadas :)

Siento que estoy por llorar cuando dos fuertes golpes en la puerta del camerino me asustan. Me levanto y me doy cuenta de que tanto la maquilladora como las chicas se han ido. Milán está en la puerta, con el teléfono en mano y una expresión preocupada.

—Lo viste —dice sin aliento—. No, no, esto no…

—Cálmate —pido, con las manos temblando detrás de mi espalda—. Estoy bien. Voy a bajar esa cuenta y calmar esto. Por favor, no pienses en mí. Tienes que ir ahora mismo y pasar a las semifinales.

—Galilea, sí, pero tú… ¿estás bien? Tenemos que hacer algo. Es justo lo que dijimos, alguien está intentando joderte.

—Me encargaré.

—Si necesitas mi ayuda, por favor háblame. En verdad quisiera seguir mirando porque no lo pude leer todo, pero entramos en cinco minutos. Deben estar buscándome.

—Corre —ordeno—. Ya iré junto a ustedes.

—Va. Apresúrate y no dejes que lo que sea que te digan los compañeros te afecte —farfulla antes de salir a toda velocidad hacia el set.

En automático, corro hasta el baño. No sé qué está pasando, pero que Milán me diga antes que “no haga caso” solo indica que ya ha escuchado algo.

Salgo de la página. Puedo ver mis nuevas notificaciones explotando por la noticia y mis números bajando. Dejo el teléfono en el lavamanos. Siento que se me cierra la garganta.

Trato de quitarme las lágrimas de los ojos sin arruinar mi maquillaje cuando el tono de llamada llena el baño vacío. Elevo el teléfono sin mirar y contesto. Solo me tranquilizo al oír la

voz de Denver.

Sin embargo, no estoy preparada para lo que va a decir.

—Gal, me han enviado… Asumo que ya lo viste. —Se oye bajo, serio—. Sé que esto no me incumbe, pero ¿la foto es real? ¿Has estado en el departamento de Santiago con él?

CAPÍTULO 21

“Los que más han amado al hombre le han hecho siempre el máximo daño”
—Friedrich Nietzsche

—No —respondo, impresionada—. Es decir, sí, he estado en el departamento. Pero no, ni siquiera lo…

—No tienes que mentirme, solo quería saber para pensar cómo manejar esto en los medios. No es un reclamo.

—Estoy diciendo la verdad, no lo vi ese día. Solo fui al departamento a reencontrarme con mis padres, ellos volvieron de sus vacaciones.

—¿Ellos viven allí?

—Eh... No, pero creían que sí. No les dije que terminamos y que me mudé. Les adelanté todo lo que ocurrió, están felices y, en realidad, quieren conocerte.

—Ah, ya. Claro. Entonces, ¿qué vamos a decir a la prensa?

—Espera, Denver, ¿en serio no me crees?

—Te creo, Gal. Y no tienes por qué explicarme ni contar de más. Somos compañeros y nada más. Si quieres estar con quien sea, puedes hacerlo, solo procura que no te vean.

—¡Denver!

—Te creo, Galilea —repite—. Solo lo digo como consejo, aunque tampoco quiero sonar metido. Esperaré que me digas cómo respondemos. Perdón por robar tu tiempo y suerte hoy.

Analizo su tono. No me cree del todo, y eso me decepciona. Pero lo peor es que suena decepcionado. Mi malestar, que ya era creciente, empeora.

—Mira, Gal, sé que esto lo han hecho en tu contra. Estoy de tu lado, como es obvio, y no quiero que esto te lastime. Si tú me dices que fue por ver a tus padres, entonces confío en ti. Ya tenemos a alguien que puede testificar en contra de lo que se inventaron. Está bien por mí. Solo quiero que estés bien.

—Gracias.

—Y quiero que sepas que no tienes por qué ocultarme o mentirme sobre las cosas. Jamás. Yo siempre voy a estar de tu lado. Simplemente háblame.

—Lo haré, Denver.

—Esta vez te llamé, y siempre que vea que necesitas ayuda, acudiré. Pero la verdad, apreciaría que me tengas en cuenta si ocupas una mano.

—Gracias. Cuídate —digo antes de cortar.

No le di tiempo de despedirse. Apagué el teléfono, dejé que un par de lágrimas recorrieran mis mejillas y me tragué mis pensamientos hasta el set.

Durante el programa, ignoré las miradas y los cuchicheos. Lo hice con mi última voluntad, porque necesitaba estar gritando, apoyando y cuidando de Milán como él lo hizo en mi participación.

Mi candidato, amigo de trabajo y el maldito mejor gladiador del equipo iba a ganar. Estaba escrito en las estrellas, pero aun así casi se me sale el corazón del pecho en la tercera competencia, cuando su rival estuvo a punto de alcanzarlo. Me puse tan eufórica que, por un segundo, olvidé mis problemas, mis cargas, mi mente.

Me pregunté si aquello entraba en el discurso de Denver sobre cómo hacer lo que amas puede ayudarte a borrar el resto, pero ese pensamiento me llevó de vuelta a Denver y me borró la sonrisa por un instante.

Milán corrió a abrazar a todos los que vinieron a apoyarlo. Quedé tercera o quinta, pero su abrazo fue igual de intenso y me puso igual de feliz.

Después de eso, tuve una reunión virtual con mi representante. Me tomé una pastilla para relajarme.



Milán está en mi departamento. Insistió en “ayudar” por el bien de nuestra pareja. Cada vez que habla de Denver, sus ojos brillan de una forma especial, y me hace feliz verlo así. Ya somos dos.

Le advertí a mi representante que, durante la reunión virtual —pese a que yo tenga audífonos —, no dijera nada descabellado. Para este problema, no hace falta ver nuestro negocio como una “relación falsa”, sino como un noviazgo real que está en la boca del lobo por rumores malintencionados.

Estoy con la cámara encendida, sentada en mi escritorio con la laptop abierta, mientras Milán está en otra habitación con su teléfono, hablando con sus compañeros de equipo. Intenta ver si rasca algo de información. Quien primero lo vio fue una contrincante del color contrario. Ella se lo pasó a Milán porque, aunque yo no le caiga bien, no le gustó el tono en el que se hablaba de mí.

Quien sea que lo escribió, me odia.

—Estamos trabajando con nuestro equipo de investigación informática —informa mi representante—. No han sido cuidadosos. Sabemos que la cuenta se creó en el país y tenemos un par de datos sobre el correo electrónico que utilizaron, pero no quiero afirmarte nada hasta que estemos seguros. No tardará más de cuarenta y ocho horas.

—¿No podemos bajarlo? Podemos denunciar la cuenta, su comportamiento es acosador.

—Lo es. —Asiente ella—. Pero si la eliminamos ahora, no podremos terminar de investigar. ¿Qué es lo que tú quieres? Porque la decisión más sensata es tener un culpable. Aunque lo borremos de internet, la noticia ya se ha propagado y resubido en formas que no podemos borrar.

Suspiro, resignada. Estoy enfadada por la situación. En especial porque hacen ver a Denver como un idiota por ser mi pareja.

—Solo tengo una duda, Galilea. —Se aclara la garganta—. En la foto reciente, donde sales del edificio en el que tenían su departamento, no fuiste a verlo, ¿verdad?

—¡Que no! —exclamo, estresada—. Santiago me trató como basura. ¡¿Por qué demonios querría yo volverlo a ver?! No lo he visto en persona desde que todo explotó y no, no iría por cuenta propia a verlo. No soy una estúpida por delivery.

Milán, quien solo puede oírme a mí, ríe un poco desde el comedor.

—No te alteres, solo quería corroborarlo.

—Fui a ver a mis padres. Ellos me llamaron, tengo el registro de la llamada. —Tomo mi teléfono—. Y ellos pueden confirmar que fui a verlos. Llegaron de sus vacaciones y fueron a la última dirección que recordaban. La "foto comprometedora" soy yo después de correr y, sin recortar, se vería que estoy con ellos.

—Lo que estás diciendo es que, si conseguimos las grabaciones de la cámara de seguridad, podríamos desmontar su historia.

—Por supuesto.

—Vale, excelente. Las pediré ahora mismo. No querrán dárnoslas porque esto no es una investigación legal, pero podemos negociar con el encargado. Tenemos capital para eso. —La veo teclear con rapidez.

Hace una pausa antes de preguntar:

—¿Por qué Denver no está presente?

—Está en la villa, tiene que acomodarse, practicar y tiene muy poco tiempo libre. Hablamos de esto, yo le informaré.

—¿No podría alguien de su equipo al menos estar presente?

—Solo haz tu trabajo, él confía en mí.

Ella se ve preocupada ante mi tono, abre los ojos en grande y eleva las cejas. Parece tener una crítica en los labios, pero simplemente los frunce y continúa tecleando.

Me sobresalto cuando alguien toca la puerta con suavidad. Trato de mover mi silla para levantarme, pero Milán ya está mirando a través de la mirilla. La abre automáticamente y yo me quito los audífonos por un segundo.

—¿Salvador? —digo, extrañada—. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo sabes dónde vivo?

—Calma, calma. —Él eleva ambas manos—. Denver me dio tu dirección. Dijo que podrías necesitar apoyo moral y, pues, ya sabes lo que dicen: los mejores amigos de tus amigos son tus amigos. Aplicará también con parejas.

—Buenas tardes, soy Milán —se presenta el capitán.

—Hey, te he visto en el reality. Eres el monstruo ese que hizo la competencia de veinte minutos.

—El mismo. —Ríe, nervioso—. Pasa, por favor.

—¿Milán es tu mejor amigo también? —indaga Salvador.

Es mi único amigo, de hecho.

—No, Galilea no me paga lo suficiente para eso. —Milán se encoge de hombros—. Somos conocidos que se llevan bien, tenemos enemigos en común —bromea.

—Permiso.

Salvador avanza hacia mi escritorio. En la pantalla, pese a que me haya silenciado, mi representante luce confundida.

—Denver me pidió que te trajera esto.

Me ofrece una bolsa de plástico con algo cuadrado dentro. Le agradezco y hago una seña de que estoy en reunión. Sonrío como una niña emocionada cuando leo a través de la bolsa que es un pote de helado de banana split.

Salvador asiente, se disculpa en voz baja y va hacia Milán en el comedor. Desde mi

escritorio, al otro lado del departamento, vuelvo a hablar.

—Oye, sé que quizá esto no es de tu jurisdicción, pero ¿podrías preguntar sobre mi accidente en el reality? No me han dicho quién fue el responsable de tirar el arnés cuando aún estaba en el aire.

—¿Crees que pudo haber sido a propósito?

—Tengo la sospecha de que hay alguien tras mis pasos, buscando que tropiece cueste lo que cueste, y eso me preocupa.

—Veré qué puedo hacer por ti. Por ahora, ten cuidado con lo que haces y dices. Estoy agilizando con informática, ellos creen que para esta noche podrán tener el IP de quien creó esa cuenta.

—Muchas gracias, en serio.

—Este es mi trabajo, Galilea. Nada que agradecer.

Sonrío. La puerta de la casa vuelve a ser golpeada, esta vez con más intensidad. Miro a Milán, quien toma la iniciativa para abrir, pero Salvador lo detiene y es él quien desllavea el departamento.

En segundos, mi ex, que estaba fuera, entra gritando. Reacciono rápido: giro la laptop hacia ese sector y tomo mi teléfono para grabar, gritándole que se vaya.

Hace un desastre, vociferando cosas como que “soy una zorra” por haberlo engañado con Denver, o a Denver con él. Que soy una falsa y no me merezco ninguno de mis logros.

—¡¿Me quieres hacer quedar mal?! ¡¿Quieres arruinar mi nueva relación acaso?! —vocifera Santiago—. Eres una cualquiera, Galilea, y lo eres desde que negaste que estuvimos juntos para no herir a tu noviecito.

—¡Tú lo negaste primero! Y eso da igual, yo no soy nada tuyo y nunca lo fui. Vete ahora mismo. ¿Estás borracho? Esto es un delito, sal.

—No, ahora vas a escucharme. No puedes ocultarte bajo el agua por siempre. ¿Y dónde está el ridículo de tu chico? Con él también… —Por lo lento que habla y cómo se tambalea, es notorio que está bajo la influencia de alguna sustancia—. Tengo un par de temas que hablar.

—No le faltes el respeto a Denver. No vas a venir a mi casa a romper mi paz. Vete ahora, voy a llamar a la policía.

—Por favor, le has faltado el respeto tú al llevarlo a nuestra playa. No creas que no me he enterado.

No reclama, por lo cual sé que no sabe exactamente dónde estuve. Eso es bueno.

—¿Qué carajos pasa contigo?

—Puedes intentar reescribir la historia, pero esa playa es mía. Tú eres mía.

—Tú no te tienes ni a ti mismo, Santiago.

—Te llevé ahí yo, como a mi mascota a dar un paseo, y tuve la consideración de darte un techo. Alguien tan sucia como tú nunca debió entrar a mi cabaña.

«¿Quieres adivinar lo que hice con mi nuevo novio en tu preciada cabaña?»

Me muerdo la lengua. No puedo meterme en problemas legales solo por herir su ego.

—Eso es todo. Voy a llamar a la policía, espero que tengas una excusa que darles.

—¿En serio crees que puedes salirte con la tuya usando a todos a tu alrededor para subir y luego pretender ser un ángel? Espero que… que…

En ese momento, Salvador, que al principio quedó hecho piedra por la sorpresa, lo toma y empieza a arrastrarlo fuera.

Santiago pelea, pero Salvador parece tenerlo controlado. Milán también corre a sostener la puerta y empujarlo hasta que lo quitan. Milán cierra con llave, y yo me sobresalto pensando en

que Santiago podría hacer daño a alguien, pero se oye un golpe en seco. La sonrisa de Milán, viendo por la mirilla, me advierte que no fue hacia Salvador. Dejo de grabar.

Cuando abrimos la puerta, Santiago se ha ido, y Salvador no tiene más que un rasguño que se hizo con la puerta. Mi corazón late desesperado.

—¡¿Están todos bien?! —grita mi representante, quien seguía en llamada y, por la luz roja, grabando lo que ocurrió en primera plana.

—Sí, sí. Eso creo —farfullo, alterada.

—Perfecto. Tenemos algo con qué distraer a las masas y quitarle la credibilidad a Santiago por ahora.

Se siente casi inhumano que sea lo primero que piensa, pero tiene razón. Me despido y cierro la laptop mientras Milán busca una curita para Salvador.

Los invito a quedarse a comer el helado conmigo hasta que todos nos calmemos, pero la verdad, ninguno bajó la guardia en todo el día.

CAPÍTULO 22

“La vida debe ser comprendida hacia atrás, pero debe ser vivida hacia adelante”
—Søren Kierkegaard

Denver no está en paz.

Es bastante obvio. Me cuenta sobre sus prácticas, pero dice que hay “algo” que le falta para hacerlo con tanta convicción como las últimas veces. Me preocupa que lo nuestro le esté afectando. Se enteró de la aparición de Santiago porque su mejor amigo se lo contó.

Me hizo mil preguntas, y en sus ojos vi lo mucho que odiaba no estar cerca. Se veía tan estresado que no pude evitar cambiar de tema.

—Oye, la inauguración, ¿cuándo es?

—El domingo. Está en el calendario de la página web de los juegos. Ahí puedes ver todos los eventos. ¿Por qué? ¿Quieres grabarme? —bromea.

—En realidad, quiero darte un beso.

Soy una cobarde por decir eso solo cuando no puedo hacerlo. Cuando tengo una excusa.

—Sí, le vendría bien a las redes ahora —me guiña un ojo—. Sobre eso, por cierto… —se le borra la sonrisa—. Si en algún punto de esto te deja mejor parada “no estar conmigo”, hazlo. Cuida tu imagen.

—Tonto… Si pudiera ir a donde estás, ¿me besarías? —pregunto, llena de nervios, como una adolescente que aún no ha dado su primer beso.

Quizás eso es el amor: volver a ser tu versión más inocente, tierna y joven. Volver a sentir la vida como la primera vez.

Maldita sea, los ojos celestes de Denver son hermosos.

Joder.

Estoy un tanto enamorada de este pedazo de sol y creo que estoy a media hora de quemarme por completo la piel.

—Es una posibilidad —se muerde el labio inferior.

—¿Seguro?

—De hecho, hay muchas posibilidades.

—Puedo hacerte una pregunta un poco fuera de lugar, por favor.

—Adelante.

—¿Es cierto que las camas son de cartón o es un invento?

—Lo son.

—Bueno, mira el lado bueno. Al menos no puedes engañarme.

—No hay nadie en esta villa, en este país o en este mundo aparte de ti, Galilea. Tú eres mi elección. La única elección que hago entre las "opciones" que ni siquiera son eso para mí. Eres la única y la correcta. No estoy pensando en nadie más.

—Eso es algo muy cursi para decir en broma.

—Estoy hablando en serio. Siempre lo hago contigo.

—Ya no me gustan estas bromas, en serio.

—Si creer que es una broma es lo que te hace bien, entonces bien.

Río nerviosa. Mi teléfono se resbala entre mis manos sudadas.

—Te llevaré flores —aseguro.

—Me gustan las margaritas —dice a modo de chiste.

—Margaritas serán.

—Tengo que dejarte ahora —informa cuando una alarma interrumpe nuestra conversación—. Lo siento.

—Te deseo lo mejor —le recuerdo—. Mi madre está rezando para que te vaya bien.

Su sonrisa se ensancha. Podría acostumbrarme a esto. Como sé que ya lo he hecho.

—Te quiero, Gal. Significas mucho para mí.

—Gracias —corto.

«¿Gracias?», me pregunto a mí misma. Dios. Soy tan mala para coquetear que parece que no he tocado a un hombre en mi vida.

Y quizá eso es real. Nunca a un hombre de verdad.

Denver lo es. Quizá por eso su mera existencia me pone tan nerviosa.

Ni hablar de que mi mente enloquece solo de pensar en… en… Eh, debería estar almorzando en lugar de pensar en esto. Tengo hambre.



Insistí en que soltáramos la grabación de Santiago irrumpiendo en mi departamento, pese a que mi representante reiterara que era muy temprano.

Estábamos por conseguir los datos exactos de quién creó la cuenta, pero la borraron antes de que lográramos nuestro cometido. Quien sea que esté detrás de esto es consciente de que le estamos pisando los talones.

Estoy en el gimnasio cuando finalmente venden la grabación a un servicio de streaming de chismes.

Subo el volumen de mis audífonos. Solo pienso en que falta un día para ver a Denver. Apago el teléfono por completo.

Este sitio está vacío. Veo mi cuerpo reflejado en el espejo, intento buscarme un defecto y, la verdad, ayuda recordar el brillo en las pupilas de Denver cuando nos metimos al mar.

Me pregunto qué es lo que siente en verdad. Porque yo tengo una mezcla interesante entre deseo romántico y…

Me arrodillo en el piso del gimnasio, contemplo el reflejo de mi silueta. Siento el peso en mis caderas, ajusto el cinturón con las pesas y bajo lento para hacer sentadillas. No duro cinco minutos antes de pensar: «Debería mejor darme una ducha».

Aunque en realidad pensé otras cosas, que siguiendo mis reglas, no puedo permitirme admitir que pensé.

De la ducha voy directo a preparar las maletas y al aeropuerto en tres pestañeos.

—¿Cómo te sientes? —indaga mi madre—. Te ves ansiosa.

—¿Por qué lo dices? —pregunto mientras abro mi cuarta barra de chocolate antes de subir al avión.

—Se nota.

—Es que estoy emocionada. Además, no es nada, solo he tenido mucho antojo de dulce.

—Antojo —repite ella en tono jocoso.

—El chocolate es lo único que tenían. El chocolate negro es tan malo, pero es rico en antioxidantes… —Me detengo al notar su expresión y trago el trozo que tenía entre los dientes —. ¿Qué estás insinuando?

—Nada.

—¡Mamá, por Dios! No soy una niña. Sé cómo cuidarme.

—Yo solo digo. —Se aleja rápido, riendo—. Vamos que, si seguimos tardando, a tu padre le dará algo.

Asiento y acomodo mi bolso de mano. No me tranquilizo hasta que estamos sentados en nuestros respectivos asientos. Papá me ha dejado el lado de la ventana y él se sienta a mi lado. Apoya la cabeza en mi hombro, y eso me hace sentir mucho más segura después de tanta ansiedad en estos últimos días.

Enciendo mi teléfono para ver si tengo algún mensaje nuevo. Nada de mi “novio”, solo un montón de textos de Milán que no puedo leer desde las notificaciones. Entro a mis redes. La filtración del ataque de Santiago está siendo noticia.

Veo un par de comentarios en mi contra, pero parecen ser solo de sus cuentas de fans (que no sé por qué tiene), así que no les presto atención. Escribo un rápido “nos vemos luego” a Denver y apago el teléfono.

Mi intuición me dice que algo anda mal. Ahogo esas voces con un abrazo de mi padre y una última barra de chocolate.



Para cuando aterrizamos, lo entendí mejor.

Las notificaciones no dejaban de llegar. Primero, una ola de comentarios raros. Luego, burlas. Finalmente, ataques directos.

Al principio, no entiendo qué pasa. Pero cuando veo mi nombre junto al de Denver en tendencia, empiezo a tener claridad.

Dejo de respirar.

Sí, el video salió. Revela que Santiago es peligroso, que entró a mi departamento a la fuerza y que es violento. Sin embargo, empiezan a surgir teorías.

Teorías sobre que, en verdad, engañé a Denver. Sobre que jugué con los dos. Porque “alguien con quien no tuve nada” no haría esto.

Tienen razón.

Se preguntan cómo sabe Santiago dónde vivo ahora. Alguien debió decírselo.

Tienen razón.

Empiezan a argumentar que mi relación con Denver es falsa. No porque sepan de nuestro trato, sino porque está claro que hay algo raro en medio. Santiago se ha asegurado de ello.

Y entonces me doy cuenta de que ese fue su plan desde el principio. No quiere solo perjudicarme a mí. También quiere dañar a Denver.

Está loco.

—Milán —digo al contestar las llamadas que antes no pude responder por tener el móvil en modo avión—. Me cago en mis muertos.

—Es un hijo de puta —refunfuña—. Es que no sé cómo no me lo vi venir. Los detesto a todos. Espero que Denver no crea esto…

—No, Denver confía en mí —Me alejo de la multitud en el aeropuerto—. Tú crees en mí, ¿verdad?

—Mira, te voy a ser sincero. Yo sé que tienes una relación con Denver, se nota que se aman. Lo veo en tus ojos cuando hablas de él y se oye en su tono. Se quieren muchísimo.

Me quedo en silencio, solo asiento ligeramente, como si él pudiera verme, y lo dejo hablar.

—Pero también sé que estabas con Santiago. Todos aquí lo sabíamos, obvio. Lo recordamos, pero asumí que no era una relación seria porque se rumoreaba que él tenía a más chicas a su merced.

—Lo sé.

—Veo que tú y Denver se pusieron en pareja después de que terminaras con Santiago. Pero eso fue luego. No entiendo qué tiene él en contra suya; sus celos están desmedidos. Eso sí, sé que mintieron sobre el tiempo que llevaban juntos.

Trago grueso. Se me cierra la garganta.

—¿Lo sabes?

—Asumí que fue para que no dijeran que estabas con él solo por fama o algo así. Los términos me dan igual. Yo solo sé una cosa: la química no puede fingirse, y ustedes la tienen.

—Nosotros somos pareja —afirmo. Mintiendo. A medias.

—Sé con quién tratamos, lo he visto en las temporadas anteriores. No se va a salir con la suya. Salvador y yo ya estamos haciendo un plan.

—Gracias por esto, capitán, valoro el… espera, ¿qué? ¿Salvador? ¿Desde cuándo son amigos?

—Uno compañeros de toda la vida peleando codo a codo.

—No tienes que hacer esto por mí.

—No lo hago por ti. Lo hago por amor al caos. Al chisme. Y porque me molesta que quieran meter en problemas a alguien tan pacífico como Denver.

—Nunca me has dicho por qué te cae tan bien.

—Porque tú has ganado dos veces este reality. No lo entiendes. Tú lo haces por honor. Pero no sabes cómo se siente intentar varias veces por una oportunidad sin que se te dé, y lo admiro por seguir intentando. Espero que este sea su año.

—Será su año —Oigo el grito de mi padre de fondo—. Milán, por favor, dime cualquier cosa. Ahora iré hasta donde me quedaré. Mi representante ya debió mandarme un correo. Luego veré a mi… —«Mi Denver»—. Mi novio. ¿Hay algún mensaje que le quieras dar?

—Que gane. Cuento con ello.

Mi padre no sabe qué ocurre. Es lo suficientemente mayor como para no entenderme, pero cuando me ve mal, sabe que solo necesito que me diga que todo estará bien.

Pero no lo está.

El correo de mi representante es extenso. Estamos llevando atención equivocada hacia Denver antes de que empiecen los juegos, y eso le está costando seguidores, simpatizantes y patrocinadores. Estamos arruinando, lento pero seguro, todo lo que construimos para su bienestar.

Quiero desaparecer.

Esto es serio. Yo puedo perder todo: mi cuenta, mi apoyo, mis fans, incluso el reality. Ya he ganado dos veces; eso nadie me lo va a quitar. Tal vez, si genero el rating necesario, me dejen volver otra temporada en un par de meses.

Pero Denver no. Para él no es tan fácil.

Esto es importante. Es la oportunidad de su vida.

Y yo la estoy empeorando.

No podemos seguir así, no cuando empiece todo. No puedo dejar que su nombre se siga ensuciando entre personas malintencionadas. No puedo dejar que pierda más cosas.

Es posible que deba escoger. Y, sin duda, no le dejaré esa opción.

Debe escoger aquello que le dé más oportunidad de sentirse seguro, cómodo y feliz en este sueño.

Eso no soy yo.



CAPITÁN:

Tengo información. Dame 30 min y te llamo. ¿Has ido junto a Denver?

Cambié de planes.

CAPITÁN:

¿Todo bien?

Nada, de hecho. Está perdiendo trabajo y facilidades gracias a esto, sin haber movido un solo dedo. Me siento una estúpida.

CAPITÁN:

Calma. Relájate. Tranquila. Creo que con lo que te diré puede que te sientas un poco mejor.

Por si acaso… ¿Tienes una buena terapeuta?

Aprieto la mandíbula. Mi padre gastó una fortuna en un hotel cerca de las locaciones importantes. Está emocionado, y mi madre, sonriente, mientras yo tengo la cara como si acabara de salir de un funeral.

—Hija, ¿tienes hambre? Hay cafés para que desayunes. Deberías comer algo antes de verlo. Es temprano, la inauguración empieza casi en la noche, a las siete y media. Te sobran horas.

—Se me quitó el apetito.

—¿Segura? —insiste mi madre.

—Mucho.

—Pues yo sí tengo hambre. ¿Te molesta acompañarnos a tu padre y a mí?

—Pre-prefiero dar una vuelta para despejar mi mente… si no les molesta, claro.

—Adelante —dice mi padre—. Mira, nos quedaremos justo aquí. —Señala una cafetería repleta al otro lado de la calle—. Espero que para cuando regreses ya tengamos una taza de café. Tenemos que hacer el check-in todos juntos, por eso no te doy ya el acceso.

—Despreocúpate, pa. Gracias por…

Me desconecto de mi apocalipsis personal y echo un vistazo alrededor, por primera vez desde que bajamos. Este sitio es hermoso. El cielo es de un azul intenso que nunca había vislumbrado antes. Hay palomas por las calles y la arquitectura parece sacada de un cuento de hadas. Hay señalización a cada metro, decoración deportiva, incluso música.

—… por esto.

—Íbamos a venir de todas maneras. Es lindo compartir esta experiencia contigo.

Me contengo a mí misma y doy media vuelta antes de dejar que mi expresión se arruine. No puedo echarles a perder el viaje a mis padres con mis problemas. No puedo arruinarle nada a nadie, de hecho. No me lo voy a permitir.

No tengo un solo mensaje de Denver. Debe estar muy ocupado hoy, como me dijo que estaría.

O es posible que ya haya visto lo que ocurre. Que ya le hayan llegado los correos de las marcas separándose de él. Que me deteste. Lo cual tendría sentido.

De todas formas, solo quiero que tenga paz, así que ni siquiera me molesto en escribirle. Recibo la llamada de Milán y trato de esconderme en un sitio con menos barullo.

—Lo tenemos —chilla antes de que pueda saludarlo—. El padre de Santiago está en tu misma ciudad. Él también fue a ver la inauguración.

—¿Qué? ¿Cómo sabes eso?

—Le sacamos ese dato —responde Salvador de fondo—. Con nuestros métodos.

—Díganme que no hicieron nada ilegal.

—Nada que puedan comprobar —responde Salvador.

—Shh —interviene Milán—. El punto es que sé que tú no quieres denunciar la mala función en el reality, pero yo sí. Y averigüé que podríamos joder bastante al productor. Además, tenemos los videos de Santiago irrumpiendo en propiedad privada. Puedes negociar con él sobre esto.

—¿Negociar? ¿Con el padre de Santiago?

—Sabes que Santiago es una gallina. Hará lo que su padre diga, y su padre no dejará que su lío emocional manche su empresa o sus negocios millonarios.

—Oye, Milán, un segundo, por favor. Me está llamando mi representante —aviso, extrañada. Ella nunca llama.

—Vale, ponme en espera. Que tengo que convencerte de esto.

—Galilea, tenemos al culpable. Ya estamos procediendo por la vía legal. Te pasaré las tarifas de los abogados porque ya escogí uno y ha empezado tu caso. La notificación le llegará a Santiago en una semana…

—Espera un segundo. ¿A Santiago? ¿Fue él? Eso no tiene sentido.

—Lo tiene si lo piensas bien. Ese hombre solo quiere joderte a ti y lo que te hace feliz. Al parecer, no le importa hundirse contigo, porque lo está haciendo. ¿Cuánto dinero quieres en compensación? Porque mis cifras empiezan en medio millón de…

—Espera —pido—. ¿Puedes pasarme las pruebas de que fue él? Las necesito.

—¿Para qué? Esto es información privada para nuestro caso.

—Quiero arreglar esto, para todos, a mi manera. Y tengo algo en mente.

—Ay, no, Gali…

—Solo hazlo. Ahora mismo, por favor —carraspeo—. Tengo que volver a una llamada. Dame un segundo.

Cambio el teléfono de mano, esta vez con una leve sonrisa formándose. Miro el ícono de perfil de Milán. Es una foto en el reality y juro que puedo ver el trofeo dorado en sus manos.

—¿Capitán?

—Te escucho, dime.

—Seguiré tu plan. ¿Tienes idea de dónde se encuentra exactamente el productor?

—Tengo la dirección.

CAPÍTULO 23

“Todo lo que no me mata, me hace más fuerte”
—Friedrich Nietzsche

El productor me recibe en su penthouse. No me oculto; le digo mi nombre completo a la recepcionista cuando pregunta quién lo busca. Cinco minutos después, estoy sentada frente a frente con él, al otro lado de su mesa.

—Galilea, la mujer del momento —ironiza con voz ronca, un vaso de whisky en la mano.

—Buenas tardes, exsuegro. Un gusto volver a verlo.

—Ve al punto. Tienes veinte minutos.

—No, usted tiene todo el tiempo que yo necesite. —Cruzo los dedos sobre la mesa—. ¿Le han informado del incidente que sufrí hace unos días en su programa?

—Estoy al tanto, sí. —Se aclara la garganta con su bebida—. ¿Qué quiere? ¿Un trato especial por ello?

—Quiero iniciar una demanda.

—Ya veo, quiere una compensación. Mire, regalarle la final no es ético, pero…

—Usted mismo sabe que no la necesito —lo interrumpo—. Además, ahora que estamos solos, podemos ser sinceros: aquello no fue un error. Su hijo estuvo detrás de eso, lo cual me parece caer muy bajo, señor. Un productor dejando que su criatura juegue con sus proyectos.

—Santiago no tiene acceso a las decisiones tomadas, como qué competencias se realizan. Eso es una falacia.

—Pero tiene acceso a los datos de los trabajadores, los cuales posee usted. —Arqueo una ceja—. Y tiene acceso a su dinero. Durante las últimas dos semanas, ¿ha notado una suma importante de dinero fuera de su cuenta bancaria?

El productor no se mueve, no se inmuta y, sobre todo, no lo niega. Eso era todo lo que necesitaba.

—¿Ha visto el video de su hijo irrumpiendo en mi departamento? ¿En propiedad privada?

—Ustedes abrieron la puerta.

—Ninguno lo invitó a pasar, aun así lo hizo. Con bastante violencia. Rompió uno de mis jarrones.

—Le pago el precio. Deje de hacerme un show. —El productor saca su chequera del gran bolsillo de su abrigo—. Dígame un número.

—¿Le parece 287.45.392.10?

—Cuántos puntos... ¿Eso es un número real? —cuestiona mientras escribe.

—Es la IP de su casa —respondo con amabilidad—. De su casa en la capital, donde su hijo va a verlo los fines de semana, a veces.

—¿Qué estás insinuando, Galilea?

—Entenderé que no lo haya visto. Usted es una persona ocupada. Sin embargo, hace unos días se creó una cuenta falsa de cotilleo, subiendo mentiras sobre mí y sobre mi pareja actual, lo cual nos ha perjudicado. Hemos hecho una investigación. Esa es la dirección desde la que se creó la cuenta, exactamente un sábado. Y créame, sé que usted no es tan bueno con la tecnología ni tiene tan mala ortografía.

Por primera vez, el rostro de mi exsuegro demuestra una emoción: miedo.

—Tengo las pruebas. ¿Desea verlas?

No me responde, porque no necesita verlas. Él conoce a su hijo. Conoce al monstruo que crio.

—¿Qué quiere por no sacar esto a la luz? —indaga con firmeza.

—Finalmente nos vamos entendiendo. —Sonrío con tranquilidad—. Como verá, Denver está perdiendo patrocinadores gracias al showcito de su hijo. Quiero que usted mismo les escriba a cada uno de ellos diciendo que la información es falsa.

—Eso no le garantiza que vuelvan.

—Lo sé. Por eso también quiero una disculpa pública de Santiago, donde admita que fue él quien creó la cuenta y se inventó todo. Ah, por cierto, si intenta negarlo, tenemos la grabación de cámaras donde se comprueba que mintió. Esas disculpas las quiero para mañana mismo, junto con la admisión de que solo estuvo en mi departamento para pelear y que nosotros nunca, nunca estuvimos juntos.

El señor no se inmuta, aunque su mano tiembla ligeramente. Se nota en el bolígrafo que sostiene.

—Que la producción haga el comunicado oficial sobre mi accidente, despidiendo a quienes estuvieron detrás de ello. Y que los conductores del streaming que usted paga aclaren punto por punto cada disparate que han dicho.

Miro su chequera.

—Veo que aún la tiene. Si tanto quiere arreglar las cosas con dinero, también podemos agregar una compensación económica de varios ceros. Puedo redactarle el trato. —Hago ruido al chocar mis uñas contra la mesa—. De lo contrario, toda la información saldrá a la luz esta misma noche, con su nombre en grande, luego el de su hijo. Con todo lo que le he dicho y más. Usted escoge: ¿quiere negociar conmigo o con sus abogados sobre qué demonios hacer?

—Salga de aquí. Ahora.

—Tiene hasta las once de la noche de hoy. De lo contrario, a las 00:00 se encontrará en un pozo de mierda que le llegará hasta el cuello, lo cual no quiere, ¿cierto? Porque usted y su prestigiosa familia no pueden meterse en estas “payasadas”.

—Salga ahora, Galilea. O llamaré a seguridad.

—Sin problema. —Me levanto—. Piénselo bien y escriba. Tiene mi número. De allí lo pasaré con mi abogado para que firmemos los papeles.

El aire se siente denso, cargado de una expectación que me recorre la piel. Camino lentamente hacia el estadio. Mis padres están justo enfrente.

Siento cada paso como si estuviera por derrumbarme junto a las gradas. Hay miles de personas dentro. La multitud se mueve a mi alrededor en oleadas de voces y banderas ondeando, colores brillantes que me encandilan.

El estadio brilla en cientos de tonalidades, iluminando el cielo con luces. El suelo bajo mis pies vibra. Veo rostros de todas partes del mundo, algunos pintados con banderas. Las gigantescas pantallas de video a los lados muestran imágenes del inicio del show. He llegado justo a tiempo.

Una suave brisa de la costa me acaricia el rostro mientras la música empieza a apoderarse del ambiente. Me apresuro a buscar mi asiento. Mi padre grita mi nombre, pero el "Galilea" se pierde entre los miles de gritos.

Los anillos cuelgan sobre la entrada principal, bañados en luz blanca, abriendo paso al primer show de la noche. Tomo asiento tras unos minutos de iniciada la apertura. Por fortuna, dura bastante. No quería perderme la entrada de los países.

Me muerdo las uñas por más tiempo del que puedo recordar. El sonido de los tambores retumba dentro de mí y una oleada de emoción me recorre. Las delegaciones comienzan a entrar al estadio, una tras otra. Pese a que me sé el orden, no puedo evitar ponerme nerviosa hasta que lo veo.

Cualquier mala sensación que cargara desaparece.

Denver está entre los demás atletas; sin embargo, le es imposible no resaltar. Camina con paso firme y calmado, su bandera ondea detrás de él. La cámara lo enfoca: tiene la mirada llena de vida y, justo en la mitad, eleva la cabeza como si buscara a alguien.

Su mirada, entre decenas de miles de personas, se enfoca en encontrarme, y yo intento sobresaltar lo más que puedo. Las cámaras captan el segundo exacto en que, por un instante, me encuentra y sonríe.

Los fuegos artificiales estallan en el cielo, mientras mi corazón explota de emoción. Esto era exactamente lo que quería.

Me giro sonriente hacia mi mamá, quien me muestra una foto: soy yo sonriendo al verlo, mientras que en el fondo, de forma un poco borrosa, se ve su primer plano en cámara, también feliz de verme. Por un segundo, creo que la magia existe.

A partir de ahí, espero a que la ceremonia termine para encontrarnos.

Le escribo un mensaje corto justo al final.

¿Dónde estás? ¿Podemos vernos?

No tengo idea de por qué o cómo, pero me responde al instante.

DENVER:

Sabes que sigo a tu padre en redes, ¿verdad? Ha sido complicado enterarme por sus videos en lugar de por tu boca. Gracias por venir, Gali. Significa todo para mí. En especial ahora.

Ese último mensaje me hace torcer la sonrisa. Sí, él está informado de lo que pasó.

No tienes idea de cuánto lamento tener que preocuparte por estas cosas.

DENVER:

Por hoy, por las próximas horas, podemos fingir que nada de eso es real. Quiero verte.

¿Hay alguna posibilidad de que nos veamos ahora?

Él me dice un punto exacto para esperarlo, así que me despido de mis padres y emprendo una caminata de quince minutos. Aunque el lugar está a escasos metros, es casi imposible atravesar la multitud.

Parada al lado de un farol, con un montón de personas eufóricas bailando y cantando a mi alrededor, me permito sonreír de felicidad. Es imposible no contagiarme. Sigo sus indicaciones: pretendo que el resto del mundo no es real.

Recibo una llamada. Me coloco mis audífonos inalámbricos con rapidez, pensando que es él y quiere saber dónde estoy. Mi nivel de felicidad se eleva al máximo.

—Galilea —dice el productor. Mi ánimo va en picada.

Activo la "cancelación de ruido" en el micrófono, bajo la cabeza e intento alejarme un poco del bullicio. Aun así, sé que probablemente apenas me oirá.

—¿Ha tomado una decisión? —pregunto en un tono serio y un tanto preocupado.

—Agregado a lo que hablamos, una vez entregada la suma de dinero y los acuerdos, ni usted ni el señor Denver Monroe podrán volver a hablar, mencionar o escribir sobre mí, sobre mi hijo, mi familia o el programa. Nunca más.

—Lo mismo aplicaría para ustedes —ordeno.

—Lo tengo en cuenta, sí. Mándeme el contrato a *produCTR140225@marsgroup.es* —establece—. Incluya allí la suma exacta. Le llegará antes de la próxima semana, pero si llega a incumplir y vuelve a mencionar mi apellido ante una cámara, la destruiré.

—No me importan sus amenazas. Usted es quien está en desventaja y lo sabe. Informaré a mi equipo. Quiero ese contrato firmado a más tardar mañana. Para los próximos días, cada pedido debería estar cumplido o se anula automáticamente.

—Usted tiene un trato, inmunda. No siga hablando o hará que me arrepienta.

—Cuento con su palabra. Ahora mismo le he escrito a quien debo. Deseo despertar con el papel firmado, recuérdelo, ex suegrito. —Deslizo el botón rojo.

Aunque no puedo confiar del todo en esa gente, siento como si me hubieran quitado una mochila de piedras al apagar la pantalla.

Y como si me hubieran despegado los pies del suelo cuando, después de tanto infierno, Denver aparece entre la multitud con los brazos abiertos, corriendo hacia mí.

CAPÍTULO 24

“Tienes que morir unas cuantas veces antes de poder vivir de verdad”
—Charles Bukowski

Sus brazos me apresan con tanta fuerza que me cuesta respirar. Yo intento apretarme contra su cuerpo, como si pudiera volverme uno con él. Está sudado. Su corazón late rápido y me sostiene como si fuera lo más preciado que alguna vez pudo tomar.

—¡Denver! —chillo, feliz—. Dios, te he extrañado tanto. Tengo tanto que contarte, no vas a creerlo, el productor…

—Gal… —Él me separa por un instante—. Los problemas van a durar toda la vida, pero este instante es solo ahora. Es solo esta noche. Es solo nuestro.

Asiento con rapidez, elevo mis manos a su cuello y me da igual lo que él crea que somos, lo que mis padres crean, lo que piense cualquiera que nos vea. Yo creo que somos ideales el uno para el otro, y la explosión de fuegos artificiales se da tanto en el cielo azul oscuro como en sus pupilas.

Sonrío, tomo aire, siento sus manos en mi cintura elevándome un poco hasta su altura. Me impulso hasta poder sentir sus labios sobre los míos. La sensación es aplastante, como si el espectáculo sucediera dentro de mi pecho. Electricidad recorre mis venas, mientras que todo lo que puedo escuchar es la música de fondo y su respiración agitada, muy, muy por lo bajo.

Sus latidos son una fuerza magnética. Podría jurar que empiezan en su corazón y acaban en el mío. Denver sostiene todo mi peso sin ninguna dificultad. Mis piernas rodean su pelvis para sostenerme con mayor seguridad; mis uñas se aferran a su piel.

La temperatura sube, su piel es resbaladiza y sus labios suaves. Succiono su labio inferior, él cierra los ojos y lo imito. Lo beso hasta que me duele la boca, hasta que me canso, hasta que no puedo respirar. Lo que pudieron ser minutos o segundos, para mí es un recuerdo eterno. Si ese momento tuviera banda sonora, sería mi canción favorita.

Finalmente, con cuidado, siento cómo mis pies vuelven a tocar el suelo. Me alejo un poco, sonriente, y estallo en una carcajada al ver mi brillo labial esparcido por su rostro.

—Denver, creo que estoy enamorada de ti —confieso, nerviosa.

Él posa ambas manos en mis caderas y me levanta en el aire, dando vueltas.

—¿Sí?

La forma en la que pregunta aquello, hablar a través de su sonrisa, el tono cargado de jocosidad y emoción… Primera vez que lo escucho así. Es como oír hablar a un niño pequeño en

el cuerpo de un adulto un tanto intimidante por fuera.

—¡Sí! Discúlpame, debí decírtelo antes. La última vez que entrenamos juntos, ya lo sentía. La última vez que nadamos juntos, ya lo sentía. Yo soy una cobarde y…

—Gal… —Me acerca a él—. He sabido que te pertenezco desde el primer instante en el que te vi.

Ahogo un grito. Las mariposas en mi estómago vuelan alrededor nuestro en círculos.

Aún en el aire, tomo una larga respiración, haciéndome consciente de nuestro alrededor. Hay decenas de personas mirándonos, apuntándonos con cámaras, pero las melodías son tan intensas que no pueden oírnos.

—Bueno, quería saber si había un sitio reservado para mí en tu corazón.

—Ha estado esperando darte tu lugar toda la vida.

—¿Significa que sientes lo mismo?

—No. Yo te quiero más.

Entre risitas y conteniéndome de chillar como una adolescente enamorada, pasamos más tiempo del necesario dando vueltas con el otro, entrelazados, besándonos. Como una pareja de ancianos en sus últimos años juntos. Como unos niños que han encontrado el amor por primera vez. Como dos personas destinadas a encontrarse.

Finalmente, mi corazón termina por reconstruirse. Ahora lo entiendo. Comprendo, con el corazón a mil, por qué nunca funcionó con nadie más. Y agradezco cada una de las veces que mis supuestos amados me dejaron ahogarme, porque finalmente alguien me ha tomado de la mano y me ha llevado de vuelta a la orilla.

Me da un beso y comprendo que nunca iba a funcionar con nadie más porque tenía que ser con él. Solo con él. Nadie más que él. Esto estaba escrito en la arena de una forma en la que las olas no pueden borrar.

Todos mis shows románticos anteriores se sienten vacíos, grises, aburridos. Esto se siente como una explosión de color, como si me hubieran inyectado la vida que perdí con el resto. Me siento como una superhumana: podría cruzar esta ciudad nadando, correr tres maratones… La sensación de adrenalina parece eterna. A cada segundo en el que mis ojos se encuentran con los suyos, todas mis historias tienen sentido.

—He estado enamorado de ti desde antes de conocerte —declara Denver—. Siempre estuve enamorado de la persistencia, de la autenticidad, la transparencia y el coraje. Siempre he tenido una imagen de cómo sería mi pareja ideal, e intenté no pensar en ella porque creía que no era real. Pero estás aquí. En carne y hueso.

—Y alma.

—Tu alma está hecha de rayos de sol y de sonrisas de atletas justo en el momento de sostener el trofeo. Eres de oro, Galilea. Eres el objetivo. Lo que viene luego del esfuerzo, de la dedicación y de un montón de decisiones correctas.

Vuelvo a besarlo. Mi cuerpo se va cansando, pero mi alma está viva y reclamando por él.

La humanidad golpea a nuestros cuerpos cargados de fantasía, agotándonos cuando el último fuego artificial toca el piso. Doy vuelta la cabeza hacia la multitud. Ya no hay tantas personas, pero las suficientes para que algunos nos vean. Entre ellos, mis padres.

Mi madre nos escudriña con una sonrisa y ambas manos en el corazón. Mi padre, por su parte, no se ve tan conmovido, pero tampoco se ve enfadado. Cuando le sonrío, me devuelve el gesto y se nos acerca.

Denver se pone pálido.

—¿Él es tu padre? —cuestiona, sorprendido.

—¿Me recuerdas? —pregunta mi padre.

—¡Por supuesto! Usted fue una de las pocas personas que se me acercó en la edición anterior. Me hizo unas preguntas para… un blog, una investigación que estaba haciendo.

—El mismo. Yo lo recuerdo bien, Denver Monroe. Veo que la vida no le ha arrebatado ni un poco de su energía y vitalidad. Al contrario, usted se ve más vivo que nunca.

Respiro hondo, saboreo sus palabras.

Después de todo, ¿qué es el amor sino aquello que nos hace sentir vivos? El amor en todas sus formas.

—¿Qué puedo decir? —Denver ladea la cabeza—. Amo el deporte.

—Y a mi hija, por lo que veo.

—Eh, no, no... o sea, sí, pero... —Denver da un paso atrás. Su piel blanca se tiñe de un rosa intenso en las mejillas—. Hola —dice incómodo al darse cuenta—. Perdón por no saludar. Soy Denver, el novio de Gal.

—Hemos escuchado de ti. —Mi padre contiene una risa.

—¿Cosas buenas?

—Sí, ha dicho que eres un loquito con rutinas aterradoras y planes alimenticios raros. Significa que le encantas.

Denver echa la cabeza hacia atrás al reír. Su sonrisa se ve a la perfección; cierra un poco los ojos.

Mi madre se acerca y me susurra al oído: «Es más guapo en persona», mientras me abraza por detrás. Los dos hombres de mi vida empiezan a hablar de la inauguración como si fueran colegas de toda la vida.

Por unos minutos, el mundo tiene sentido. La vida vale la pena solo por este instante.

Así es exactamente como se siente pertenecer. Soy yo misma, y todos a mi alrededor me aman por ello.



Regreso al avión en plena madrugada sin haber dormido nada. Mis padres pueden quedarse, pero yo no. Tengo trabajo en unas horas. Tengo que pasar las semifinales.

Camino como una sonámbula por el aeropuerto y miro mi teléfono por última vez al tomar asiento. Son las cuatro de la mañana. Mi representante me avisa que ha enviado el contrato al productor.

Me quedo dormida.

La próxima vez que abro los ojos es cuando la azafata indica que podemos bajar. Me froto los ojos con las manos. Tengo un par de mensajes de Milán; los leo primero que nada. Dice que vino con Salvador al aeropuerto a recibirme.

El aeropuerto no está lejos del set de grabación, así que planeo el viaje rápido mientras bajo del avión. Pero entonces recibo un correo. Es la respuesta del padre de Santiago. Me tiene en copia, junto con mi abogado, su abogado y mi representante. Es el contrato.

Me tomo el tiempo de leerlo completo. Está todo lo que discutimos: nuestros tratos, la suma de dinero que pedí y, por supuesto, la cláusula que me permite no volver a pensar en sus existencias. En otro tiempo lo hubiera odiado; habría querido venganza. Pero Denver tiene razón:

la mayoría de los momentos son instantes, y el resto del mal podría durar para siempre.

Mi representante me escribe para asegurarse de que es completamente seguro y velado por mis intereses, así que puedo firmarlo digitalmente. Lo hago antes de cruzar las puertas, haciendo esperar a mis amigos, pero sellando con concreto la tumba en la que enterré mi historia con Santiago.

Ahora es solo eso: historia. Este es mi presente, y es lo más cercano que tengo a un cuento de hadas.

—¡Galileaaa! —grita Milán, corriendo hacia mí con su teléfono encendido—. ¿Has visto el video que subió el cucaracho ese?

No, no lo he visto. Pero me lo imagino.

Si me lo preguntaran en serio… en realidad, ni siquiera quiero verlo.

Solo quiero estar aquí. Aparto el teléfono de mi panorama visual y abrazo a Milán con intensidad. Desde allí puedo ver a Salvador sosteniendo su termo de agua y una barra de cereales.

—Gracias por venir, capitán. Eres un amigo excepcional.

—Mejores amigos —corrige—. Cometí un crimen por ti, mínimo merezco un mejor título.

—¿Un crimen? —Elevo una ceja.

—Lo que hicimos para que Santiago nos diera la dirección de su padre queda entre nosotros y Jesucristo —agrega Salvador.

—Creo que queda más entre nosotros y el diablo —corrige Milán.

Nos reímos tan alto que un guardia nos llama la atención. Es hora de marcharnos.



El casco está bastante ajustado. Mi contrincante está posicionada al inicio de la ratonera. Ambas esperamos el silbato.

La producción hizo el comunicado justo antes del programa. El aire ha cambiado. Pese a que ninguno me soporta o me quiere aquí, ahora me tienen cierto respeto. Una competidora logró que toda una producción subiera una aclaración pública sobre cómo la pintaron y lo que ocurrió con ella dentro.

Cuando oigo el pitido, dejo de pensar.

Mi cuerpo se mueve en automático. Hay sectores del circuito en los que ni siquiera sé cómo llegué de un sitio a otro. Simplemente me moví. Tan rápido que parecía una danza. Con tanta seguridad que parecía tener alas.

Mis brazos se sostuvieron sin miedo de las estructuras para escalar. Trepo hasta la cima y conecto el arnés antes de ir al pasamanos. Salto desde bastante alto con coordinación y no lo pienso ni una sola vez antes de arrojarme a la piscina. No pasaron más de cinco segundos desde que entro con un chapoteo hasta que toco el otro extremo.

Saco el turril necesario para la competencia, salgo y sigo mi camino. No miro a mi rival ni una sola vez. No pienso en rendirme. No pienso en las sensaciones físicas. Solo en seguir.

Estoy compitiendo. Y lo estoy disfrutando.

Maldita sea, sí.

Sonrío al bajar las estructuras, al pasar el turril por las barras. Camino con júbilo hasta la

zona de equilibrio, un pie tras otro. Estoy empapada. Podría haberme caído, pero no lo hice. Lo hice lento, cuidadoso y feliz.

Cuando finalmente mis manos se posaron sobre la campana, la sacudo con júbilo.

Recién entonces miro hacia atrás.

Mi rival está muy lejos.

No lo entiendo.

Luego miro al frente.

Cada uno de los presentes me mira con asombro. Con sorpresa escrita en los ojos.

Mi sonrisa no se borra.

A unos metros, Milán aplaude como un desquiciado. No lo entendí hasta que la voz por los altavoces anunció:

“¡Con ustedes, nuestra invencible bicampeona! Galilea avanza a la final y acaba de romper el récord histórico de este circuito en el reality: ¡seis punto cuarenta segundos!”.

La competencia estaba programada para dieciocho minutos.

Recién entonces, incluso yo me permití estar sorprendida de mí misma.

Grité eufórica y Milán corrió hacia mí para sacudirme en felicitaciones.

—¡Finalista! ¡Finalista! —vocifera al empujarme—. No puedo creerlo... ¡O sí! ¡Sí puedo creerlo! ¡Llegaste a la final!

—Tú lo harás mañana —aseguro—. Mañana, ambos seremos finalistas. Preparate.

CAPÍTULO 25

“El sabio no dice todo lo que piensa, pero siempre piensa todo lo que dice”
—Aristóteles

DENVER

Tengo poco tiempo libre; sin embargo, desde antes de que viajara, a la gente empezó a interesarle lo mío con Galilea. Un podcast de cotilleo y anécdotas bastante popular me ofreció ser su invitado especial.

Claro, en ese momento sonaba como una buena idea. Ahora mismo, siento como si caminara por una pasarela de vidrio roto.

—Buenas —saludo al entrar en lo que parece ser su estudio de grabación—. Permiso.

—Denver, por favor, ponte cómodo —insiste la conductora—. Siéntate justo allí, esos son tus auriculares.

—Este es tu micrófono. —Señala uno de los chicos—. En ese computador podrás ver cuándo estemos en vivo y leer los comentarios.

—¿Por qué la cámara? —pregunto al ver dos trípodes sobre el mesón, sosteniendo teléfonos con cámaras de alta gama.

—Es para los episodios. Esto queda grabado y se edita para subirse a nuestro podcast. El en vivo es solo para nuestros miembros oficiales; tienen una membresía.

—Vale.

«No me interesa».

—Antes de que empecemos, que faltan cinco minutos, ¿hay algo que quisieras evitar? Sé que el tema de la posible falsedad de tu relación o del engaño entre ustedes está en auge. Siendo sinceros, es lo que querríamos hablar, pero si te molesta…

—Quiero aclarar las cosas —contesto con calma—. No soy muy público, así que esto servirá como mi primera y única declaración. Sé que probablemente haya cosas que no quiera leer, pero ellos tampoco van a escuchar lo que quieren oír, así que está bien.

—Vale, en ese caso, en dos minutos estamos al aire.

Me siento como un pez fuera del agua. No me incomoda que me graben en video, Galilea lo ha hecho un par de veces, pero la sensación es distinta cuando son dos minutos a cuando son dos

horas.

El inicio de la plática es tranquilo, una especie de entrevista en la que me preguntan quién soy, qué hago y mis expectativas para los juegos de este año. La interacción es interesante. A mí, claramente, no me interesa mucho la estructura de su programa porque no la entiendo; y ella no comprende con claridad lo que relato sobre el deporte, por lo que parece desinteresada. Sin embargo, tenemos un interés en común.

Mi novia.

—¿Qué crees que hace que un romance funcione?

—Lo mismo que hace que el mundo funcione: la perseverancia. Sí, puedes querer a alguien, pero ¿lo quieres todos los días? ¿Eres su hombro cuando está triste? ¿Sostienes su mano cuando tiene miedo? El amor es escogerse cada día y, cuando escoges a alguien, lo cuidas. Lo que se riega, florece.

—¿Lo consideras así para ti mismo?

—Galilea y yo cruzaríamos un océano por darle agua al otro y que florezca una margarita.

Me gusta decir esa palabra. No puedo evitar tener una reacción física cuando la pronuncio, la misma que tienes cuando pruebas el primer bocado de algo muy dulce.

—Entonces, Denver, me imagino que has visto la cuenta que ha subido las fotos donde tu actual pareja sale del departamento de su supuesto ligue, Santiago Cammeron.

—Así es.

—¿Qué nos puedes contar sobre ello? ¿Son fake? ¿Editadas con Photoshop?

—Son reales. Ella estaba saliendo junto a sus padres. Una cosa que esta cuenta falsa olvidó mencionar es que ella vivía allí antes. E, incluso si fuera a visitar a alguien, no tendría por qué ser a quien ellos inventan.

—¿Nos podrías volver a compartir cómo se conocieron y se hicieron pareja?

Nosotros teníamos un guion. Desde aquella vez en el motel, establecimos cuál sería “nuestra historia”. Sin embargo, con la presión y tantas cosas en la cabeza, no la recuerdo con claridad. En su lugar, uso los pocos detalles que tengo, hilándolos con sentimientos o expresiones emocionales para rellenar el vacío contextual.

—¿Qué opinas sobre aquellos que dicen que tu pareja es una mala influencia para ti?

—Nuestro noviazgo es mediático, no público. No compartimos todos los detalles y mucho menos cómo nos relacionamos. Como ambos compartimos un estilo de vida similar, somos muy buena compañía el uno para el otro. He disfrutado del deporte como no lo hacía hace años gracias a ella.

—En el chat @astrodanger nos comenta: “Yo vivo en la misma ciudad que ellos, y he visto que los entrenamientos de Denver han sido más cortos y menos frecuentes desde que la conoció. Los he visto juntos, pero no…”

—Primero que nada —la interrumpo—, esto que describes es acoso. No tengo idea de cómo tienes esa información, pero estar pendiente de mi vida privada, mis actividades y las que tengo con mi pareja a ese punto no es normal ni será aceptado.

El asistente, detrás de cámaras, se queda boquiabierto.

—Segundo, sé perfectamente cómo mantenerme en ritmo. Esa es la razón por la cual yo estoy aquí, hablando, esperando las competencias, mientras esta persona está escribiendo un comentario fuera de lugar desde su cuarto. Sé lo que hago, y tengo personas a mi alrededor que también lo saben. Son profesionales.

—¿Niegas rotundamente cualquier rumor sobre infidelidades o mentiras alrededor de su noviazgo?

—Galilea es mi novia. Nosotros somos pareja. Nos amamos, estamos felices juntos y lo hacemos funcionar. Cualquier otra cosa son puros inventos. Ella es a quien quiero, quien me quiere, y solo nosotros sabemos lo que ocurre cuando se apagan las cámaras —carraspeo—. Ninguna relación es un cuento de hadas, pero la nuestra está bastante cerca de serlo.

Desde aquí, quiero desearle suerte en la final de Ukiyo, aunque sé que no la necesita.

El lado bueno de esto es que, si Santiago lo oye, querrá desaparecer. Qué más quisiera yo que lo hiciera.

Profesar mi admiración hacia ella es más fácil de lo que pensaba. La conductora se ve satisfecha y su asistente me indica exactamente cuándo dejamos de estar al aire.

«Va, eso no ha estado tan mal. Me he vuelto un mentiroso profesional».

«Un mentiroso mintiéndome a mí mismo sobre que las cosas que digo no son las que siento».

CAPÍTULO 26

“La paciencia es amarga, pero su fruto es dulce”
—Jean-Jacques Rousseau

Ver a Milán pasar a la final fue una de las mejores experiencias de mi vida.

Sentía que estaba a punto de vomitar de los nervios. Viví esa semifinal como si fueran a crucificar a mi mejor amigo si no ganaba, lo cual era exagerado, pues aún podía pasar como segundo finalista.

Las competencias de los hombres se enfocaban un poco más en la fuerza. Lo vi arrastrarse por el suelo con llantas y cargas de metal. Seguía sus movimientos corriendo alrededor de las estructuras, gritándole «¡Tú puedes!» hasta que me dolió tanto la garganta que me quedé sin voz.

Lloraba cuando le faltaba la última sección para tocar la campana. Casi tuvieron que darme agua y cuidados especiales a mí cuando lo logró. Necesitó que los paramédicos del programa lo atendieran por la presión a la que se sometió, pero lo dio todo. Hasta el final.

Por los parlantes se escuchó el anuncio: *Milán, el ejemplo de perseverancia, el prodigio joven de la temporada, ¡ha asegurado su puesto en la final!* Una frase clara: vencer o morir. Esa noche, venció a todos sus contrincantes.

Y tenía razón. Como los hombres compitieron más veces que nosotras, yo llegaba a la final contra alguien con quien no me había enfrentado directamente. Sin embargo, él, para llegar hasta aquí, ya les había ganado a todos.

Estaba segura de que lo volvería a hacer.



—¿Cómo te sientes? —pregunta Salvador, a quien no tengo idea de cómo Milán consiguió un permiso especial para que estuviera presente.

—Ansiosa.

—Te voy a matar, Galilea —amenaza Milán, tomándome del hombro—. Las mujeres compiten primero, y si te veo perder, acabo con nosotros.

Contengo una carcajada.

—Idiota.

—Ve segura —aconseja Salvador—. He mirado a la otra, es excelente.

—Uff, gracias por la motivación —ironizo.

—Ese es el punto. Ella es excelente, tú eres extraordinaria.

—Cuando levantemos el trofeo, hagamos esta seña —pide Milán, sacando el dedo del medio —. Nos lo merecemos.

—Estamos en horario de protección al menor, idiota.

—Vale, entonces, ¿podemos hacer el festejo de Denver?

—¿El festejo de Denver? —cuestiono.

—El de las competencias —indica Milán, dando la vuelta—. Es así. —Hace la pose marcando los bíceps a ambos lados, mostrando sus músculos—. Pero debe ser de espaldas, es como un *flexing*.

—Lo tendré en cuenta, si me acuerdo.

—¿Has hablado con Denver?

—Solo por mensaje. Me he entregado por completo a la competencia hoy. Hoy, mi novio es este *reality*, y lo voy a hacer mi perra —aseguro, chocando los cinco con Milán.

De fondo, Salvador se ve sorprendido.

—Pobre Denver, con una dominatrix.

—Cállate, Salvador.

—Por fortuna para mi amigo, he pasado años dándole clases los jueves.

—¿Clases de romance? ¿Ligue? ¿Fo…? —cuestiona Milán.

—De «cómo sobrevivir a una novia con carácter». Un curso con cinco *PowerPoints*, tres exámenes y certificación internacional. Para tu suerte, tu chico ha sido mi mejor alumno.

—Ha sido tu único alumno, probablemente —me burlo.

—El mejor. Se ha conseguido pareja con familia rica y su mujer, cuando gane, se volverá más millonaria. A mí me dará el cincuenta por ciento de tu cincuenta por ciento. Es negocio seguro.

—¡Por favor, cállense! —Río—. Me debo ir. Hoy tengo que dar todo de mí.

Salgo del camerino como quien nada quiere y nada debe. Me siento ligera. He descubierto un nuevo significado de esa palabra.

El mundo a mi alrededor, que sigue sin brindarme sus mejores energías, simplemente no existe. Camino con tranquilidad hasta el set, saludo a cada una de las personas que me apoya en la tribuna y aprovecho para tomarme fotos con ellos.

El circuito aún está en su última faceta en ese momento. Se ve inmenso ante mis ojos, grande y peligroso. En lugar de asustarme, aquello me emociona. Lo veo como una nueva oportunidad.

Mi madre está entre mis fanáticos. Reviso mi teléfono antes de entregarlo por el resto de la noche. Hay un solo mensaje.

DENVER:

Cumplir nuestra cábala va a matarme hoy, lo presiento. Sé que vas a ganar, no tengo duda de ello, y me gustaría verlo, pero estaré ocupado. Además, creo que se me saldría el corazón. Solo tengo una cosa que decir: si bajo el agua sientes que no puedes respirar, sube y toma aire. No esperes hasta la desesperación o hasta que tu cuerpo te obligue a respirar bajo el agua. Ve por aire. Eso te dará más tranquilidad y avanzarás con mejor ritmo.

Le entrego a mamá todas las pertenencias que cargo, corro a ubicarme y escucho al juez explicarnos la competencia. Tengo los pelos de punta.

De boca para afuera, para no decepcionar a nadie, grito mi confianza a los cuatro vientos. Sin embargo, cuando solo estamos el juez, mi compañera de la noche y yo, solo pienso: «Por favor, por favor, por favor».

Daría lo que fuera por lograrlo hoy. No obstante, hay una parte de mí que no se decepcionaría tanto si no lo hiciera. Hay una parte de mí que compite porque ama competir, no porque ama ganar.

Y mientras el juez habla, dejo que ella también hable. Dejo que esa parte tome el control de mí, porque fue ella quien tomó el mando en la semifinal y mi intuición me dice que es ella quien debe guiarme hoy.

Los presentadores hablan. Nosotras dudamos bajo el reflector. Mi corazón late desesperado, como si fuera la primera vez que va a competir, y mi cuerpo reacciona ante el silbato.

Es el momento. Es ahora o nunca.

Ambas subimos por una estructura pequeña de metal hasta el techo. Vamos tomando tablas que sirven de peldaños para formar una escalera en medio del circuito, la cual nos llevará a tomar el turril que necesitamos antes de lanzarnos a la piscina.

Son varias pasadas antes de completar la escalera. Es un descuero. Quieren cansarnos antes de meternos al agua, y mi rival sin duda tendrá más fuerza para la última parte, que es levantar barriles hasta formar un sendero.

Hago todo lo que puedo. Subo las escaleras con las piernas temblando del cansancio.

Cuando caigo al agua, el peso del casco, la ropa y las medias es demasiado. No pasan ni unos segundos antes de que sienta la presencia de la otra chica en la piscina. No tengo ventaja.

El agua me arrastra hacia abajo, y me doy cuenta de que pronto no tendré suficiente aire o resistencia para seguir así, así que me impulso hacia arriba. Gasto unos segundos tomando aire y vuelvo. Salgo con el turril.

Mi contrincante no tiene la misma suerte. No la miro, pero oigo los comentarios de los presentadores, conmocionados tanto por lo cerca que estuvo de ahogarse como por su salida triunfal, subiendo la escalera.

Me ha vuelto a alcanzar.

Estamos demasiado cerca.

Un escalón, luego otro. Estiro el brazo. Ella lo hace al mismo tiempo. Me paro de puntillas.

«Por favor, por favor, por favor».

CAPÍTULO 27

"Elige un trabajo que ames y no tendrás que trabajar un solo día de tu vida"
—Confucio

DENVER

La filosofía, los libros, la psicología, la vida que he vivido… todo ha moldeado mi mente para este momento. Se siente intenso. Pesado.

Las eliminatorias y las semifinales no me causaron ningún tipo de reacción física, pero ahora siento que algo me golpea. Hay otros siete nadadores además de mí.

Trato de concentrarme en algo más simple, de minimizar esta experiencia para que no me consuma. Así que, en un intento por distraerme, me repito de forma cómica: *tienes que darlo todo, si no, vas a dar una mala impresión a tus suegros.* Eso me hace sonreír unos segundos antes, justo en el momento indicado.

Siento el agua fría al tocarla con las manos. Estoy en los bloques de salida, mi cuerpo tenso pero enfocado. Escucho los ruidos a mi alrededor, pero es como si todo estuviera en un segundo plano. Solo importa el sonido del silbato y el golpe de mis brazos cortando el agua.

Mi cuerpo se mueve rápido, controlado. Mi respiración es calculada, las brazadas precisas. Tengo la mente en blanco, pero, en algún rincón de ella, resuena la voz de Galilea apoyándome. Los otros nadadores están cerca, pero yo, por primera vez, sé que tengo esto.

El cansancio no existe. No lo siento. Solo hay euforia. Solo pienso en el objetivo.

Ya casi llego, y la multitud empieza a rugir, pero el sonido me llega distorsionado. No me detengo. Estoy demasiado cerca, demasiado enfocado para permitir distracciones.

Con cada brazada, la meta está más cerca. Pero no lo veo de esa forma. No siento desesperación por ganar. Parte de mí, una gran parte, se siente plena con tan solo estar aquí. Porque mi sueño no es ganar una vez. Es ganar hasta lograrlo. No se trata de un trozo de oro.

Si me dieran la oportunidad de *comprar* la medalla, de recibirla sin esfuerzo por arte de magia, dinero o fraude… no la querría. Para quienes no están aquí por pasión, la medalla es solo un trozo de metal sin significado. Pero para quienes han dado su sudor, sus horas, sus lágrimas y sus risas, es la prueba de todo.

No quiero ganar por la avaricia de ganar. Quiero ganar porque quiero que todo mi esfuerzo se

inmortalice para siempre. Evito llamarlo *el fruto de mi trabajo* porque no me parece la mejor historia. Los mejores atletas que he conocido no necesitan un trofeo en sus vitrinas. Tienen sabiduría, agilidad y un cuerpo sano. Y eso siempre será mil veces mejor.

No. No quiero ganar el oro.

Quiero ganar la competencia.

No quiero solo ganar la competencia. Quiero vivirla.

Y no quiero solo vivirla. Quiero disfrutarla.

Disfrutarla como lo estoy haciendo ahora mismo.

Sin importar quién gane, podré contarle al mundo que cada vez que me caí, me levanté. Y que cada vez que no lo logré, insistí. Porque estoy enamorado de la sensación de victoria que me da este deporte.

La gloria nace de la combinación entre anhelo, dedicación y oportunidad. Por eso, no me dejo llevar por mis pensamientos. En cada segundo bajo el agua, soy pura euforia. Y, a la vez, pura relajación. Es una experiencia única.

La explosión de energía en mis músculos, el desgaste, el golpe frío del agua, la sensación de estar flotando.

Esto es calma.

La resistencia del agua, los músculos pesados, mis latidos acelerados.

Esto es vida.

El instante justo antes de que todo termine, cuando ves la experiencia por lo que es y no por lo que imaginaste que sería. Cuando tu cuerpo te recuerda que eres humano, pero tu mente ya lo olvidó hace rato.

Esto es ganar.

Lo de afuera… es solo oro.

CAPÍTULO 28

“El último fin de la vida es la felicidad”
—Aristóteles

Mis dedos rozan la cuerda de la campana con la punta y la sacuden.

Primera, solo por medio segundo. Pero en ese instante yo no lo sabía; el ojo humano, en plena euforia, no puede controlar eso. En ese momento pareció que duró lo mismo.

A mi alrededor, el silencio se extiende, la tensión recorre el aire. Busco a Milán entre los rostros, pero no lo encuentro.

La bajada fue diferente a cualquiera que haya hecho. Nadie sonríe, pero tampoco nadie llora; todos están expectantes. Ambas quedamos en el suelo y nos miramos.

—Felicidades —murmuro mientras, detrás de la estructura, nadie nos ve—. Estuviste increíble.

Ella no responde, pero no me molesto. Dije exactamente lo que quería decir. Cuando las dos estamos ante las cámaras de vuelta, en la gran pantalla reproducen los últimos segundos, haciendo zoom.

Antes de que podamos verlo, los altavoces lo anuncian:

—La ganadora de esta temporada de Ukiyo es nada más y nada menos que nuestra inquebrantable...

Dejo de respirar.

—¡Galilea! ¡Galilea se corona como la única tricampeona! ¡La gladiadora de oro finalmente consigue su gran cometido!

Hay algo en la forma en que lo dice, en el tono, en la presencia de mis padres, que hace que mi cuerpo esperara a ese instante para derrumbarse. Caigo de rodillas cuando me entregan el trofeo; el juez se agacha para ponerme la medalla.

—Yo quería que ganaras —confiesa en un susurro travieso y alegre.

Tengo los ojos llorosos cuando Milán se abalanza sobre mí.

—Estaba por desmayarme —dice entre risas—. Ha sido mi culpa. Nunca debí dudar de ti.

—Yo dudé de mí —admito—. Incluso quien está completamente preparado, incluso en quien todos creen, duda.

—Quien te ama no duda —responde en un murmullo, señalando una esquina donde hay un ramo de flores junto a una corona. Lo trae mi madre.

Milán me da la mano para levantarme. Yo abrazo a mi madre y ella me sostiene. El programa

va a comerciales para limpiar todo y preparar la final masculina.

—Mira tu regalo —dice al pasarme el ramo—. Lee la nota.

Quería esto para ti. Sabía que esto sería para ti. Escribo esto apenas llego a la villa, sé que vas a ganar desde hoy. Lo supe desde que te conocí: hay gente que lleva la gloria en la sangre.

Quien te ama no duda. Yo nunca dudo de ti.

"El amor es la voluntad de querer para alguien lo que se piensa que es bueno" —Aristóteles.

Felicidades, tricampeona.

Eres la mujer más gloriosa que ha existido. La musa del siglo, aquella que inspira a triunfar.

Con amor, Denver.

CAPÍTULO 29

"El regalo más grande que les puedes dar a los demás es el ejemplo de tu propia vida"
—Bertolt Brecht

DENVER

Al finalizar, no sé en qué puesto quedé. Sé cuándo toqué la pared de la piscina, la cual tiene la placa electrónica que registra mi tiempo. Pero no sé en qué momento llegaron el resto de los competidores, que ahora parecen haber llegado al mismo segundo.

Elevo la cabeza hacia la pantalla gigante. En ella aparecen nuestros nombres, acomodándose en tiempo real. Desde el momento en que está puesto y lo leo hasta que realmente lo proceso, pasan varios segundos.

Me quedo allí, quieto, agotado, mirando la pantalla. Espero que el resultado cambie.

Pero no lo hace.

Algunos nadadores empiezan a festejar: golpean el agua, gritan.

Yo no.

Simplemente observo en mutismo, esperando que los resultados se actualicen. No lo hacen. No cambian.

Es oficial.

La voz en los parlantes rompe el silencio:

—Y la medalla de oro va para… ¡Denver Monroe!



La piscina olímpica brilla bajo las luces del estadio, y el azul del agua parece más intenso. Los aplausos resuenan, hay ruido en cada rincón, un festejo en cada metro. Lo veo todo en cámara lenta. Estoy en el podio central, pero lo único que escucho es mi propia respiración y el latido constante de mi corazón.

Me inclino y bajo la cabeza para que me pongan la medalla. La cinta se siente suave entre mis dedos mientras la acomodo.

El encargado de la ceremonia se acerca con una sonrisa. Apenas registro lo que dice. Es una felicitación a la que atino a responder con un tímido “gracias”.

Desvío la atención hacia las gradas. Veo rostros sonrientes, gente aplaudiendo, ondeando la bandera de mi país.

La música del himno nacional estalla. Me pongo firme, con la mirada fija en el cielo. Las emociones me invaden y hago todo lo posible por no llorar en cámara. Al menos no ahora.

Mientras canto en voz baja, reproduzco en mi mente todo lo que me ha llevado hasta aquí:

Las madrugadas en la piscina.

El frío en los huesos.

Los días en que quise rendirme.

Las dudas.

Los miedos.

La voz interior que decía que debía conformarme.

Pero ya nada de eso importa.

Una sonrisa se dibuja en mi rostro. Me paso la mano con rapidez sobre los ojos para ocultar las lágrimas que se camuflan con el sudor y el agua anterior. Bajo la cabeza, miro la medalla. Se ve hermosa.

Pero nada se compara con elevar la vista y ver el júbilo a mi alrededor. La forma en que mi vida se une a la felicidad plena de los presentes, a ese deporte que significa todo para mí.

No lo digo en voz alta porque ni siquiera mi mente acaba de creérselo.

Es como si, en un abrir y cerrar de ojos, los antiguos límites ya no existieran.

No parece real.

Es imposible borrar mi sonrisa, incluso cuando ya estoy moviéndome del podio y mis compañeros se alejan; solo ahí tengo un microsegundo de volver a la realidad.

Tengo que encontrar mi teléfono.

Tengo que ver a Galilea campeona.

CAPÍTULO 30

“La libertad está en ser dueños de la propia vida”
—Platón

Le hice prometer a Denver la última vez que nos vimos que no viajaría hasta la ceremonia de clausura.

Salvador, Milán y yo salimos a comer pizza en nuestro restaurante favorito para celebrar nuestros campeonatos. Salvador ya estaba sirviendo el vino en nuestras copas.

Miro por última vez la foto que subió la página del reality. Cuando Milán levantó el trofeo, ya estaba lo suficientemente recompuesta como para acompañarlo. Normalmente toman una foto de promoción con los campeones de temporada, así que le recordé hacer la pose que quería.

Acaricio la pantalla al vernos. Estamos lado a lado, y me conmueve un poco cómo, de alguna forma, las lecciones y motivaciones que puede traer alguien como Denver quedan marcadas en la vida. Hay un poco de esperanza gracias a él en ambas victorias, mucho más en la mía. Esto se siente como más que una copa vacía y una medalla colgando.

Esto ha cambiado mi perspectiva del mundo, para siempre. Finalmente, no me siento sola. Hay una parte de él en cada cosa que hago.

—Salgo increíble, ¿no crees? —bromea Milán al notarme escudriñando la fotografía—. Lástima que no me puedo quitar la camiseta porque tiene los auspiciantes del programa.

—Idiota.

—Me veo bien.

—Nos vemos bien —corrijo.

—Sí, pero yo más que tú. —Milán saca la lengua—. Que sepas que voy a participar hasta romper tu récord. Soy un traicionero.

—Adelante.

—¿Tú volverás?

—No. —Niego con la cabeza—. Hay nuevas cosas que quiero perseguir. Creo que… le agarré un poco de cariño a la natación.

Nos sentamos en ronda a ver la competencia de Denver, que, por la diferencia horaria, quedaba justo a altas horas de la noche. He de confesar que me tapé los ojos la mitad de la transmisión. Me di cuenta de que puedo mantenerme serena en mis competencias, pero si se trata de alguien a quien amo, me vuelvo loca.

En grupo pudimos elevar nuestras copas y asustar al cocinero con nuestros gritos cuando

actualizaron la tabla en la pantalla y “Monroe D.” pasó al primer lugar. Y ahí se quedó.

Vi a Salvador lagrimear un poco.

—Disculpa, es que yo… llevo años esperando este momento. —Se limpia con el pulgar—. Estoy orgulloso.

—Quiero amigos como ustedes cuando sea grande —bromeo.

—Ya somos tus amigos —responde Salvador—. Al menos yo lo soy.

—Lo volveré a ser cuando tu padre me pague la mensualidad —dice Milán, llevándose un trozo de pizza—. Por esta noche, puedo ser tu amigo si pagas la comida.

—Voy. —Me levanto, sacando mi tarjeta—. Pero algún día se los voy a cobrar.

—Seré el padrino de tu primer hijo a cambio —suelta Milán, haciendo que Salvador escupa su vino de la risa.

—Creo que quiero cancelar nuestro contrato de amistad.

—Muy tarde. Es para toda la vida. —Su teléfono vibra con una notificación de la app de los juegos—. Esto me recuerda que Denver debe estar extrañándote.

—Yo también lo extraño.

—Entonces, ¡¿qué haces aquí, loca?! —me reclama Milán—. Levántate, corre al aeropuerto. Ve a festejar con él. Este festejo doble solo lo tendrán una vez en la vida.

No tuvo que repetirlo dos veces.



Al llegar, quiero correr y aplastarlo hasta que nos convirtamos en arena de playa, pero al entrar a la ubicación que me envió, no muy lejos de la villa, encuentro un ambiente vibrante, saturado y neón. Al contrario, es un sitio al aire libre, tranquilo, un tanto silencioso, de cielo abierto, donde se pueden ver las estrellas.

Denver está sentado allí, con la medalla colgando de su cuello. En la mesa hay tres copas de postre. Se levanta al verme y camina lento hacia mí, con una sonrisa dulce que calma mis nervios.

—Felicidades. Sabía que lo harías. —Cierra los ojos—. Siempre creí que aquello de que ganar sabe a gloria era exagerado, pero creo que entendí su significado cuando te vi levantar tres dedos en tu festejo. Eres gloriosa, Gal.

—Lo dice quien acaba de… ¿lograr su sueño? —chillo, finalmente rompiendo el aire “casual” con el que intenté ingresar. Estiro los brazos, mis manos se posan suaves sobre su cuello y lo empujo hacia abajo hasta quedar junto a su oído—. ¡Lo lograste! ¡Ah! —grito lo más alto que puedo.

Denver estalla en una carcajada.

—¡Sí!

—Más fuerte, que aún no me dejas sordo.

—¡No me retes! —agudizo la voz, aún bastante alta. No puedo contener la risa—. He visto el video unas veinte veces en el avión. No tengo palabras. De verdad.

—Mejor que no, el guardia nos está mirando feo.

—¡¿Y qué me importa?! —Me aparto, por completo extasiada—. ¡¿Ellos saben el acontecimiento?! Esta semana se ha hecho historia. —Me quedo viendo la medalla—. ¿Puedo…

puedo tocarla?

Denver se lleva ambas manos a la cinta que sostiene la medalla. Con delicadeza se la quita y pienso que quiere mostrármela de cerca. Dejo de respirar cuando, con una mano libre, acomoda mi cabello mientras que con la otra la desliza por mi cabeza hasta que puedo portarla. Automáticamente, me muerdo el labio para contener mi emoción.

Sus pulgares acarician mis mejillas. Después de saber lo mucho que significa esta medalla para él, este gesto hace que me cueste mantener la humedad de mis ojos dentro. Se me escapa una pequeña lágrima, que él limpia rápido antes de darme un beso corto.

—Esto es todo lo que siempre quise —susurra—. Se te ve bien.

—¿El oro?

—La victoria. Nunca había visto a alguien a quien le siente tan bien ser así de victoriosa.

—Si sigues hablando, harás que me siga enamorando de ti.

—Esa es la idea.

—Traje algo para ti, por cierto. —Abro mi bolso y saco un pequeño ramo de margaritas, un tanto maltratadas desde que las compré al bajar del avión hasta aquí—. Para ti.

Las mejillas de mi novio se tornan rosas. Baja un poco la cabeza y toma las flores con ambas manos. Las acerca a su nariz, toma una larga respiración que acaba siendo un suspiro. El amor en su mirada se intercala de las flores a mí. Mi corazón late desenfrenado.

—Tiene una nota —agrego—. Léela, no eres el único romántico en esta relación.

No creía en los superpoderes hasta que te conocí. Hay cierta magia en devolverle la fe a las personas. Sin duda, creo que tienes el cómo de cada por qué y que, para ti, no hay nada imposible.

"La perseverancia es la que hace grandes a los hombres, no la fuerza" –Nietzsche.

Que ganes no era cuestión de suerte, era cuestión de tiempo."

Denver se tapa la cara al terminar de leer la nota. Contiene el aire, como si una sola respiración más pudiera desarmarlo. Lo entiendo, porque me siento igual.

—Te amo —suelta con simpleza.

—Vas a amarme más. —Me regocijo—. Lee el segundo papel.

La forma en que se le arrugan los ojos me provoca una especie de déjà vu. Creo que he visto en mi futuro esos mismos ojos, esperándome en una tarde de sol para charlar dentro de varias décadas sobre este instante.

—¿Un cupón? —pregunta, confundido.

—Un cupón para un salón de tatuajes —aclaro—. Tienes que borrarte el "casi", ¿no lo recuerdas? Una vez que esta aventura termine, hay un final escrito en tinta y un destino esperándote.





EXTRA: CASI

Los tiempos difíciles son los que muestran quién está realmente con nosotros.

El grupo de amigos se ha hecho más fuerte. Somos íntimos, lo suficiente como para que Denver nos deje acompañarlo en su sesión de tatuaje, donde va a tachar la palabra que lleva en la espalda.

El tatuador se ríe de nosotros. Hay tres personas en la habitación solo para una línea un tanto cuadrada de tinta que tomará quince minutos.

Salvador, Milán y yo estamos sentados en un extremo del cuarto, en un sofá de cuero. Denver yace sobre la camilla mientras el tatuador cambia su aguja por una más ancha.

—Es un gusto finalmente poder conversar, Milán —dice Denver—. Galilea me ha hablado mucho de ti.

—Ya sabía quién eras.

—¿Te llaman la atención los juegos?

—Toda la vida, pero como no empecé joven, nunca lo he creído posible.

—Hay una lista de requisitos. ¿Sabes si los cumples…?

—La mayoría, no todos.

—¿Cuántos años tienes? —pregunta Denver—. Te ves como un niño.

—Tengo veintiuno —responde Milán—. Me gusta correr. Me inscribí en un maratón la próxima semana.

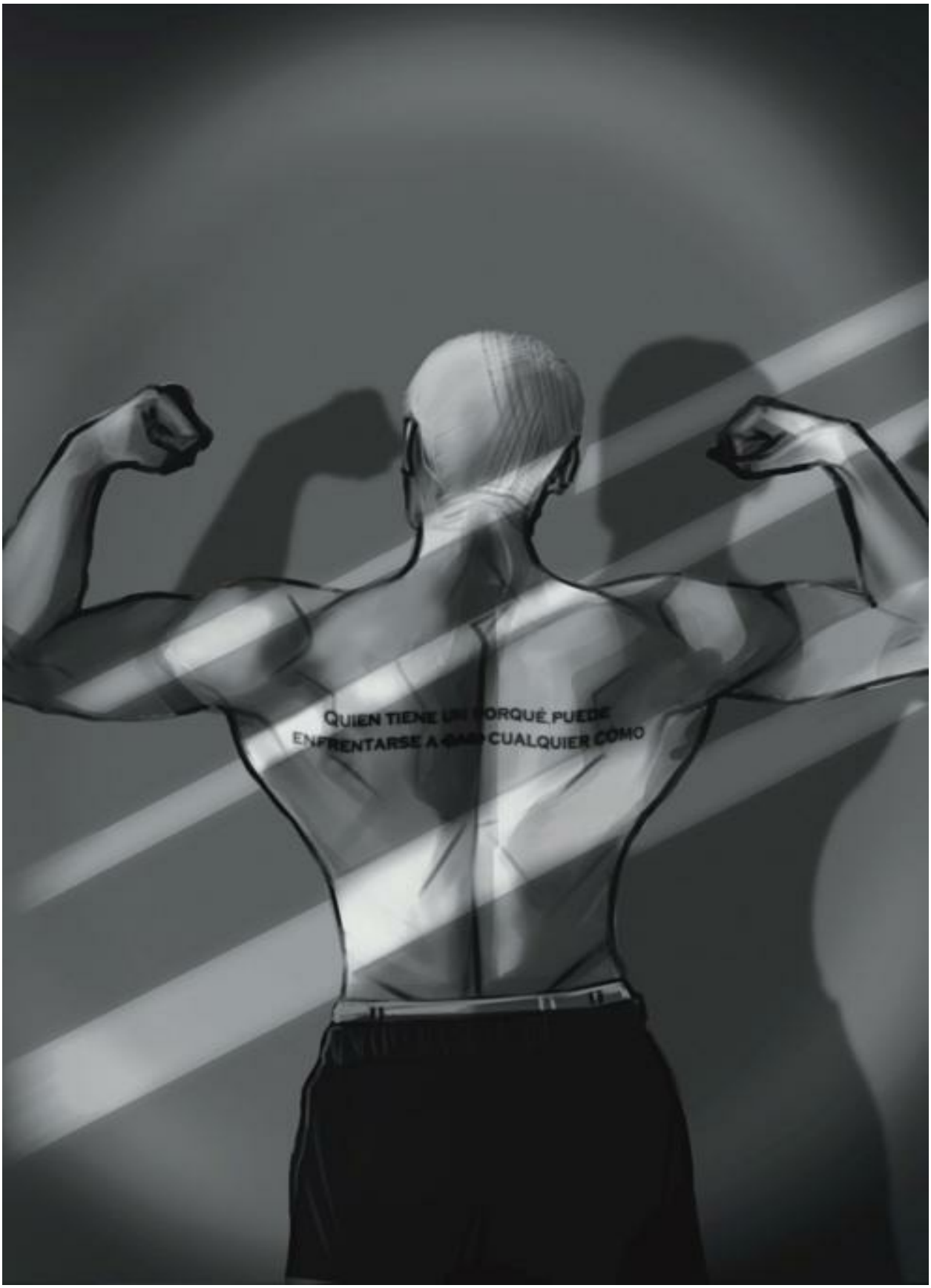
—Deberías intentarlo.

—Creo que ya es un poco tarde, además, sabes que no es así de simple participar.

—Nunca es tarde para hacer lo que realmente te hace sentir vivo.

—Ya, pero ¿y si en el maratón me va mal? He corrido varios, pero este es más grande, más completo.

—Nunca es tarde para volverlo a intentar —contesta Denver con simpleza, justo cuando el tatuador traza la primera línea sobre la palabra “casi”—. Nunca es tarde para perseguir tus sueños. Eres joven, tienes toda una vida por delante. ¿Quieres pasarla preguntándote qué habría pasado si hoy te hubieras levantado y hubieras caminado hacia tu meta? Todos tenemos una victoria pendiente, Milán. Estoy seguro de que el mundo quiere conocer la tuya.


QUIEN TIENE UN PORQUÉ PUEDE
ENFRENTARSE A CUALQUIER CÓMO

EXTRA: PESCAR

CAPÍTULO 24. JUSTO ANTES DE CONSEGUIR “AMABLEMENTE” LA INFORMACIÓN

MILÁN

—Detesto a Santiago, y ni siquiera lo conozco —suelta Salvador.

Ambos estamos comiendo una pizza en mi restaurante favorito mientras denunciamos cuentas que reparten discursos de odio innecesarios contra nuestros amigos. Realmente me gustaría poder ayudar de alguna forma a Galilea y Denver.

—Yo lo conozco y, créeme, lo odio más. Es alguien insufrible, desde antes de esto. No tengo idea de cómo conquistó a Galilea.

—Sabes, por lo que he oído, es solo un niño. Deberíamos acusarlo con su papá —bromea Salvador.

Giro la cabeza lentamente, como quien acaba de oír la idea del siglo.

—Deberíamos. —Asiento.

—¿Crees que, si le hablamos, consigamos algo?

—No nosotros, pero Galilea y su equipo quizá sí. Deberían negociar. Yo creo que puede funcionar, ese señor odiaría manchar su nombre y su hijo lo jodería.

—¡Hay que decírselo a Galilea! ¿O tienes el correo de su representante?

—Da igual, es imposible conseguir reuniones o llamadas con ese hombre. No sé dónde está, pero en la ciudad no, porque no se ha pasado por el reality en unos días.

—Si tan solo alguien pudiera decirnos dónde está... —Suspira Salvador.

En mi cabeza se enciende una chispa, que en realidad parece más una antorcha. Sonrío en grande y Salvador me imita, como si pudiera leerme la mente.

—Bingo —murmuro.



Sí, vamos a secuestrar a Santiago.

Vale, quizá no secuestrarlo. Sin duda, no secuestrarlo si eso es lo que pregunta la policía. Esto es nuestro «no-secuestro express».

—¿Este era el vehículo indocumentado que dijiste que tenías? —cuestiono, confundido.

Salvador jadea, ofendido.

—Más respeto con mi triciclo doble amarillo de última generación.

—No puedes estar hablando en serio.

—Lo estoy. Ponte la capucha, el tapabocas y dime adónde vamos.

—A Brasilia, un club de baile bisexual. Sé que Santiago va a ligar a veces, lo he visto. Mis contactos me dijeron que estaría esta noche, reservó un cuarto para fumar y beber a gusto. Va solo.

—¿Cómo demonios sabes eso? Empiezas a asustarme. —Salvador retrocede—. ¿Quién es tu contacto?

—Mi primo. Es barman, se llama Moscow. Dejó su anterior trabajo y vino a trabajar aquí hace un tiempo. Es buena onda, no nos delatará.

—Vale. Vamos, pero si nos atrapan, te voy a culpar. Pareces tener historial.

—Encúbreme echándote la culpa hasta la final de Ukiyo, por favor. Primero necesito ganar. Te pagaré del premio en efectivo.

—Va, es un trato —estrechamos las manos—. Apurémonos, que el triciclo no es muy rápido.

—Ay, Dios.



No hay mucha gente, y los pocos que están aquí se mezclan con las sombras. Veo siluetas recostadas en la barra, conversando en susurros. La luz es tenue, cálida, proveniente de lámparas bajas y candelabros antiguos. Este sitio apesta a alcohol.

Salvador y yo no nos quitamos los disfraces. Eso sería un problema si Moscow no fuera el dueño. Sin duda, meterse aquí fue como entrar en una ratonera.

Detrás de la barra, botellas de licor, cada una iluminada por un foco pequeño. Mi primo levanta el pulgar, indicándome que Santiago está en el lugar.

—Ve tú primero, hazme una señal si está en el sector que acordamos —ordeno a Salvador.

—¿Estás seguro de esto? ¿Y si nos reconoce? Esto podría ser un delito, Milán.

—Es delito, y ¡shhh! Aquí me llamaré… Bogotá.

—De verdad que estás mal de la cabeza.

—Cállate, Barcelona —lo regaño—. Mi primo dijo que pidió un trago bastante, bastante fuerte. Aún es temprano y ese hombre, con dificultad, sabrá dividir entre tres cifras.

«Yo tampoco sé, pero ese no es el punto».

Salvador asiente, camina en línea recta por los pasillos, ajustando su capucha hacia abajo mientras con una mano abre la mochila. Observa a través del hueco de la llave de la puerta.

Saca una hoja de papel y desliza la punta por la orilla de la puerta. Levanta su pulgar. Está abierta.

Vamos a por ello. Ajusto mis guantes.

Espero a que nadie esté mirando para seguirlo. Salvador abre la puerta suavemente y yo entro rápido, cerrando con seguro. La próxima vez que miro a Santiago, tiene una bolsa decorativa en la cabeza y las manos esposadas tras la espalda.

Elevo ambas cejas, impresionado. Salvador simplemente se encoge de hombros.

—Oigan, ¿qué están haciendo? —forcejea Santiago.

—Quieto —ordena Salvador, poniendo la punta de su pistola de agua en la espalda de nuestra víctima—. Esto es un secuestro.

Casi me echo a reír por el tono chillón falso que usa para hablar.

—Santiago Cammeron —digo en tono grave—. Tu padre pagará una fortuna por ti hoy… o mañana por tu cabeza. Tú decides.

—¡¿Qué?! —Casi se cae de su asiento forcejeando—. No, cualquier negocio que él tenga, no tengo idea de lo que hizo, lo juro. Ni siquiera está en el país.

—Excusas —grito, poniendo la punta de mi navaja de juguete en su cuello. No mucho, solo lo suficiente para que sienta el material frío—. Suelta la sopa.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Para quién trabajan?

—Demasiadas preguntas, no me sobra tiempo, idiota —gruño—. Barcelona, llevémonoslo.

Salvador lo empuja fuera de su asiento, haciéndolo caer de rodillas al piso. Yo ajusto con cuidado la bolsa que tiene en la cabeza. Es de tela, de material suave, y nos aseguramos de que pueda respirar a través de ella.

Todo está en su cabeza. Creo que mi navaja no podría cortar ni un trozo de gelatina, y Salvador ya ha guardado su juguete. Lo toma de los hombros, apretándolo entre sus guantes de cacería, dándole vueltas en círculo para marearlo hasta que podamos sacarlo de la habitación.

No vamos muy lejos ni nos lo llevamos a otro sitio. Simplemente salimos por el acceso trasero hacia el patio baldío que sirve como chatarrería. En este barrio no hay cámaras, especialmente cerca del club, por la privacidad de quienes vienen. Me encargué de preguntar todo antes.

Santiago está temblando cuando terminamos de dar unas diez vueltas en círculos y en zigzag entre los escombros de la chatarrería. Lo dejamos sentarse sobre una roca. Salvador me entrega su pistola de agua y yo la pongo en su cabeza.

—Lo diremos solo una vez, presta atención —susurra Salvador—. ¿Dónde tienes tu teléfono?

—En… en el bolsillo de mi pantalón.

Yo lo tomo. Está desbloqueado. Se lo enseño a Salvador, y él me hace una señal para que me mantenga en silencio. Saco mi pequeño lápiz *stylus* para usarlo sin dejar huellas.

—¿Cuánto dinero tienes en la cuenta bancaria? —indaga Salvador para despistarlo.

Abro el chat con su padre, con quien, de hecho, comparte ubicación en tiempo real a través de otra app. Así que voy directo a esa. Está en un hotel, en el país donde ocurren los juegos. Suspiro feliz. Esto a Galilea le encantará.

Saco mi propio teléfono, anoto la dirección y le indico a Salvador, con señas, que lo tenemos. Dejo las pertenencias de Santiago a unos metros de él, en la tierra, mientras Salvador ladea la cabeza hacia una pared baja del sitio.

Entiendo a qué se refiere. Salgo con cautela y llevo el triciclo hasta allí. Cuando llego al lugar indicado, pego un grito. Salvador salta los ladrillos y está a mi lado pedaleando en menos de cinco segundos.

—¿Cómo lo dejaste?

—Aflojé la bolsa y le dije que esperara, que lo rescatarían cuando su padre pagara una suma de dinero específica. Cree que está custodiado.

—Excelente.

—¿Lo dejaremos allí? —Salvador arruga el ceño.

—Oh, no. El dueño de la chatarrería trae nuevas cosas en quince minutos.

—¡¿Quince minutos?! ¡¿Y si nos veía?!

—Sabía que terminaríamos rápido. Hoy no hace calor y le dejé un chocolate junto con su teléfono por si tiene hambre.

—Lo único malo es que perdimos las esposas… me costaron siete dólares. Eran de un

plástico muy realista.

—Te compraré otras cuando gane la competencia —aseguro—. Por cierto, esto queda entre nosotros, ¿eh?

—Lo juro. —Salvador levanta el meñique.

Primera edición: febrero 2025

© Heather del Rey, 2025

Redes sociales: heatherdelrey

© Ilustración interior: JF Khal

Corrección: Melanie Bermúdez

ISBN: 9798306820873

Imprint: Independently published

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito del titular del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

ACERCA DEL AUTOR

Heather del Rey es una apasionada de las comedias románticas, el misterio y los romances paranormales. Empezó en el mundo de la escritura cuando se dio cuenta de que las novelas que te ponen los pelos de punta también pueden ser las que te hacen reír y lo implementa en sus libros. Gracias a ello, ha formado una gran comunidad de lectores, autodenominados Astros.

Cuando no está escribiendo, se dedica a leer, escuchar pop y evitar que su gato use el teclado como cama.

OTRAS OBRAS DE HEATHER DEL REY:

No apto para estrellas:
¿Y si por accidente le cuentas tus secretos íntimos
a una estrella de cine?

No apto para artistas:
¿Y si por accidente te ganas el odio del cantante
más famoso del país?

Un contrato eterno:
Un demonio de los deseos a tu disposición.

